TESTIMONIO 1

Ayer, hoy y mañana en la historia

Venta conjunta con el n.° 50 ptas. los dos

UN CANCER LLAMADO NAZISMO

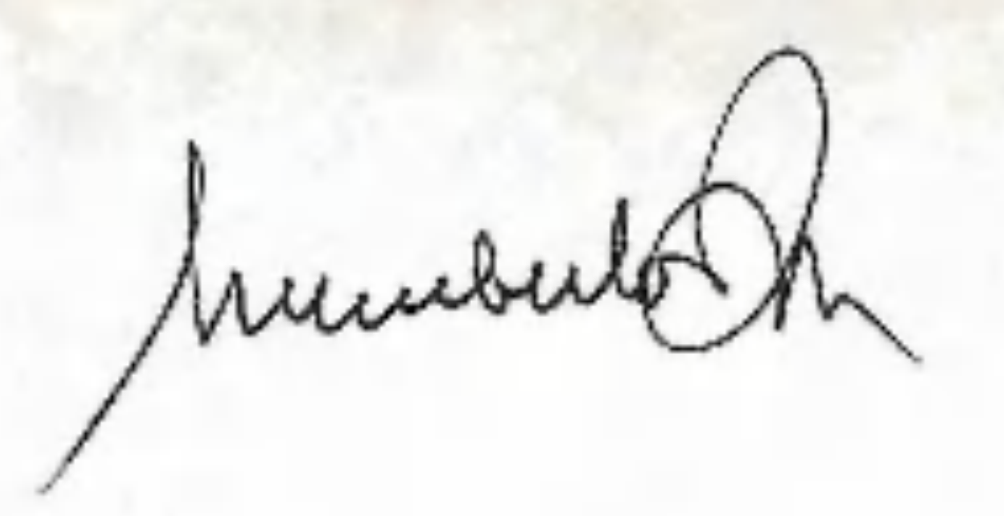
Los turbulentos inicios del TERCER REICH

MATEO MADRIDEJOS



TESTIMONIO

Ayer, hoy y mañana en la historia



DIRECTOR DE LA COLECCION
VICENTE D. PALOMARES MELO

COORDINADOR
ENRIQUE RODRIGUEZ VILANOVA

Compaginación y montaje
JUAN CARVAJAL CAMPOY
y
ULINA BARRIO-CANAL

Cubierta e ilustraciones interiores
ESTUDIO GENERAL

Texto:

FOTOGRAFIAS
Archivo del autor,
Archivo Gráfico Bruguera,
Archivo Mas, Archiphot,
Instituto Municipal de Historia de Barcelona,
Keystone, Copransa, Cifra,
Zardoya-Camera Press,
Zardoya-Magnum, Rafols
y Gloria Lolivier.

La presente edición es propiedad de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
(España)

1.ª Edición: Octubre, 1975

Printed in Spain - Impreso en España

Depósito Legal: B 37.109-1975
ISBN 84-02-04496-4

Impreso en los Talleres Gráficos de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
1975

Cuando el futuro aparece problemático y el mismo presente se torna inseguro, el hombre vuelve instintivamente la cabeza atrás en busca de la solución a su incertidumbre. De ese recurso al pretérito emerge la Historia como conocimiento de las vicisitudes de la humanidad a través de los siglos.

No es, pues, la Historia un mero entretenimiento erudito. La mirada al pasado, sobre todo al pasado reciente, proporciona la clave exacta para contemplarlo todo, el ayer, el hoy y el mañana, con experimentada perspectiva, para descubrir el sentido de nuestra vida y de nuestra civilización, o para revisar prejuicios y mitos a la luz de nuevos criterios.

Conocido a fondo el pasado, adquieren inmediata transparencia el presente y el futuro. Porque, como dice Cicerón, «la Historia es testimonio del tiempo y luz de la verdad».

Fiel a esta premisa, nuestra colección TESTIMONIO pretende llevar al gran público la lógica inquietud con que la sociedad actual escruta los rasgos de las sociedades que fueron o han sido.

Los autores de las obras que presentamos, un equipo de especialistas de primera categoría —historiadores, sociólogos, periodistas, profesores universitarios—, nos ofrecen para ello una visión documentada y llena de viveza de los acontecimientos más trascendentales que el hombre ha protagonizado en la agitada búsqueda de su identidad. Al interés del texto viene a añadirse el de las ilustraciones fotográficas que lo acompañan, seleccionadas con el propósito de hacer de cada cuaderno un válido reportaje histórico sobre el tema.

UN CANCER LLAMADO
nazismo

1984

MATEO MADRIDEJOS



El káiser Guillermo II declaró, en agosto de 1914, que no reconocía a ningún partido político; para él sólo existía el pueblo alemán.

1. IMPERIALISMO Y PANGERMANISMO EN EL ESTALLIDO DEL CONFLICTO

ALEMANIA llevaba razón y era poderosa; su victoria, por tanto, estaba asegurada. El día 1 de agosto de 1914, la declaración de guerra de Alemania contra Rusia fue acogida con manifestaciones de entusiasmo en las principales ciudades del Reich; poco después, los alemanes partieron hacia el frente con un júbilo que resultaría insensato, convencidos de la rapidez de su triunfo y de su capacidad para soportar los sacrificios. Aunque desdeñoso con la opinión pública en las cuestiones del gobierno interno, el imperio autoritario de Guillermo II, a través de la *Weltpolitik* (política mundial), había mantenido la cohesión de las distintas fuerzas sociales y podía defender la justicia de su causa en el conflicto bélico. Los alemanes iban a luchar por conseguir el "lugar en el sol" que había reivindicado el canciller Bulow y que tan obstinadamente le habían negado Gran Bretaña y Francia durante el período culminante de la expansión imperialista europea.

La Alemania de Bismarck (1871-1890), que había iniciado el desarrollo industrial con un gran retraso en comparación con Francia y, sobre todo, con Inglaterra, consiguió dar un salto prodigioso para colocarse a la cabeza de los países del contiente. A partir de 1880, el II Reich alcanzó el segundo lugar entre las potencias industrializadas, sólo superado por Estados Unidos; cuando principió nuestro siglo, la economía alemana había entrado en un neto estadio imperialista, precisamente en el momento que hacía crisis la política de alianzas y equilibrio de poder practicada por el canciller de hierro.

Francia logró superar su aislamiento en 1894, cuando firmó su tratado de amistad con Rusia. Gran Bretaña, que había tratado de permanecer al margen de las rivalidades continentales, comenzó a alarmarse ante la competencia industrial y naval de Alemania. El nacionalismo germano, progresivamente transformado en imperialismo, se vio impulsado por las exigencias de una industria en expansión acelerada. Hans Delbruck había podido escribir a finales de siglo: "Queremos convertirnos en una potencia mundial... y no podemos retroceder. Podríamos proseguir esta política con Inglaterra o sin Inglaterra; con ella significa la paz; contra ella supone la guerra."

Los extraordinarios progresos de la industria fueron decisivos en el desarrollo de una mentalidad imperialista, a la que también contribuyeron los doce millones de alemanes en el extranjero *(Deutschtum im Ausland)*. Mientras los círculos dirigentes descubrían la pasión de la *Weltwirtschaf* (economía mundial), el espíritu colonialista, en parte repudiado por Bismarck, llegó a las masas populares a través del pangermanismo.

El pangermanismo no era sólo antioccidental. Desde la subida al trono de Guillermo II, los intereses alemanes en los Balcanes y el Próximo Oriente conocieron una considerable expansión, simbolizada en el permiso para construir el famoso ferrocarril Berlín-Estambul-Bagdad (1899). El *Drang nach Osten* (impulso hacia el Este) condujo a un conflicto de intereses en los Balcanes con Rusia y fue un factor de gran importancia en el estallido de la guerra. El hecho de que Alemania se sentara a la mesa capitalista cuando ya se habían adjudicado los mejores asientos —como dijo Lenin—, obligó a librar la batalla en nuestro continente. De la misma manera que los británicos o los franceses habían esgrimido "la pesada carga del hombre blanco" o la "misión civilizadora" para justificar su expansión colonialista en Asia y Africa, el nacionalismo germano encontró en los mitos de la misión cultural *(Kulturvölker)* o "el pueblo sin espacio" los trampolines para abrir los mercados a su industria.

Los antagonismos entre las potencias europeas se agudizaron tras la constitución de la Entente franco-británica (1904), como pudo comprobarse con ocasión de la crisis marroquí, el último sobresalto de la rapiña colonial. En vísperas del conflicto, la opinión pública alemana estaba persuadida de que Rusia, Francia y Gran Bretaña habían rodeado a Alemania con una especie de "anillo de hierro" que podía estrangular a su industria y provocar el paro y la miseria; en consecuencia, los círculos dirigentes consiguieron acreditar la tesis de la autodefensa, de que la guerra era el último recurso para evitar el desastre económico y social.

El pangermanismo y el militarismo explotaron hábilmente la sensación popular de cerco mediante una propaganda a la que contribuyeron, sobre todo, los representantes de la gran industria. Su órgano principal fue la Liga naval, financiada por Krupp, y posteriormente la Liga pangermánica *(Alldeutscher Verband)*, fundada en 1893 por el profesor Ernst Hasse, autor de un opúsculo titulado *Deutsche Politik* en el que podía leerse: "La expansión es una etapa necesaria de todo organismo vivo." Este grupo intelectual había redactado un programa ambicioso que preveía el regreso de Rusia "a las fronteras de la épo-



La declaración de guerra de Alemania contra Rusia fue acogida con manifestaciones de entusiasmo en las principales ciudades del Reich.

ca de Pedro el Grande", así como la adquisición por parte de Alemania de las provincias fronterizas de Polonia y los países bálticos, como una reminiscencia de los planes trazados por el economista List, primera expresión de la *Mitteleuropa* (Europa central, dominada por Alemania).

Numerosos intelectuales contribuyeron de manera destacada a la creación de un clima imperialista y prebélico. "De este modo —escribía Werner Sombart—, nosotros, alemanes de nuestro tiempo, iremos por todo el mundo con orgullo y con la profunda convicción de ser el pueblo de Dios. Así como el águila, ave alemana, se cierne por encima de los demás animales, lo mismo el alemán debe sentirse convencido de su superioridad sobre todos los pueblos de que está rodeado y a los que contempla desde arriba en su insondable profundidad." Fred Neumann, en un libro titulado precisamente *Mitteleuropa,* publicado en 1915, defendió la idea de una federación de Europa central, dirigida desde Berlín, que se extendería desde el Vístula a los Vosgos y desde Galitzia al lago Constanza. Otros intelectuales consideraban que Alemania se había lanzado al combate para defender a la *Kultur* frente a la frivolidad francesa o el mercantilismo exacerbado y estéril de los británicos.

Lo más importante, sin embargo, es que las especulaciones intelectuales conectaban perfectamente con un sentimiento expansionista compartido por la mayoría del pueblo alemán. Ni siquiera los socialdemócratas eran ajenos a la aspiración colectiva para una reorganización en profundidad de las fronteras de Europa, del mapa étnico, económico y político del continente. Las primeras victorias militares, así como la relativa facilidad de los suministros y la ausencia de penalidades en la retaguardia, no sólo mantuvieron la moral de la opinión pública, sino que favorecieron y estimularon la toma de posición de los pangermanistas e imperialistas.

Socialdemocracia y unión sagrada

La Internacional socialista fue la primera y más importante víctima de la contienda, de una guerra imperialista que se presentó al pueblo con los rutilantes y falsos oropeles del patriotismo. Profundamente divididos entre revolucionarios y revisionistas, incapaces de resolver sus contradicciones sobre la naturaleza del imperialismo y la crisis del sistema capitalista, los dirigentes socialistas acabaron por precipitarse en brazos de los círculos belicistas, traicionando el evangelio que tanto habían hecho por propagar. Para unos, el movimiento socialista debía acelerar la ruina del sistema establecido, principal responsable de la guerra; para otros, lo más necesario era esforzarse por mejorar el clima social e internacional, a fin de hacer posible la superación de los factores que habían conducido al conflicto.

Al no adoptar ninguna resolución firme contra la guerra, en la reunión celebrada en Bruselas los días 29 y 30 de julio de 1914, la Internacional socialista se desautorizó a sí misma y terminó rindiéndose a la propaganda de la "unión sagrada", mucho más decisiva, a la hora de la verdad, que todas sus prédicas sobre el enemigo de clase como promotor y beneficiario único del conflicto bélico. "Para nosotros —decía el austriaco Victor Adler, uno de los más prestigiosos dirigentes internacionalistas—, la enemistad hacia Serbia es una cosa natural." La desaparición de Jean Jaurès, asesinado en París por un militante de la Acción francesa, contribuyó decisivamente a la trágica inconsecuencia que arrastró a los hombres de la Internacional. La denuncia de Lenin y su llamamiento a los trabajadores europeos, a fin de que transformaran la guerra imperialista en un conflicto civil, fueron ahogados por el ruido de los cañones y las soflamas de los dirigentes políticos de los países arrastrados a la catástrofe.

En Alemania, el partido socialdemócrata realizó la *Burgfriede* (unión sagrada), con las fuerzas más reaccionarias de la monarquía de los Hohenzollern; su cambio de actitud fue tan rápido como contundente. En el mes de julio, el diario *Vorwaerts,* órgano oficioso de la socialdemocracia, escribía: "Ni una sola gota de sangre alemana debe ser sacrificada a los déspotas de Viena." Poco después, la entrada de la Rusia zarista en la guerra ofreció una buena coartada al mismo periódico: la guerra dejó de ser la culminación de un proceso imperialista del capitalismo para transformarse en un conflicto por la legítima defensa de la patria frente a los eslavos; una forma legítima de defensa del socialismo frente a los ataques de la autocracia zarista.

No es un azar que el Káiser declarara, una vez iniciada la contienda, que no existían partidos políticos ni divergencias de opinión; todos los alemanes estaban como un solo hombre detrás del esfuerzo bélico. Los diputados socialdemócratas, sin aparente drama de conciencia, votaron sumisamente los créditos para la guerra en un Reichstag dominado por el fervor patriótico.

La tesis de que Alemania se vio arrastrada a una guerra defensiva, según propaló arteramente la propaganda oficial, ha sido rechazada por todos los historiadores, incluidos los alemanes. Los trabajos del profesor Fritz Fischer, de la Universidad de Hamburgo, a los que nos referiremos con detenimiento más adelante, han demostrado que los objetivos de guerra del canciller Bethmann-Holweg y de la mayoría de los dirigentes eran semejantes a los de los círculos pangermanistas. Merced al llamado "Programa de setiembre" (1914), presentado por el canciller, se conocen los objetivos de guerra oficiales: creación de una *Mitteleuropa* económica, completada por la anexión de algunos territorios franceses y belgas. Algunos representantes de la gran industria, como Thyssen, iban todavía más lejos, pues esperaban que una guerra victoriosa daría a Alemania la oportunidad de conseguir incluso una frontera con Egipto y la India. Los objetivos bélicos de 1914, en último extremo, guardan bastante similitud con los que Hitler trataría de imponer veinticinco años más tarde.

Ecos de la Revolución de octubre

El entusiasmo popular en Alemania comenzó a decrecer a principios de 1916, cuando estuvo claro, a pesar de la propaganda oficial, que la contienda sería larga y difícil. Cuando las penalidades y la elevación de los precios afectaron a la retaguardia, el grupo izquierdista del partido socialdemócrata, dirigido por Karl Liebknecht, Rosa Luxemburg y Franz Mehring, comenzó a publicar las *Cartas políticas* firmadas por "Spartakus", en las que no sólo denunciaban el expansionismo imperialista, sino que propugnaban una paz inmediata y sin anexiones. Fue el primer aldabonazo en una conciencia bastante adormecida por el fragor de la batalla.

El bloqueo total de los imperios centrales, decretado por Inglaterra —a pesar de la solemne declaración de Londres que lo limitaba estrictamente al contrabando de guerra—, agravó la situación en la retaguardia e impulsó al gobierno alemán a cometer un error de incalculables consecuencias: la guerra submarina a ultranza, sin distinción de barcos, llevó al Congreso de Estados Unidos a declarar la guerra, en abril de 1917. El presidente norteamericano, Woodrow Wilson, favoreció la resistencia a la guerra en el interior de Alemania al declarar que su país no perseguía conquistas o anexiones, sino únicamente "combatir contra la voluntad alemana de dominio apoyada en unos procedimientos bélicos que constituyen un reto a la humanidad".

El frente interior ofrecía síntomas inquietantes, y los partidos políticos adoptaron posiciones muy alejadas de su primitivo entusiasmo belicista. Los acontecimientos de febrero de 1917 en Rusia fortalecieron a la propaganda espartaquista y provocaron una escisión en la socialdemocracia una importante facción, en cuyas filas se encontraban hombres tan prestigiosos como Karl Kautsky, Eduard Berstein (padre del revisionismo) y Hugo Haase, creó el partido socialista independiente. En el Reichstag, la socialdemocracia y el Centro católico se orientaron progresivamente hacia una paz de compromiso, sin anexiones ni indemnizaciones, y lograron que fuera aprobada una moción, propuesta por el católico Erzberger y el socialista Scheidemann, en la que manifestaban "su deseo de una paz por transacciones y de reconciliación entre los pueblos" (19 de julio). Mientras tanto, los círculos militares, que seguían presionando en favor de "una paz victoriosa" cada vez más irrealizable, habían conseguido que el emperador destituyera al canciller Bethmann-Hollweg y lo reemplazara por Michaelis, dócil instrumento del alto mando.

El gobierno alemán creyó que el triunfo de la revolución en Rusia podría favorecer sus planes de victoria o, al menos, de una paz honorable, lo cual explica que hiciera todo lo necesario para que Lenin y sus principales colaboradores se trasladaran desde Suiza a Petrogrado, en abril de 1917; pero estos cálculos no resistieron la prueba de los hechos. Si bien es cierto que el gobierno bolchevique publicó rápidamente un decreto en favor de una paz inmediata y sin anexiones, a pesar de las protestas de

Concentración de obreros y soldados ante el palacio imperial, en Berlín, a principios de noviembre de 1918, poco antes de la proclamación de la República.



los aliados occidentales, los ecos de la Revolución de octubre resquebrajaron considerablemente el frente interior alemán. "Los diez días que conmovieron al mundo" tuvieron en la Europa bélica, y especialmente en Alemania, sus más importantes repercusiones. Cien mil obreros alemanes de las fábricas de municiones tuvieron que ser militarizados para evitar una huelga que hubiera tenido consecuencias catastróficas en los frentes de batalla.

Tras el armisticio germano-ruso del 15 de diciembre, la delegación bolchevique en la conferencia de Brest-Litowsk, presidida por Trotski, llegó incluso a sugerir la desmovilización general sin esperar a la conclusión de la paz. A principios de 1918, ante la denuncia del armisticio por los aliados occidentales y la reanudación de las hostilidades por parte del ejército germano, el gobierno bolchevique, para salvar a la Revolución, se vio obligado a firmar el tratado de paz que le impusieron los plenipotenciarios del Káiser, en virtud del cual Rusia renunciaba a los países bálticos, reconocía la amputación de Ucrania y aceptaba unas cláusulas económicas tanto o más draconianas que las acordadas posteriormente por los aliados en la conferencia de Versalles. El gobierno alemán, pues, impuso el Tratado de Brest-Litowsk en abierto desafío a los catorce puntos del presidente Wilson, que preconizaban "una paz justa y duradera" y condenaban las anexiones territoriales.

Al fin, los imperios centrales habían conseguido la victoria militar en el frente del Este; casi al mismo tiempo, la derrota italiana en Caporeto y la capitulación rumana habían fortalecido a los ejércitos germano-austriacos. Sin embargo, el Reich y el imperio vienés se vieron obligados a deponer las armas tan sólo siete meses más tarde. ¿Qué había ocurrido para que se produjera el súbito hundimiento de unos ejércitos aparentemente vencedores?

La explicación de este fenómeno ha preocupado mucho a los historiadores, habida cuenta de su importancia decisiva para comprender la leyenda de la puñalada por la espalda *(Die Dolchstosslegende)* y la masiva movilización de la opinión pública alemana contra el Tratado de Versalles. Los historiadores han llegado a la conclusión de que la capitulación alemana, aunque se produjo en medio de un gran desorden interno, se debió esencialmente a la situación del ejército en el verano de 1918.

Las campanas doblan por el ejército

Los hechos de armas y la actitud del alto mando alemán no admiten una interpretación en contrario. La segunda batalla del Marne, en la que el mariscal Pétain detuvo la ofensiva alemana de la primavera-verano de 1918, llamada también "ofensiva de la paz" *(Friedensturm)*, marcó un giro decisivo en la contienda. Con más de treinta divisiones, los franco-británicos atacaron en la región de Amiens y por primera vez desde 1914 rompieron el frente alemán, debido en parte al empleo de tanques. "Fue un día de luto para el ejército alemán", dijo el general Ludendorff, que se vio obligado a ordenar un repliegue general a la "línea Sigfrido". A partir del 8 de agosto, con la perspectiva de la llegada al continente de casi un millón de soldados norteamericanos, el alto mando germano consideró que la derrota era inevitable y, en consecuencia, decidió solicitar un armisticio para concluir la paz de acuerdo con los catorce puntos del presidente Wilson. Al mismo tiempo, con el propósito de salvar a la monarquía, los militares presionaron en favor de la instauración en Alemania de un régimen parlamentario...

Los acontecimientos se precipitaron a partir de este momento, tanto en el interior de Alemania como en los campos de batalla. El 28 de setiembre se produjeron la capitulación búlgara, la pérdida de Damasco y la destitución del canciller Hertling, el cual fue reemplazado por el príncipe Max von Baden, liberal y pacifista, que aceptó el encargo de formar nuevo gobierno sólo tras asegurarse la colaboración de los socialdemócratas.

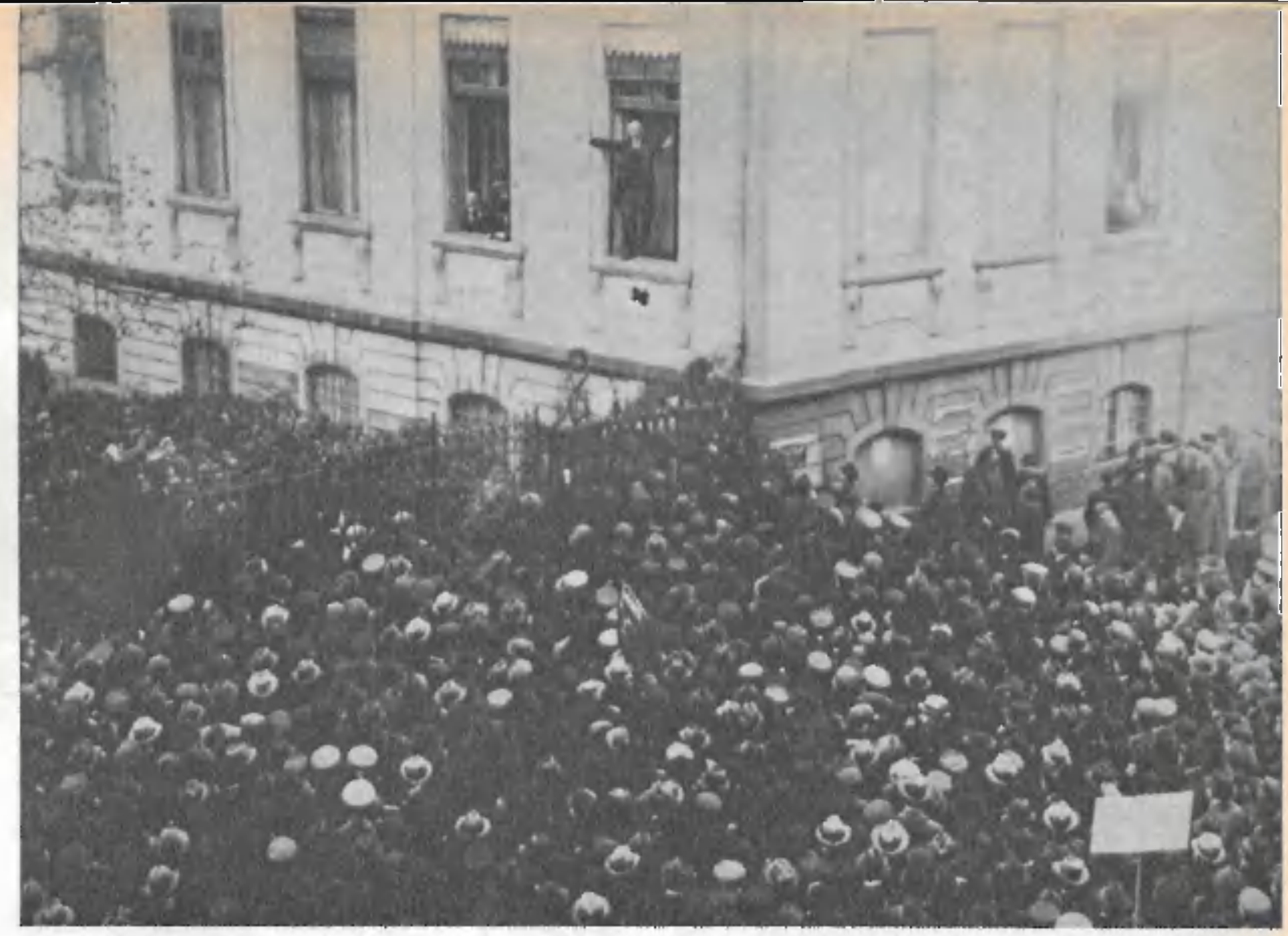
El informe del alto mando alemán sobre la situación en el frente, entregado al nuevo canciller, revelaba la inminencia de la catástrofe militar si no se lograba un rápido armisticio. Un testigo presencial pudo reflejar la sorpresa de los dirigentes políticos al conocer la verdadera situación, escamoteada durante tanto tiempo: "Ebert estaba blanco como el papel; Scheidemann y Max von Baden, mudos de estupor. 'No queda más remedio que dispararse un tiro en la cabeza', declaró el primer ministro de Prusia, conde Von Waldow." Sólo después de haber sido sorprendido y anonadado por el informe de los militares, se decidió el canciller a dirigirse al presidente Wilson en solicitud de un armisticio.

La respuesta norteamericana echó por tierra los cálculos de los militares en la medida en que exigía la transformación de las instituciones políticas alemanas o, lo que es lo mismo, la abdicación del Káiser y la negociación con un gobierno representativo. Ante esta nueva situación, el general Ludendorff, sin consultar con el canciller, lanzó un llamamiento a la resistencia a ultranza, por lo que fue obligado a dimitir el 26 de octubre. Su sucesor, el general Groener, no pudo hacer otra cosa que resignarse a la capitulación diez días más tarde.

El "pacto del diablo"

Las noticias de los frentes y la agitación interna crearon en Alemania una situación caótica. El día 3 de noviembre se sublevó la flota en Kiel, lo que frustró el último intento para que los barcos se hicieran a la mar; en Berlín y otras muchas ciudades, los soldados y los trabajadores formaron consejos al estilo soviético *(Rätebewegungen)*; el día 7, el socialista Kurt Eisner proclamó la caída de la monarquía bávara y formó en Munich un gobierno revolucionario; la inquietud en el ejército y la inminencia de una ofensiva aliada, que llegaría fácilmente al territorio alemán, amenazaban con cortar la retirada a las mejores unidades; los socialistas exigieron la abdicación del Káiser y amenazaron con abandonar el gobierno; el día 9, en fin, estalló la huelga general en Berlín.

Ante el cariz claramente antiimperial que habían tomado los acontecimientos, Guillermo II se refugió en el cuartel general de Spa (Bélgica) el 29 de octubre. El mariscal Paul von Hindenburg, comandante en jefe, y el general Groener, jefe del Estado Mayor, se vieron aprisionados entre sus simpatías monárquicas y su temor a la revolución. El Káiser deseaba volver a Alemania al frente de las tropas para aplastar la insurrección, pero los jefes militares le convencieron de la imposibilidad del empeño. Cuando el príncipe Max von Baden entregó el poder al socialista Ebert, el 9 de noviembre, Groener hizo saber al Káiser que su abdicación era la condición necesaria para preservar la disciplina entre las tropas; aquella misma no-



Sobre el dintel de una ventana del Reichstag, Scheidemann proclama la República el 9 de noviembre de 1918.

che, Guillermo II pasó la frontera y se refugió en Holanda. Alarmados por las convulsiones revolucionarias, los militares sacrificaron la monarquía al mantenimiento del orden.

El nuevo régimen surgió de un entendimiento entre el cuerpo de oficiales del ejército y los socialistas mayoritarios, con el objetivo de combatir al bolchevismo. Se sabe que esta alianza fue sellada en una conversación telefónica que mantuvieron Ebert y el general Groener el 10 de noviembre, de acuerdo con las condiciones redactadas por el mariscal Hindenburg dos días antes. Este "pacto del diablo" pesaría como una losa sobre el frágil equilibrio de la República de Weimar y resultaría funesto para la consolidación de la democracia.

También el día 9, en Berlín, después de que el socialista Ebert se hiciera con un poder que había estado en la calle, una gran manifestación recorrió la avenida Unter den Linden, pasó por la puerta de Brandenburgo y se detuvo ante el edificio del Reichstag. A las dos de la tarde, el socialista Scheidemann, desde una de las ventanas anunció la caída de la monarquía y la proclamación de la República:

"Ciudadanos, trabajadores, camaradas: El régimen monárquico se ha desplomado. Los Hohenzollern han abdicado. Gran parte de la guarnición se nos ha unido. ¡Viva la gran República alemana! Friedrich Ebert formará un nuevo gobierno, al que pertenecerán todos los grupos socialistas. El mando militar ha sido encomendado al socialista Göhre, que firmará los decretos con el presidente. Nuestra misión actual consiste en no permitir que nadie manche la victoria popular. Por ello os ruego a todos que veléis para que no sea alterado el orden público. ¡Viva la República alemana!"

Dos días más tarde, la delegación alemana, presidida por el católico Erzberger, firmó el armisticio en Rethondes. Cuando Foch le comunicó las condiciones de los aliados, el plenipotenciario alemán exclamó: "Pero entonces, ¿cómo podremos defendernos del bolchevismo?" Esta frase expresa con bastante exactitud el estado de espíritu que dominaba a las nuevas autoridades republicanas, a la casi totalidad del ejército e incluso a la mayoría de los dirigentes socialistas. El temor al bolchevismo, a pesar de la derrota sangrienta que iba a sufrir la revolución, constituiría uno de los temas capitales de la política alemana y uno de los objetivos predilectos de la propaganda nacionalista que tanta importancia tuvo en la ascensión del nazismo.

La leyenda de la puñalada por la espalda

La mayor parte del pueblo alemán, que había sido mantenido en la ignorancia de la situación militar y del poderío de los ejércitos aliados, quedó sumido en el estupor de la derrota, desconcertado por el súbito hundimiento de la monarquía, la capitulación y el armisticio. ¿Cómo era posible que las tropas alemanas, que todavía se encontraban en territorio extranjero, sin haber sufrido una derrota definitiva, hubieran aceptado una capitulación humillante?

El corolario de estos falsos supuestos se transformó rápidamente en el fundamento popular de la leyenda de la puñalada por la espalda, que posteriormente consagraría, en una declaración memorable ante el Parlamento, el mariscal Hindenburg, al ser interrogado sobre las causas de la guerra. Los círculos militares, respaldados por la opinión nacionalista, sostuvieron con éxito la opinión de que las tropas alemanas no habían sido derrotadas cuando el gobierno del príncipe Max von Baden solicitó el armisticio. De



El general Ludendorff, jefe del Estado Mayor de Hindenburg durante la guerra, fue uno de los dirigentes del *putsch* nazi en Munich (1923) y estuvo estrechamente vinculado a los movimientos racistas y pangermanistas.

esta forma, los responsables del derrumbamiento del frente eran los dirigentes civiles republicanos, principalmente los socialistas, los cuales habían atizado los disturbios en la retaguardia para hacerse con el poder en una Alemania debilitada y deshonrada...

La leyenda de la "traición" de los dirigentes civiles se aceptó con alivio, como una escapatoria, por una opinión pública que deseaba escapar a la frustración de la derrota. El gobierno republicano tuvo que cargar con el estigma de firmar primero la rendición y después las condiciones de la paz. Se inventó la calumnia de que los socialdemócratas habían provocado deliberadamente la capitulación para adueñarse del poder. Ebert y sus correligionarios fueron presentados por los nacionalistas como "los criminales de noviembre" ante una opinión pública que ignoraba, o fingía ignorar, la realidad de una alianza entre la socialdemocracia y el Estado Mayor para poner diques a la pleamar del bolchevismo. Frente a la presunta labor de zapa de los espartaquistas, que habían minado la moral de la retaguardia, las asociaciones patrióticas se nutrieron del espíritu revanchista contra la verguenza de la derrota y el tratado que vendría a sancionarla.

Alan Bullock ha resumido el problema en los siguientes términos: "Rara vez ha tratado de imponerse una mentira más fraudulenta a todo un pueblo, a pesar de lo cual se repitió persistentemente y se le dio amplio crédito, tal vez porque fueron tantas las personas que quisieron creerla." La conclusión generalmente aceptada por la historiografía, por diferentes que sean las explicaciones sobre su significado e influencia, es que se trata de un mito, de una leyenda que contribuyó decisivamente al desprestigio del régimen republicano y de sus representantes, al mismo tiempo que exacerbó la corriente de nacionalismo virulento desatada por la contienda y hábilmente resucitada y potenciada por el nacionalsocialismo.

Esta conclusión puede desglosarse en dos puntos esenciales:

1. El II Reich no sucumbió como consecuencia de una crisis económica provocada por el bloqueo, según la tesis que sostuvo en un principio el jefe del gobierno británico de la época, Lloyd George. La crisis de suministros no tuvo una importancia decisiva en los acontecimientos que llevaron al gobierno alemán a solicitar el armisticio.

2. La situación militar se hizo insostenible desde agosto, tres meses antes de que se iniciaran los disturbios revolucionarios. El general Ludendorff, que ya en agosto había comunicado oficialmente que la guerra estaba perdida, advirtió al gobierno, el 29 de setiembre, que el ejército se encontraba en vísperas de una catástrofe. El hecho de que el mismo general denunciara un mes más tarde las condiciones impuestas por Wilson y propugnara la resistencia a ultranza no cambia en lo más mínimo la situación militar calamitosa.

"Sólo la suerte de las armas fue decisiva", ha concluido Pierre Renouvin en su exhaustivo estudio sobre las causas, desarrollo y desenlace del conflicto. La estrepitosa destitución de Ludendorff no altera los hechos, aunque sí contribuye a explicar el éxito popular de la leyenda no sólo entre los nacionalistas, sino entre la inmensa mayoría del pueblo alemán.

La actitud de los gobiernos aliados, por el contrario, ofrece todavía algunos puntos oscuros de muy difícil aclaración. ¿Por qué las tropas de la Entente, reforzadas con las norteamericanas, no prosiguieron su avance hasta infligir una derrota decisiva al ejército alemán? El francés Poincaré fue el único estadista que protestó contra un armisticio que consideraba prematuro y ambiguo, por cuanto no se había destruido en el campo de batalla la capacidad bélica de Alemania. Los dirigentes anglosajones, según la opinión más extendida, no deseaban una paz de castigo que contribuyera a resucitar el espíritu de revancha...

Algunas declaraciones británicas y norteamericanas sugieren que los aliados se vieron paralizados por el miedo al bolchevismo; habida cuenta de la enorme agitación que prevalecía en Alemania, consideraron que la continuación de la guerra, al destrozar al ejército germano, abriría el camino para la revolución. El general estadounidense Bliss, que tuvo una intervención destacada en la materialización del armisticio de Rethondes, dejó bien sentado que "una futura alianza germano-eslavo-asiática barrerá la civilización de la Europa occidental".

La firma del armisticio y la posterior redacción del Tratado de Versalles serían incomprensibles sin tener en cuenta el profundo recelo que el bolchevismo suscitaba entre los dirigentes de las democracias burguesas. Francia quedó prácticamente aislada al llegar la paz. El mariscal Foch y Georges Clemenceau tendrían que vencer grandes reticencias de sus aliados para satisfacer mínimamente las demandas de la opinión pública francesa. Frente a una Francia devastada por la guerra y demográficamente exangüe, con sus industrias vitales profundamente dislocadas, Alemania salía intacta de la guerra, sin otro quebranto que la sangría humana, y precisamente por eso, con la funesta predisposición psicológica que le condujo a rechazar las consecuencias de la derrota.

2. REVOLUCION Y REVISIONISMO

LAS esperanzas de Lenin se vieron defraudadas: la revolución comunista sufrió en Alemania una derrota sangrienta, a pesar de que el hundimiento del antiguo régimen y las debilidades del sistema republicano pudieron dar la impresión de que el país estaba maduro para una repetición de la experiencia bolchevique. Las razones del fracaso revolucionario, sin embargo, no constituyen un enigma histórico.

Tras la abdicación del Káiser, el socialista Ebert constituyó un Consejo de comisarios del pueblo, en el que se reservó las carteras del Interior y Ejército, y del que formaban parte otros dos socialistas mayoritarios (Scheidemann en Hacienda y Landsberg en Prensa e Información) y tres socialistas independientes: Haase en Asuntos Exteriores, Dittmann en Desmovilización y Sanidad, y Barth en Política Social. El nuevo gobierno decretó inmediatamente la libertad de todos los presos políticos, entre los que se encontraba Rosa Luxemburg; acordó el derecho de voto a los mayores de veinte años y estableció la jornada laboral de ocho horas; prometió, en fin, la socialización de las industrias y la formación de consejos obreros para implantar la cogestión en las empresas.

Por su parte, el grupo Spartako, capitaneado por Karl Liebknecht, que había mantenido la oposición más tenaz a la guerra y el militarismo, se negó a participar en el Consejo de comisarios y, al mismo tiempo, desde el periódico *Rote Fahne* (Bandera Roja), denunció la "revolución burguesa", la capitulación de la socialdemocracia ante el Estado Mayor, e instó a los obreros a que permanecieran vigilantes y preparados para imponer la revolución proletaria.

Para comprender los acontecimientos posteriores y la derrota final de los revolucionarios parece conveniente hacer una exposición de las fuerzas presentes en el sector político-social del que podía esperarse que asumiera la tarea histórica de llevar a cabo profundas transformaciones:

– Partido socialdemócrata alemán (SPD). Fundado en el Congreso de Gotha (1875). Revisionista por oposición al marxismo-leninismo. A pesar de su tenaz combate contra el régimen de Bismarck, la derogación de las leyes antisocialistas (1890) facilitaron su rápido y espectacular crecimiento. Al estallar la guerra era el partido político más importante de Alemania y el más numeroso en el Reichstag (110 diputados). Esencialmente reformista, parlamentario, hostil a una revolución de tipo bolchevique; su objetivo era terminar con la Alemania imperial y autoritaria para construir una república democrática y pacifista, con la subsiguiente integración de la clase obrera en el sistema establecido. Vacilaba entre dos tendencias: mantener su condición de partido de la clase obrera o integrarse en el Estado alemán, con triunfo final de la segunda.

– Partido socialista independiente (USPD). Escindido del anterior, fue fundado en el Congreso de Gotha (1917). Integrado por varias tendencias y personalidades, que iban desde el centrista Kautsky, a la izquierda internacionalista y proletaria (Karl Liebknecht), pasando por algunos reformistas en conflicto con Ebert, como Hugo Haase. Participó en el primer Consejo de comisarios, que abandonó en diciembre de 1918 para protestar contra la represión que el gobierno de Ebert ejercía contra los trabajadores revolucionarios. A su vez, el ala revolucionaria o grupo Spartako se separó del USPD para constituir el partido comunista alemán (KPD), el 1 de enero de 1919, que en sus primeros tiempos se llamó también *Spartakusbund* (Liga espartaquista), con Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg como principales dirigentes.

Represión sangrienta y frustración

En el momento de producirse el cambio de régimen, la clase obrera alemana estaba profundamente dividida. El impulso revolucionario de los trabajadores, que se manifestó de manera eficaz en la formación de los soviets a finales de octubre y principios de noviembre, decayó rápidamente tan pronto como se proclamó la República; los sindicatos, dominados por los socialistas mayoritarios, pasaron a convertirse en uno de los pilares de la nueva situación política. En la célebre reunión del Circo Bush (10 de noviembre), al elegirse un comité ejecutivo que serviría de enlace entre el gobierno de Ebert y los consejos de obreros y soldados, se puso de manifiesto de manera inequívoca que los espartaquistas (izquierda revolucionaria) eran un grupo decidido, pero minoritario.

De un partido que no deseaba la revolución no puede decirse que la traicionara en 1918-1919; desde el primer momento estuvo claro que Ebert y sus colegas, respaldados por el partido socialista mayoritario, estuvieron preocupados, ante todo, por la estabilización de la República burguesa y reformista, para lo cual no tuvieron escrúpulos en pactar no sólo con el Estado Mayor, sino incluso con algunos conspicuos representantes del régimen caído. Entre Ebert y Liebknecht se entabló un verdadero diálogo de sordos. Cuando el líder espartaquista solicitó el desarme de la burguesía y la entrega de armas a los trabajadores, el jefe del gobierno exclamó: "Sería el principio de la guerra civil." Y Karl Liebknecht replicó: "De eso se trata."

El pacto entre la socialdemocracia y las fuerzas del antiguo régimen se produjo a todos los niveles. El ejército defendería a la República a condición de que ésta renunciara a la revolución y mantuviera a raya



Soldados espartaquistas, en Berlín, transportan una ametralladora para combatir contra las tropas del gobierno socialdemócrata (enero, 1919).

a los espartaquistas. Los sindicatos, que ya en abril de 1917 habían advertido a sus afiliados contra la tentación del bolchevismo, llegaron a un compromiso con los patronos: acuerdo Stinnes-Legien, de 15 de noviembre de 1918. El primer gobierno socialdemócrata, presidido por Ebert, ni siquiera creyó oportuno realizar una mínima depuración en el aparato burocrático, por lo que conservó a su servicio a los elementos más reaccionarios del imperio guillermiano, sobre todo, en la magistratura. Este error político tuvo trágicas consecuencias cuando, en el período de mayor agitación contra la República, los jueces y tribunales se negaron prácticamente a condenar a los autores de los peores crímenes cometidos por los nazis o por otros elementos de la extrema derecha nacionalista.

Desde la proclamación de la República, la situación fue esencialmente ambigua. La socialdemocracia seguía siendo el partido de la clase obrera, pero sus representantes en el gobierno estaban decididos a impedir por todos los medios el triunfo de la revolución. Para los socialdemócratas, el 9 de noviembre marcó el fin del proceso que condujo a la República democrática y parlamentaria; para los espartaquistas, por el contrario, simbolizó el comienzo de la revolución. Mientras la socialdemocracia actuaba contra la izquierda revolucionaria, los monárquicos y otros elementos derechistas presentaban ya al gobierno de Ebert como "una banda de judíos y traidores" y "criminales de noviembre", expresiones que alcanzarían con Hitler su más brutal concreción.

Los espartaquistas no se resignaron ante una correlación de fuerzas que les eran claramente desfavorables y prosiguieron su agitación contra el gobierno de Ebert, al que acusaban de complacencia con la burguesía y la reacción. Por medio de sus editoriales en la *Rote Fahne*, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg preconizaron la insurrección armada. La agitación se recrudeció cuando, el 6 de diciembre, como consecuencia de una de tantas manifestaciones obreras en el sector norte de Berlín, las tropas dispararon contra los manifestantes y mataron a dieciséis militantes espartaquistas.

El 16 de diciembre, los espartaquistas perdieron definitivamente la partida legal que habían estigmatizado con tanta perseverancia. El Consejo nacional de obreros y soldados, reunido en Berlín, se pronunció en favor de la elección de una Asamblea constituyente, a la que se oponían los revolucionarios, y fijó para el 19 de enero la fecha de los comicios. Esta decisión equivalía a una orden para que cesara la agitación revolucionaria y se pasara a una nueva fase de consolidación del nuevo régimen. El comité ejecutivo fue reemplazado por un comité central del que fueron eliminados todos los representantes espartaquistas que habían sido elegidos el 10 de noviembre.

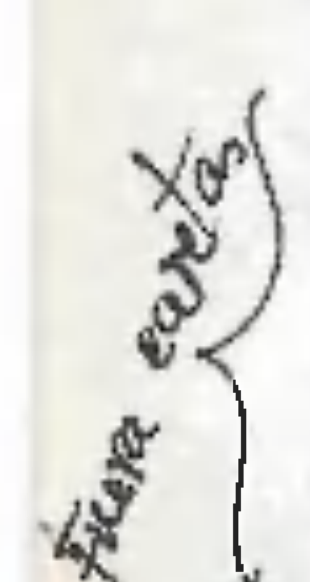
Al día siguiente, la *Rote Fahne* comentó: "No reconocemos los acuerdos del congreso. Los congresistas han traicionado a sus representantes y han desbordado los límites de su misión. Los consejos de obreros y soldados no pueden ser disueltos porque nacieron el 9 de noviembre de la acción revolucionaria de las masas. Todo el poder está ya en manos de los partidarios de Scheidemann (...). Con todo, esta afrenta no llega sola. Sí, sí: Haase se queda. Y también Dittmann y Barth. La izquierda de los independientes se separa del comité ejecutivo para salvar su honor. La derecha, en cambio, permanece en concepto de alcahueta de la prostitución política."

En estas circunstancias se produjo la tragedia de la división de la Marina de guerra, de los antiguos sublevados de Kiel que se habían trasladado a Berlín, inmediatamente después del armisticio, para ponerse al servicio de la revolución. Alojados y atrincherados en el palacio real, los marinos constituían una amenaza permanente para Ebert, instalado en la Cancillería. El día 24, los marinos rechazaron el ultimátum del gobierno para que abandonaran el edificio; sesenta de ellos perecieron al resistir el ataque de la artillería y las tropas gubernamentales.

Esta carnicería produjo una viva emoción en Berlín. En protesta por estos acontecimientos y por el giro abiertamente contrarrevolucionario, los tres ministros pertenecientes al partido socialista independiente presentaron la dimisión el día 29 y fueron sustituidos por otros tantos socialistas mayoritarios. El



Friedrich Ebert, dirigente del partido socialdemócrata (SPD), primer presidente de la República de Weimar (1919-1925).



Ministerio del Interior fue confiado a Gustav Noske, cuyo nombre quedaría permanentemente unido a la represión anticomunista. Al día siguiente, los dirigentes espartaquistas, reunidos en congreso, decidieron crear el partido comunista y se pronunciaron en favor de la insurrección armada.

La destitución del jefe de la policía berlinesa, Emil Eichhorn, de simpatías revolucionarias, fue el pretexto utilizado para desencadenar la revuelta, en la que participaron no sólo los espartaquistas, sino también los socialistas independientes y todos los grupos de extrema izquierda constituidos principalmente por los delegados de las fábricas. Bajo la presidencia de Karl Liebknecht se formó un comité revolucionario que, en caso de triunfo, se transformaría en gobierno. El socialdemócrata Noske, al aceptar el encargo de reprimir la insurrección, pronunció una frase que se hizo célebre: "Alguien tiene que ser aquí el sanguinario. Yo no rehúyo las responsabilidades."

Los espartaquistas se hicieron fuertes en el barrio de la prensa, ocuparon varios puntos neurálgicos de la ciudad y llegaron a apoderarse del Reichstag; pero tuvieron que rendirse, tras una semana de encarnizados combates (9 al 13 de enero), ante la superioridad de las tropas del gobierno y los llamados "Cuerpos francos". Al parecer, los dirigentes espartaquistas creyeron en un principio que la toma del poder era posible, al menos en Berlín.

Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, detenidos por las tropas, fueron asesinados a sangre fría por un grupo de soldados al mando del capitán Pflugh-Hartung y el teniente Kurt Vogel. Este crimen fue la más execrable consecuencia de la crueldad desplegada por los militares antirrepublicanos, que habían aceptado el nuevo régimen con el único propósito de impedir el triunfo de la revolución. Aunque Ebert y sus ministros se sintieron horrorizados ante un crimen que desde luego no habían instigado, su responsabilidad política era inesquivable y contribuyó decisivamente a la ruptura fatal entre los partidos socialista y comunista, de tanta importancia para comprender algunos de los sucesos que facilitaron la ascensión del nazismo. El miedo al bolchevismo dividió trágicamente a la clase obrera alemana, traumatizó a los primeros dirigentes republicanos y fue utilizado por la socialdemocracia para justificar sus excesos y sus equivocaciones. Los asesinatos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, por otra parte, crearon en los comunistas alemanes un peligroso complejo de frustración que explican su izquierdismo infantil y sus constantes diatribas contra la "traición" de la socialdemocracia, olvidando con demasiada frecuencia que el verdadero enemigo se estaba fortaleciendo a la derecha... ¿Qué hubiera pasado si en Alemania triunfa también la revolución?

La Constitución de Weimar: el presidente frente al Reichstag

La República alemana, surgida de un compromiso entre la socialdemocracia y el Estado Mayor, se edificó en Weimar sobre las ruinas físicas y morales de la sangrienta derrota de los espartaquistas y parte de la clase obrera berlinesa. Bajo el rígido orden instalado por Noske, con la colaboración de los "Cuerpos francos", el 19 de enero se celebraron las elecciones para la Asamblea constituyente, cuyos resultados fueron los siguientes:

Partidos	*Sufragios*		*Escaños*
SPD	11,5 millones	(37,9 %)	165
USPD.	2,3 "	(7,8 %)	22
Centro católico. . .	5,9 "	(19,7 %)	91
Demócrata	5,6 "	(18,6 %)	75
Nacional Popular . .	3,1 "	(10,3 %)	44
Populista.	1,3 "	(4,4 %)	19

La participación electoral fue del 82,7 por ciento (algo más de treinta millones de votantes) y los partidos republicanos (SPD, Centro y Demócrata) obtuvieron el 75 por ciento de los sufragios. Sin embargo, los dos partidos socialistas no alcanzaron la mayoría absoluta en la Asamblea, por lo que los mayoritarios recurrieron a una alianza con el Centro y los demócratas para constituir un gobierno de coalición. Así surgió la llamada "coalición de Weimar". El total de escaños era de 423.

Los constituyentes se reunieron por primera vez el 6 de febrero, en la ciudad de Weimar, donde creyeron encontrar un clima más propicio que en Berlín. Cinco días más tarde, el socialista Ebert fue elegido presidente de la República por 227 votos a favor, 51 en contra y 51 abstenciones. El día 13, el socialista Scheidemann fue designado canciller y constituyó

un gobierno en el que figuraban también los católicos (Erzberger) y los demócratas (Hugo Preuss). La Asamblea realizó dos actos de suma trascendencia: la redacción de la Constitución y la autorización al gobierno para que firmara el Tratado de Versalles. Tanto el sistema constitucional como las condiciones de la paz tuvieron muy graves consecuencias en el proceso político que condujo a la llegada de Hitler al poder.

La Constitución de Weimar, aprobada el 31 de julio de 1919, fue la obra enmendada del profesor Hugo Preuss, liberal de origen judío y dirigente del partido demócrata que gozaba de la confianza de Ebert. El texto obtuvo los votos favorables de los socialdemócratas, el Centro y el partido demócrata (262 en total). Votaron en contra los socialistas independientes y la derecha nacionalista heredera del antiguo régimen (partido nacional y populistas de Stresemann). Tanto la Constitución como el primer gobierno republicano reflejaron un compromiso histórico, lamentablemente efímero, entre el socialismo revisionista o reformista, el catolicismo pacifista con preocupaciones sociales y el liberalismo laico, que pretendía recoger la tradición rota en 1848

La Constitución (181 artículos) estableció una República democrática, parlamentaria y federal, puesto que la autonomía de los estados quedó ampliamente consagrada a pesar de los argumentos unitaristas de Hugo Preuss y los demócratas. El Parlamento era bicameral: la Cámara Baja o Reichstag, expresión de la soberanía popular, era elegida por sufragio universal para un período de cuatro años, mediante un escrutinio proporcional; la Cámara Alta o Reichsrat estaba integrada por los representantes de los estados federados.

El aspecto más importante fue el bicefalismo del ejecutivo o, lo que es lo mismo, la introducción de un parlamentarismo híbrido, orleanista o dualista. Puesto que el parlamentarismo tradicional (gobierno emanado del Parlamento) era desconocido por los alemanes, se añadió un presidente del Reich elegido "por todo el pueblo alemán" para un período de siete años, con poder independiente del Parlamento, ya que sólo podía ser destituido mediante un referéndum popular. El canciller era designado y destituido por el presidente del Reich (art. 53) y, al mismo tiempo, necesitaba de la confianza del Rechstag para entrar en funciones. Esta doble confianza podía originar, y de hecho originó, un conflicto irreconciliable tiempo, necesitaba de la confianza del Reichstag para ambas partes podían hacer valer que habían sido elegidas por el pueblo. En caso de crisis, en fin, el presidente podía adoptar por medio de decreto las medidas necesarias para el mantenimiento del orden público (art. 48).

Esta complicada construcción (arts. 48, 53 y 54) se reveló fatalmente errónea, pues permitía la formación de un gobinete "presidencialista", en oposición al Reichstag, que podía utilizar amplios poderes de excepción, antes incluso de que el Parlamento estuviera paralizado por las disensiones de los partidos. La fragmentación de los partidos en el Reichstag, acentuada por el sistema proporcional de escrutinio, con la consiguiente imposibilidad de constituir mayorías estables, otorgó una importancia decisiva a la figura del presidente. La presencia al frente del Estado del mariscal Hindenburg, monárquico y autoritario, dominado por una camarilla, acabó por falsear el juego democrático. Como posteriormente veremos, la constitución de gabinetes "presidenciales", sin apoyo parlamentario, fue la brecha en el sistema que iba a permitir, mediante la acción ilegal de Hindenburg, la llegada de Hitler al poder.

El Tratado de Versalles

El Tratado de Versalles, llamado a restablecer la paz en Europa, fue impuesto a Alemania por las tres grandes potencias vencedoras: Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia. La negociación se hizo teniendo en cuenta los catorce puntos del presidente Wilson, que constituían la única limitación para los plenipotenciarios; pero sus fórmulas eran lo suficientemente ambiguas como para suscitar las más encontradas interpretaciones. La llamada "cuestión alemana" y el problema de las reparaciones por los daños causados durante la guerra fueron los dos escollos en los que quedó maltrecha, cuando no rota, la solidaridad de los vencedores.

En cuanto a los límites y potencia del Estado alemán, Estados Unidos e Inglaterra se opusieron vivamente a las pretensiones francesas, habida cuenta de que todas las declaraciones oficiales norteamericanas durante el período bélico habían excluido ex profeso cualquier referencia a una eventual "destrucción" de Alemania. El plan francés para crear en la orilla izquierda del Rhin varios pequeños estados, bajo la égida de la Sociedad de Naciones, a fin de garantizar sólidamente la seguridad de Francia, fue rechazado enérgicamente por los anglosajones, con la preocupación, que después resultaría ilusoria, de impedir la "desesperación" de los alemanes.

El problema de las reparaciones creó un desacuerdo flagrante entre las potencias victoriosas. Estados Unidos y Gran Bretaña, que no habían sufrido la guerra en su territorio, difícilmente podían comprender las exigencias francesas, además de que resultaba técnicamente difícil el fijar una suma global para unos perjuicios que todavía no habían sido evaluados. Al final se llegó al compromiso de confiar a una comisión interaliada la tarea de establecer la deuda alemana, después de una investigación de dos años. Este aplazamiento, en verdad, equivalía una reducción de las reparaciones, pues no cabía esperar que los dos años de reflexión fueran a eliminar los obstáculos.

El artículo 231 del Tratado estipuló que el gobierno alemán debería pagar "los daños sufridos por los gobiernos aliados como consecuencia de la guerra que les fue impuesta por la agresión de Alemania y sus aliados". Las interpretaciones sobre este artículo fueron contradictorias y desencadenaron una polémica de consecuencias catastróficas. La historiografía francesa ha defendido la tesis de que el artículo fijaba, en términos generales, una responsabilidad en el sentido clásico del derecho civil, sin otras pretensiones; pero lo verdaderamente decisivo es que la opinión pública alemana le dio una interpretación más amplia, en el sentido de la responsabilidad moral, y desató una áspera controversia histórica sobre las causas de la guerra. Como es obvio, la discusión sobre la "responsabilidad moral" equivalía a poner en tela de juicio el fundamento de las reparaciones

Una delegación gubernamental alemana, presidida por el ministro de Asuntos Exteriores, conde Brockdorff-Rantzau, se trasladó a Versalles para recibir el documento redactado por los aliados, el 7 de mayo de 1919. Los delegados alemanes, a los que se negó el derecho a discutir verbalmente, tuvieron un plazo



Manifestación del pueblo alemán en favor de una paz acorde con los 14 puntos de Wilson.

de quince días para presentar por escrito las observaciones que creyeran oportunas.

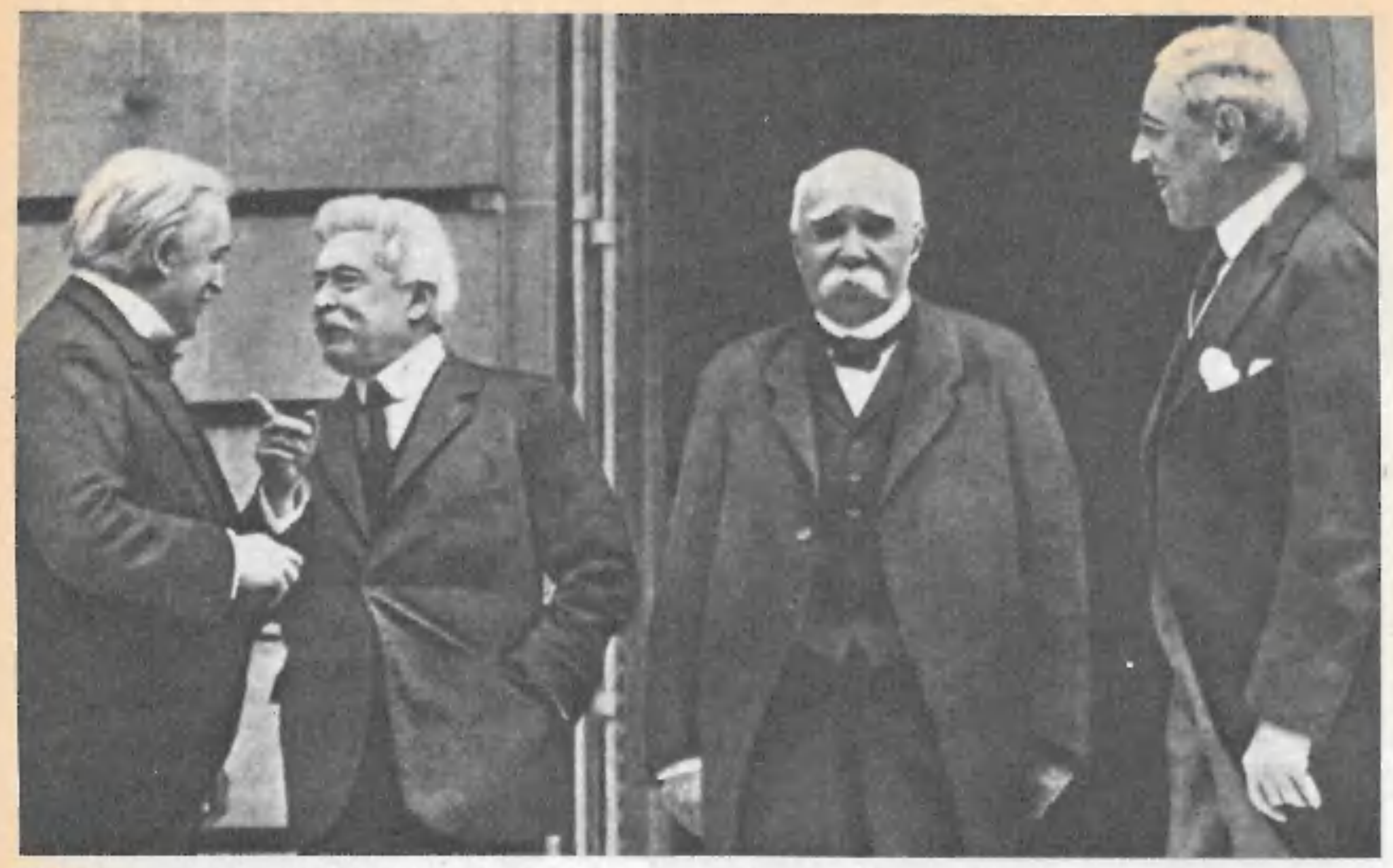
Cuando el texto fue conocido en Alemania, la sorpresa se mezcló a la ira en medio de una tormenta política de dimensiones históricas. El presidente Ebert pensó en dimitir y el canciller Scheidemann declaró en el Reichstag que nunca firmaría el Tratado. Todos los partidos políticos representados en la Asamblea constituyente, con excepción de los socialistas independientes, manifestaron su oposición al *Diktat* de Versalles. Las críticas más acerbas se dirigieron contra el citado artículo 231 y las reparaciones que de él se derivaban. Arrastrado por la tormenta, el gabinete Scheidemann dimitió el 20 de junio, y el también socialista Bauer formó un nuevo gobierno, en el que sólo estaban representados la socialdemocracia y el Centro, en medio de una feroz campaña de los nacionalistas.

Ante la tentativa del gobierno alemán de iniciar una nueva discusión sobre algunas de las cláusulas del Tratado, los aliados respondieron con un ultimátum: las tropas de la Entente entrarían en Alemania si no se aceptaba el Tratado, lo más tardar el 22 de junio. Ese mismo día, la Asamblea constituyente, por 237 votos contra 138, aprobó una resolución por la que se otorgaba al gobierno la decisión de firmar, pero sin aceptar los artículos que fueron calificados de "vergonzosos" (art. 231 sobre la responsabilidad y el que hacía referencia a la obligación de entregar a los criminales de guerra). El Tratado, al fin, fue firmado en la Galería de los Espejos del palacio de Versalles, el 28 de junio, por una delegación germana integrada por el socialista Hermann Muller y el centrista Hans Bell, después de una última y vehemente protesta contra las cláusulas en litigio.

Las principales disposiciones del Tratado fueron las siguientes.

Cláusulas territoriales. Alemania perdió todas sus colonias, que fueron adjudicadas a las potencias vencedoras mediante el sistema de mandatos establecido por la Sociedad de Naciones. Alsacia y Lorena fueron devueltas a Francia. Bélgica se anexionó los distritos fronterizos de Eupen y Malmedy. El Sarre fue ocupado por Francia para un período de quince años, al término del cual su destino sería decidido por un plebiscito (se incorporó a Alemania en 1935). El futuro del Schleswig sería decidido por plebiscito (realizado en 1920, la región septentrional se integró en Dinamarca). La provincia prusiana de Posnania, parte de Prusia Oriental y la Alta Silesia fueron incorporadas a Polonia, además de un "corredor" entre Prusia Oriental y Pomerania. La ciudad de Danzig fue transformada en un estado libre, administrado por la Sociedad de Naciones, en el que Polonia conservaba la dirección de los asuntos exteriores, los ferrocarriles y las aduanas. Cesión del territorio de Memel, anexionado por Lituania en 1923. El pequeño territorio de Hultschin, segregado de Silesia, fue cedido a la nueva República de Checoslovaquia. Después de un plebiscito confuso, la Alta Silesia fue dividida entre Polonia y Alemania (1922).

Cláusulas militares. Desmilitarización de la orilla izquierda del Rhin y de una zona de cincuenta kilómetros en la margen derecha. Abolición del servicio militar obligatorio, reducción del ejército a cien mil hombres y limitación de armamentos (las fuerzas armadas alemanas no podrían disponer de artillería pesada, gases venenosos ni aviones). Prohibición de



El británico Lloyd George, el italiano Orlando, el francés Clemenceau y el norteamericano Wilson, reunidos en Versalles.

que el ejército contara con un Estado Mayor General. La marina de guerra quedaba reducida a navíos no superiores a las diez mil toneladas, con prohibición de submarinos y aviación naval.

— *Otras cláusulas*. Abrogación del tratado germano-soviético de Brest-Litovsk. Prohibición de la fusión de Alemania y Austria *(Anschluss)*. Obligación de entregar al Káiser y otros criminales de guerra para ser juzgados. Obligación de pagar reparaciones de guerra (art. 231). La soberanía de Alemania fue limitada por la internacionalización de sus ríos.

La sombría imagen de la paz

En toda Alemania se desarrolló una virulenta campaña contra los "firmantes" del Tratado, considerado como una afrenta por la inmensa mayoría del pueblo alemán. El régimen republicano, producto de la derrota, se vio debilitado por haber aceptado el Tratado que la consagraba en términos denunciados como ignominiosos. La corriente nacionalista despertada por la guerra se acentuó con la frustración de la derrota y llegó a su paroxismo con la firma de la paz. Esta repulsa sería después explotada demagógicamente por los nazis, cuyo tema principal de lucha y propaganda será la abrogación del *Diktat* de Versalles.

Pero no fueron sólo los nacionalistas... También la extrema izquierda se sumó al coro de las diatribas. Conocida es la opinión de Lenin: "Se ha impuesto a Alemania una paz de usureros y verdugos. Este país ha sido sometido al pillaje y despedazado. Se le han sustraído todos los medios de vida (...). Se trata de una increíble paz de bribones." La opinión del partido comunista alemán fue expresada por la *Rote Fahne* del 24 de abril: "La paz de Versalles es la sombría imagen de la paz en el Reich: aquí, los guardias blancos de Noske, el estado de sitio, el paro, el hambre; desde el exterior, las reparaciones de guerra, las anexiones, el pillaje, la ley del más fuerte." No obstante, Lenin aconsejó prudencia a los comunistas alemanes, a fin de que no se ataran las manos prometiendo el rechazo obligatorio del Tratado en caso de que llegaran a tomar el poder.

Desde luego, Alemania fue tratada con dureza en Versalles. Las pérdidas territoriales fueron de setenta mil kilómetros cuadrados, en los que vivía una décima parte de la población del II Reich. El principio de la autodeterminación, contenido en los catorce puntos de Wilson, se aplicó cuando actuaba en contra de Alemania, pero no cuando la favorecía; de ahí la imperativa prohibición del *Anschluss*, a pesar de los deseos de gran parte de la población austriaca. Las reparaciones de guerra provocaron una viva polémica entre los vencedores, se mezclaron con el vidrioso problema de la responsabilidad y las causas de la guerra y fueron consideradas como funestas por prestigiosos economistas occidentales, entre ellos John M. Keynes.

Sin embargo, a pesar de la derrota y las estipulaciones de Versalles, Alemania surgía de la guerra como el poder más fuerte en Europa, con su estructura industrial prácticamente intacta. Gran Bretaña y Francia quedaban bastante debilitadas y agobiadas por unos compromisos militares a escala mundial que luego serían incapaces de cumplir; la Rusia bolchevique estaba diplomáticamente aislada y sometida al azote de la guerra civil; el colapso de Austria-Hungría y la caída del imperio turco habían creado un gran vacío en la Europa central; Estados Unidos, que rechazó el tratado de paz, se replegó en el aislacionismo, aparentemente frustrado por las disensiones entre los aliados. Las potencias vencedoras no se dieron cuenta de que, al volver la espalda a las causas últimas que habían desencadenado la contienda, una Alemania poderosa acabaría por hacer sentir su

peso irresistible sobre una Europa débil, balcanizada.

"Esta solución dada a los problemas alemanes, territoriales o financieros —escribió Pierre Renouvin— se prestaba a un fácil reproche: era apropiada para estimular la protesta alemana y no despojaba al Reich de los medios para la revancha." El reajuste de fronteras, en particular, favoreció las prédicas nacionalistas sobre el *Deutschum*, es decir, la comunidad de lengua y de "sangre", lo que sin duda contribuyó a que las masas populares conectaran con el racismo de la llamada "revolución conservadora" y posteriormente de Hitler.

Desde el primer momento, la República se vio trágicamente asediada por los que se negaban a aceptar la derrota y el tratado de paz. Inmediatamente proliferaron las asociaciones nacionalistas que hicieron recaer sobre los partidos republicanos todas las responsabilidades del *Diktat* de Versalles y la penosa situación interior. Los oficiales, suboficiales y soldados que no deseaban ser desmovilizados se integraron en los llamados "Cuerpos francos", formados en los territorios del Este con fines aparentemente defensivos, pero que influyeron en la política interna desde que fueron utilizados por Noske para aplastar a la insurrección espartaquista. También hay que tener en cuenta que las potencias aliadas, al apoyar a las fuerzas reaccionarias alemanas por temor al bolchevismo, contribuyeron a crear las condiciones en que surgió el nacionalsocialismo como fruta madura.

Las mismas injurias que aparecieron en la prensa de la época pueden dar una idea aproximada del clima fundamentalmente nacionalista y antirrepublicano que presidió el nacimiento del nuevo régimen. Los dirigentes socialistas, católicos y demócratas fueron calificados de "marionetas de la Entente", "domésticos de los aliados", "criminales de noviembre", etc. La República de Weimar fue tolerada como un mal menor, pero nunca aceptada por la mayoría del pueblo. Hitler comprendería inmediatamente que podía alcanzar sus objetivos simplificando al máximo los problemas y arrojando sal sobre las heridas abiertas...

De la "inocencia" a la culpabilidad

¿Qué país debe asumir la responsabilidad por el estallido de la Primera Guerra Mundial? ¿Cuáles fueron los objetivos perseguidos por las potencias en lucha? A juzgar por las reacciones suscitadas en Alemania tras la derrota y el Tratado de Versalles, se diría que el pueblo alemán se consideraba inocente del desastre que se había abatido sobre Europa; lo más que concedían los historiadores germanos es que su país se había visto obligado a librar un combate defensivo. En cualquier caso, el canciller Bethmann-Hollweg y demás dirigentes políticos no tenían nada que ver con los propósitos expansionistas e imperialistas de algunos círculos industriales y nacionalistas...

Esta buena conciencia, o persistencia en el error, ha sido duradera. Después de la catástrofe de 1945, quizá tratando de apoyar su tesis sobre el carácter "accidental" del nacionalsocialismo, la historiografía conservadora mantuvo intactos sus argumentos en torno a "la mentira de la culpabilidad" del II Reich, sobre la cual se había edificado el "ignominioso" Tratado de Versalles. Se trataba de demostrar la ausencia de continuidad en la historia alemana, es decir, negar cualquier concomitancia entre la guerra de 1914-1918 y la megalomanía criminal de Hitler en 1939.

La historiografía no alemana estaba muy lejos de compartir semejante justificación. Para los historiadores franceses y anglosajones, las responsabilidades del II Reich eran inesquivables. Las duras estipulaciones del Tratado de Brest-Litowsk, impuesto *manu militari* a la Rusia bolchevique, demostraban la voluntad anexionista de los dirigentes germanos. El estudio sobre los acontecimientos que precedieron a la declaración de guerra mostraba a un gobierno alemán intransigente y agresivo, ejerciendo una funesta influencia sobre el imperio austro-húngaro y aceptando deliberadamente los riesgos de la extensión del conflicto.

En el mejor de los casos, los historiadores occidentales sólo estaban dispuestos a conceder que Alemania había llevado a cabo una "política del riesgo calculado", persuadida de que Gran Bretaña permanecería neutral en caso de guerra en el continente o, lo que es lo mismo, que no hubiera ido tan lejos en los Balcanes de haber tenido la convicción de que Gran Bretaña no iba a tolerar su hegemonía. Los británicos habrían pecado por omisión, al no haber transmitido a Berlín, de manera inequívoca, su decisión de salir en defensa de un equilibrio que favorecía a sus intereses.

Esta polémica sobre el origen y la responsabilidad de la guerra se vio súbitamente reanimada en 1961, cuando el profesor Fritz Fischer, de la Universidad de Hamburgo, publicó una obra titulada *Griff nach Weltmacht* (Los objetivos de guerra de la Alemania imperial), que estaba llamada a provocar una verdadera revolución historiográfica y que, al mismo tiempo, desencadenó una tormenta histórico-política sin precedentes. Con una abrumadora acumulación de datos, el profesor Fischer descubrió una turbadora similitud entre los objetivos bélicos del II Reich en 1914 y los de Adolf Hitler en 1939, al menos, por lo que se refiere a las ambiciones territoriales. Al sostener que el imperialismo alemán era responsable de la Gran Guerra, se sugería paralelamente que existía una esencial continuidad en la historia alemana desde la unificación de 1871 a la catástrofe de 1945. La argumentación del profesor Fischer descansaba sobre el descubrimiento y publicación, por primera vez, del llamado "Programa de setiembre" (9 de setiembre de 1914), en el que el canciller Bethmann-Hollweg estableció los objetivos de su gobierno en la guerra. Las pretensiones expansionistas, como se demostró en Brest-Litowsk, se mantuvieron intactas casi hasta el final del conflicto, es decir, hasta que el alto mando, como hemos visto con anterioridad, informó a los políticos civiles que la guerra estaba perdida.

A este respecto, el profesor Fischer escribe: "Una investigación sobre los objetivos de Alemania a principios y mediados de 1918, cuando la confianza alemana alcanzó su punto culminante en la expectativa de una rápida victoria, nos descubre el panorama de un imperio de dimensiones grandiosas (...). El imperio político y económico de Alemania hubiera representado una concentración de fuerza muy superior a la del imperio de Bismarck en recursos y material humano (...). El peso del Reich en las cuestiones de política comercial hubiera situado a Alemania, de manera incuestionable, en una inexpugnable posición de poder económico mundial. Los acuerdos económicos, para mayor seguridad, serían respaldados por tratados militares."

La polémica entre los historiadores se concentró, desde el primer momento, en torno al problema de la responsabilidad del II Reich en el estallido de la guerra. En su primera obra, el profesor Fischer argumentó que Alemania había corrido deliberadamente el riesgo de provocar la conflagración por haber estimulado y respaldado a Austria-Hungría para que se lanzara al ataque contra Servia; pero en un segundo libro, titulado *Krieg der Illusionen* (La guerra de las ilusiones), publicado en 1969, considera que Alemania provocó en realidad el conflicto con Francia y Rusia en busca de una posición como "potencia mundial".

A pesar de la resistencia y protestas iniciales, las conclusiones básicas del profesor Fischer se están imponiendo entre los más jóvenes historiadores alemanes, los cuales parecen dispuestos a liberarse de la "dictadura" del historicismo. La responsabilidad de los dirigentes de 1914 se considera irrefutable, pero su voluntad deliberada de agresión, sobre la que obviamente no existe ningún documento, sigue alimentando la polémica.

Desde el punto de vista de la historia alemana en general y del problema capital de sus relaciones con el nacionalsocialismo, lo más importante es que la aplastante demostración del profesor Fischer vino a confirmar la intuición de otro historiador, Ludwig Dehio, según el cual las dos guerras mundiales fueron "como dos actos consecutivos del mismo drama".

Como ya veremos al estudiar las raíces y los antecedentes inmediatos del nazismo, la tesis de la continuidad de la historia alemana suscita todavía una áspera controversia, ya se trate de la política exterior o interior de Alemania durante el siglo transcurrido desde la unificación realizada por Bismarck. Aunque el libro del profesor Fischer debería completarse con otros de iguales características sobre los objetivos de guerra y las ambiciones de las potencias de la Entente, a fin de evitar la apariencia de una condena unilateral de Alemania, su verdadera trascendencia radica en que ha actuado como revulsivo de una buena conciencia generalizada que tuvo funestas consecuencias.

Los historiadores alemanes no pueden tampoco eludir su parte de responsabilidad en la ascensión de Adolf Hitler por haber intoxicado a la opinión pública con la tesis de la inocencia o del castigo inmerecido que el Tratado de Versalles había infligido a su país... Parece razonable indicar que la demagogia nacionalista sobre el *Diktat* de Versalles, llevada por Hitler a sus últimas consecuencias, hubiera sido menos convincente de no haber estado respaldada por la historiografía de entreguerras que se enseñaba en las escuelas y las universidades. Después del trágico final de 1945, resulta imposible no insistir sobre la culpabilidad, al menos indirecta, de todos los que, desde la tribuna pública o la cátedra, contribuyeron a crear el clima de revanchismo, de no aceptación de la derrota de 1918 y sus consecuencias, que tanta influencia tuvo en el triunfo final del nazismo.

El profesor Fritz Fischer ha prestado un gran servicio a su país al derrotar sin paliativos a toda "una ideología de la autojustificación". Como ha escrito el francés Jacques Droz: "Por haber asumido esa tarea, pasajeramente impopular, ha escrito un libro, como se ha dicho justamente, que no es sólo un libro de historia, sino un libro que hace historia." Sin embargo, resulta profundamente descorazonador que algunos medios políticos de la República Federal Alemana hayan tratado de impedir que los libros del profesor Fischer alcanzaran la difusión que sin duda merecen. En 1964, el gobierno del canciller Adenauer se mezcló en la polémica mediante la divulgación oficiosa, a todos los niveles, de los escritos de los adversarios del profesor de la Universidad de Hamburgo. Esta operación fue dirigida por un político democristiano, reputado por su conservadurismo, el señor Eugen Gerstenmaier, pero resultó un fracaso.

Manifestación de soldados y trabajadores espartaquistas en Berlín.



3. ADOLF HITLER: INFANCIA Y JUVENTUD EN VIENA

EN el ambiente de crisis y resentimiento creado por la inmediata posguerra, bajo la amenaza del paro y la inflación, se inició la carrera política de Adolf Hitler, en un Munich particularista, agitado y tradicionalmente reaccionario.

Adolf Hitler nació el 20 de abril de 1889 en Braunau del Inn, pequeña localidad austriaca en la frontera con Alemania, donde su padre, Alois Hitler (antes Schickelgruber), de cincuenta y dos años, era funcionario de aduanas del imperio austro-húngaro. Su madre fue Klara Polzl, que tuvo cinco hijos de los que sólo sobrevivieron dos: el tercero, Adolf, y la última, Paula.

Alois Hitler, nacido en 1837, era hijo natural de María-Ana Schickelgruber, que lo concibió mientras estaba de sirvienta en Graz. El hecho de que fuera hijo de padre desconocido ha dado lugar a las más fantásticas suposiciones sobre el origen del futuro canciller alemán. Lo único que se sabe con certeza es que María-Ana Schickelgruber se casó en 1842, cuando Alois ya contaba cinco años, con Johann-Georg Hiedler. Alois creció al amparo de su presunto tío paterno, Johann Nepomuk Hiedler, hermano de Johann-Georg, y fue oficialmente legitimado como hijo de éste en 1876. Al año siguiente, Alois Hiedler cambió su apellido por el de Hitler.

Se ha supuesto que Alois Hitler fue hijo del que figuró oficialmente como su tío, Johann Nepomuk, con lo cual se explicaría el hecho de que éste se hubiera hecho cargo de la educación del niño. Basándose en un escrito de Hans Frank, redactado durante el juicio de Nuremberg contra los criminales de guerra nazis (1946), se ha pretendido acreditar la hipótesis de que María-Ana Schickelgruber concibió a Alois mientras estaba de cocinera en casa de unos israelitas de Graz llamados Frankenberger, de donde la suposición de que el abuelo de Hitler era judío... Aunque puede que así ocurriera, la comprobación es imposible.

Alois Hitler o Hiedler (antes Schickelgruber) se casó tres veces. Su segunda mujer le dio dos hijos —Alois y Angela—. Para casarse con la tercera, Klara Polzl, necesitó dispensa eclesiástica, pues eran primos segundos.

Adolf Hitler fue educado en la religión católica y estudió en la Realschule (Colegio Moderno) de Linz (1900), adonde su padre se había trasladado después de jubilarse como funcionario de aduanas. La familia llevaba una vida bastante acomodada, en contra de lo que Hitler escribió posteriormente en *Mein Kampf;* sí parece cierto, por el contrario, que no mantenía buenas relaciones con su padre, de temperamento violento, en contraste con la dulzura de su madre. A pesar de haberse trasladado a la escuela estatal de Steyr, no consiguió terminar los estudios de bachillerato, ya que a partir de la muerte de su padre (1903) llevó una vida de holgazán en medio de la solicitud impotente de su madre.

En octubre de 1907 fracasó en su intento de ingresar en la Academia de Bellas Artes de Viena, pues fue rechazado en la prueba de dibujo; como no había concluido los estudios secundarios, tampoco pudo estudiar arquitectura. Regresó a Linz para el entierro de su madre (21 de diciembre de 1907) y se instaló definitivamente en la capital austriaca en febrero de 1908, ilusionado con iniciar una carrera de artista... Disponía de la pensión de huérfano y de los ahorros de su madre para mantenerse en la gran ciudad, cuando estaba a punto de cumplir los diecinueve años.

Sus más importantes biógrafos están de acuerdo con lo que él mismo escribió: los años de Viena fueron decisivos para su formación y ejercieron una perdurable influencia sobre su carrera política, quizá porque, según propia confesión, fueron también los más desdichados. Aunque aseguró que su situación económica había mejorado considerablemente a partir de 1910, se sabe que pasó muchas fatigas y convivió con elementos socialmente marginados o inadaptados como él, sin un trabajo regular, esperando constantemente la ayuda de su tía Johanna Polzl, fallecida en 1911. No es seguro que trabajara como pintor de brocha gorda en la construcción, pero se sabe que se ganó la vida pintando acuarelas y haciendo carteles publicitarios, en extraña sociedad con otro desclasado, un tal Reinhold Hanisch, un vagabundo al que terminó denunciando por haberle robado mientras estaban viviendo en un asilo nocturno para mendigos.

La vida sin un trabajo fijo le permite dedicar mucho tiempo a la lectura, sin ningún método o preparación, pero con una memoria privilegiada que le permitirá constituirse rápidamente un repertorio ideológico *(Weltbild)*, un conjunto de lugares comunes que posteriormente empleará con suma habilidad. Fue un ejemplo desdichado de autodidacta, bastante anárquico, confuso y profuso, sin una verdadera orientación intelectual, como después se comprobará en *Mein Kampf* y en su "praxis" política. Se ha dicho que el pretendido aprendizaje no fue otra cosa que "una acumulación de prejuicios sin crítica".

En cuanto a su formación estrictamente política, de su estancia en Viena destacan tres aspectos esenciales. En primer lugar, el medio en que vivió, entre pí-

caro y proletario, dominado por la necesidad de tener lo imprescindible para seguir viviendo, le condujo a un primitivismo moral y a una profunda desconfianza hacia los demás. "Sea cual fuere la meta que el hombre haya logrado —escribió—, lo debe a su originalidad aunada a su brutalidad." Este darwinismo social fue el camino por el que llegó a la conclusión de que las diferencias entre los individuos y las razas estaba impuesta por la naturaleza.

En segundo lugar, su rechazo airado de la ideología socialista que prevalecía entre el movimiento obrero vienés, dirigido por potentes sindicatos de orientación socialdemócrata. Jamás comprendió los ideales de solidaridad e igualdad de clase frente a la opresión del capitalismo, a los que opondrá el nacionalismo intransigente y la lucha racial. El socialismo vienés le inspiró retrospectivamente la siguiente reflexión: "Ellos lo rechazaban todo: la nación como invento de las clases 'capitalistas'; la patria como instrumento de la burguesía para explotar a los obreros; la autoridad de la ley como medio para tiranizar al proletariado; la escuela como institución para la cría de esclavos y, a la vez, también de 'negreros'; la religión como embrutecimiento del pueblo predestinado a la explotación; la moral como signo de una paciencia imbécil, etc. No había absolutamente nada que ellos no lo consideraran como inmundicias de una terrible bajeza... Con gran angustia, en tales días de meditación, vi crecer la masa de los que ya no se sentían parte del pueblo, hasta llegar a constituir un ejército amenazador."

En tercer lugar, los judíos. En una ciudad donde el antisemitismo era un mal endémico, no es sorprendente que el joven parado intelectual, con aspiraciones políticas, se preocupara por el tema y leyera algunos de los innumerables panfletos y periódicos dedicados a divulgar el presunto poder oculto del judaísmo. La colonia israelita de Viena era muy heterogénea, pues iba desde el industrial o el banquero ennoblecidos por la monarquía hasta los judíos procedentes de los miserables *ghettos* de la Europa oriental que habían escapado a los *progroms,* pasando por los burgueses dedicados a las profesiones liberales y los dirigentes del movimiento socialista. Por lo tanto, las propias experiencias personales de Hitler encontraban confirmación en la virulencia de la prensa antisemita.

No sólo vio al judío afanado en algunos menesteres poco nobles, sino también al periodista o al médico de una Viena que consideraba decadente, al político o sindicalista que influían sobre el movimiento obrero, y llegó fácilmente a la conclusión de que el semita era el elemento corruptor por excelencia de una sociedad que no le gusta y que le trata con crueldad. Más tarde escribirá: "Descubrí las relaciones existentes entre esta doctrina [el socialismo] destructiva y el carácter de un pueblo que me era casi desconocido en esa época. El conocer a los judíos es la única llave mediante la cual uno puede llegar a comprender la naturaleza interna y los verdaderos fines que persigue la democracia."

El cosmopolitismo de los hebreos, su aparente resistencia a integrarse en la comunidad nacional suscitaron las iras de un Hitler visceralmente nacionalista. La concepción del judío como un corruptor constituyó una fácil solución para su problema personal y acabó transformándose en una siniestra generalización política. Su odio irracional se proyectará contra todas las comunidades que tienen algo que ver con el espíritu semita, desde la Iglesia católica al socialismo, pasando por la masonería y el capitalismo internacional.



En esta fotografía escolar figura Adolf Hitler en la fila superior, en el centro. Contaba 10 años de edad.

La lectura de las páginas dedicadas a los judíos en *Mein Kampf,* según escribe Alan Bullock, "equivale a penetrar en un mundo de locura, un mundo poblado de sombras repulsivas y dislocadas, donde el judío ya no es un ser humano, sino que se ha visto transformado en una figura mitológica, en un demonio investido de poderes infernales que gesticula y se mofa de todo, en una verdadera encarnación diabólica hacia la que Hitler proyecta todo lo que odia, teme y anhela. Como en todas sus obsesiones, la que provocó el judío a Hitler no da una explicación parcial de su antisemitismo, sino la explicación total. El judío está en todas partes, es responsable de todo: del modernismo que tanto disgustaba a Hitler en la música y las artes plásticas, de la pornografía y la prostitución, de la crítica antinacionalista de la prensa, de la explotación de las masas por el capitalismo, o de su opuesto, o sea, de la explotación de las masas por medio del socialismo; y aún tendría la culpa de la torpeza de las masas para elevarse"

Este antisemitismo cósmico se fraguó durante sus cinco años en Viena, bajo la presión de los acontecimientos de la vida diaria y la inflencia decisiva de dos políticos austriacos: Georg von Schoenerer, jefe del partido nacionalista pangermano, y Karl Lueger, alcalde de la capital y máximo dirigente del partido socialcristiano (católico). El antisemitismo del primero, resumido en su "Programa de Linz" (1882), era de carácter antropológico, pues consideraba al judío como un ser racialmente diferente, que debía ser eliminado de la vida pública. El pangermanismo de Schoenerer le llevaba a propiciar el desmembramiento de la monarquía austro-húngara y la integración de Austria en una Gran Alemania. El antisemitismo de Karl Lueger, por el contrario, era esencialmente

religioso y económico, pues la clientela de su partido se reclutaba entre la clase media baja vienesa enfrentada al capitalismo comercial manejado por los hebreos; el oportunismo político prevalecía siempre por encima de cualquier concepción racial, quizá porque la Iglesia católica se sentía inquieta ante las tendencias antirromanas de los pangermanistas.

Cabe suponer que Hitler reflexionaría sobre la eventual eficacia de un movimiento político que conectara el populismo de Karl Lueger, alcalde atractivo para las masas, con el nacionalismo racial de Georg von Schoenerer, y que posteriormente fraguaría en torno al nacionalsocialismo. Se sabe que Hitler fue testigo de la gran manifestación de duelo popular con motivo de la muerte del católico alcalde vienés, a quien el emperador se había negado obstinadamente a reconocer.

Hay que subrayar también que el partido socialista austriaco ofreció a Hitler un ejemplo de organización bien estructurada y disciplinada, que sabía utilizar la propaganda para atraerse a las masas obreras. Este "descubrimiento" sería posteriormente llevado a sus últimas consecuencias de forma terriblemente eficaz.

Cabo en el ejército durante la guerra

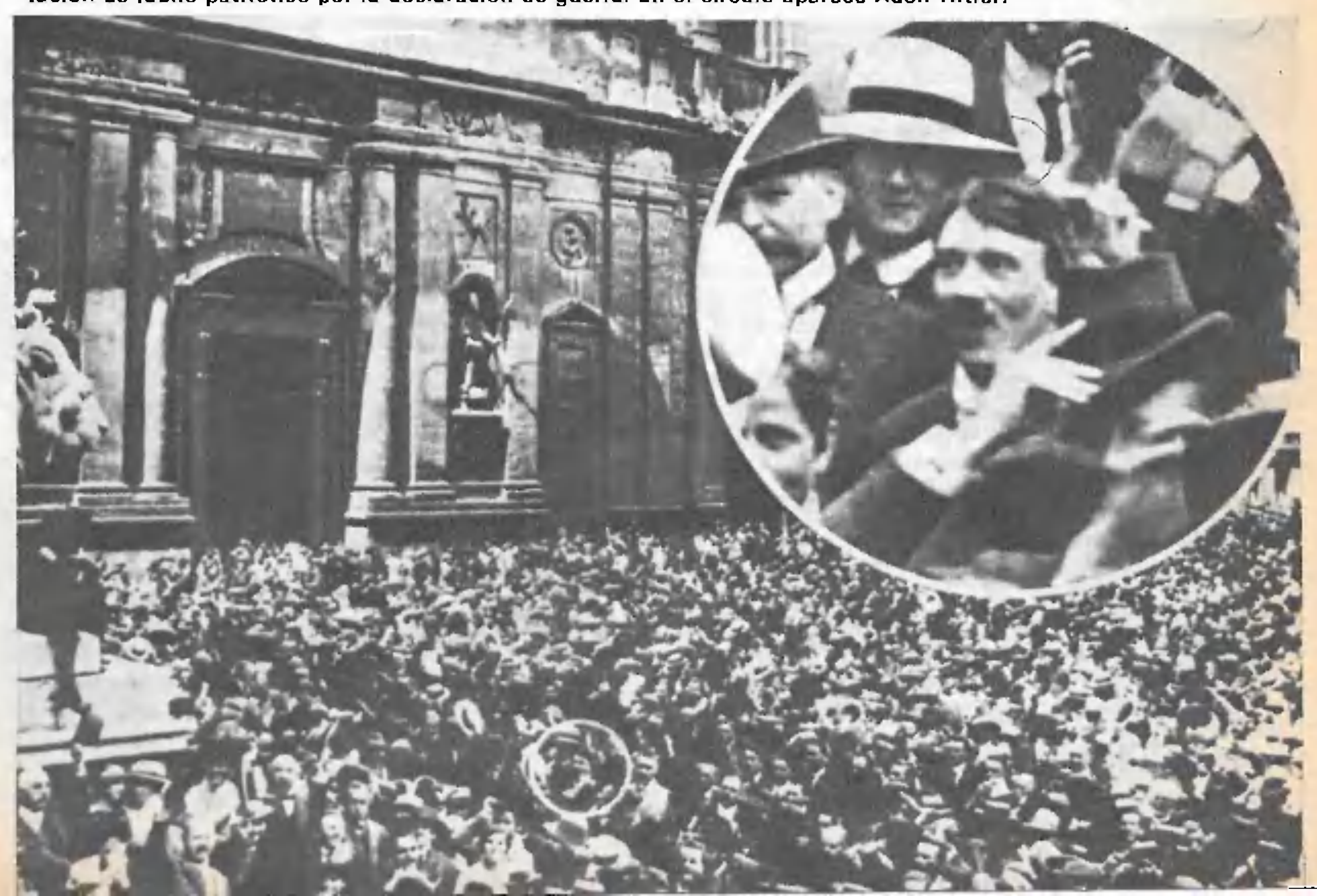
Hitler abandonó Viena en la primavera de 1913 y se trasladó a Munich. Se ha supuesto que pudo haber huido de la capital austriaca para escapar al servicio militar. Reclamado por las autoridades militares para que se presentara en Linz, a fin de sufrir el examen previo al alistamiento, solicitó que se le permitiera acudir a Salzburgo, lo que realizó el 5 de febrero de 1914. El dictamen de la comisión examinadora fue concluyente: "Adolf Hitler... 175 cm. No apto para el servicio militar y auxiliar, demasiado débil. Incapaz para llevar las armas." Este informe fue buscado inútilmente por la Gestapo durante los años del III Reich, por orden expresa del dictador. Fue publicado en 1956 por un historiador alemán.

Siete meses más tarde, sin embargo, Hitler se alistó en un regimiento de infantería que combatió durante cuatro años en primera línea. A tenor de lo que escribió en *Mein Kampf,* la declaración de guerra y la posibilidad de combatir constituyeron una liberación para el joven inadaptado que se había mostrado incapaz de realizar un trabajo regular: "Para mí principió, como para cualquier otro súbdito alemán, el período más memorable de mi vida. Cara a cara ante la titánica batalla, todo el pasado se sumió en el olvido." La guerra le ofreció la oportunidad de superar el resentimiento y la esterilidad de su vida... Como prueba de su entusiasmo, se ha conservado una fotografía en la que se le puede distinguir entre la multitud que se congregó el 1 de agosto de 1914 en la plaza del Odeón de Munich para escuchar la declaración de guerra.

Hay una evidente contradicción entre el expediente de inutilidad de las autoridades de Linz y el alistamiento posterior en un regimiento de infantería bávaro. Algunos autores han aventurado la hipótesis de que Hitler fue enviado a Munich como agente secreto de la policía austriaca, en cuyo caso la acción de la autoridad militar habría servido de explicación oficial para su emigración. Una vez estallada la guerra, puede suponerse que las autoridades militares bávaras no estaban en condiciones de rechazar a los voluntarios. También cabe pensar que Hitler huyó de Viena y se alistó posteriormente en el ejército para escapar a la venganza de los proxenetas judíos de Viena, a los que había denunciado a la policía.

Hitler combatió en el frente occidental. Al principio de la guerra obtuvo la Cruz de Hierro de segunda clase, fue ascendido a soldado de primera y sirvió de

La presente fotografía fue tomada en la plaza del Odeón de Munich, el 1.º de agosto de 1914, durante una manifestación de júbilo patriótico por la declaración de guerra. En el círculo aparece Adolf Hitler.





Hitler (abajo, a la izquierda), con algunos camaradas de guerra en 1915.

enlace entre su compañía y el cuartel general; herido en una pierna durante los duros combates del Somme, en octubre de 1916, fue enviado a Alemania y no regresó al frente hasta marzo de 1917, para ser ascendido a cabo. Durante los seis meses que permaneció en la retaguardia, en Munich y Berlín, pudo comprobar la desmoralización que empezaba a manifestarse entre la población civil, así como la agitación obrera contra la guerra, lo que le produjo, según confesaría después, una penosa impresión y le llevó a confirmar su convencimiento sobre la pretendida acción insidiosa y disolvente de las organizaciones obreras, la socialdemocracia y los pacifistas en general.

El 4 de agosto de 1918, Hitler fue condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase, después de haber participado en la ofensiva final lanzada por el general Ludendorff. En la noche del 15 al 16 de octubre, en fin, fue sorprendido por un bombardeo británico con iperita, cerca de Ypres, y fue evacuado temporalmente ciego e ingresado en un hospital de Brandenburgo, donde le sorprendió el armisticio.

La contrarrevolución triunfa en Baviera

Hitler regresó a Munich a finales de noviembre y se reintegró al regimiento en el que había servido durante la guerra. En aquella época, la capital de Baviera resumía mejor que ninguna otra ciudad el malestar y la profunda crisis en que nació la República de Weimar, como consecuencia de una derrota cuyas consecuencias se negaron a aceptar la mayoría de los alemanes. El particularismo bávaro, propiciado incluso por los socialdemócratas, y la desconfianza hacia el gobierno de Berlín eran otros tantos ingredientes de una situación confusa y explosiva.

Antes de que se firmara el armisticio, el poder en Baviera fue asumido como primer ministro por Kurt Eisner, periodista judío, militante del partido socialista independiente, que dirigió la revuelta contra el régimen imperial, proclamó la caída de la monarquía bávara el 7 de noviembre y al día siguiente constituyó el primer gobierno republicano que se instaló en Alemania. Kurt Eisner fue asesinado el 21 de febrero de 1920 por el coronel Von Arco-Valley, un extremista de derechas, y fue reemplazado por el socialdemócrata Hoffmann, el cual presidió el gobierno bávaro hasta que el 7 de abril, a imitación del régimen de Bela Kun en Hungría, fue proclamada la República de los Consejos *(Räterepublik)*. Este régimen comunista, a su vez, fue derrocado después de dos semanas de lucha sangrienta, a finales de abril y principios de mayo, por la acción combinada de la socialdemocracia, las tropas regulares y los voluntarios de los "Cuerpos francos".

El hundimiento de la revolución en Munich tuvo un carácter especial. En las demás ciudades importantes, a pesar del fracaso de la insurrección y la derrota de los espartaquistas, las fuerzas revolucionarias estuvieron muy lejos de haber sido aniquiladas, puesto que los enfrentamientos no llegaron a transformarse en guerra civil generalizada. En Baviera, por el contrario, el derrocamiento de la "República de los Soviets" abrió el camino para una represión despiadada, en la que encontraron la muerte, por el procedimiento de la ejecución sumaria, centenares





Izquierda: **Rudolf Hess, lugarteniente de Hitler y futuro ministro del Reich.** *Derecha:* **Ernst Röhm, de gran influencia en la comandancia de Munich, fue al principio un admirador del Führer y, más tarde, un rival peligroso. Hitler lo mandó matar, junto con otros jefes de las SA, para evitar un** ***putsch*** **dentro del partido nazi**

de revolucionarios. De esta forma, el camino quedó limpio y expedito para el imperio de la contrarrevolución.

El partido obrero alemán (DAP) y su programa en veinticinco puntos

Estos acontecimientos crearon un clima favorable para la proliferación de organizaciones y grupúsculos ultrarreaccionarios. Numerosos jefes y oficiales del ejército, hostiles a las cláusulas militares del Tratado de Versalles, comenzaron a conspirar abiertamente contra la República y a interesarse por la formación política de los soldados con el propósito de sustraerlos a la influencia de los partidos de izquierda. El Reichswehr bávaro creó un departamento de propaganda, en el que el cabo Hitler siguió un curso de adoctrinamiento. El capitán Ernst Röhm, de gran influencia en la comandancia de Munich, quedó impresionado por la facilidad de palabra y el ardor nacionalista de Hitler, al que designó instructor político de los soldados que habían sido prisioneros de guerra.

Siguiendo órdenes de sus superiores, Hitler entró en contacto con el *Deutsche Arbeiter Partei* (DAP), partido obrero alemán, fundado el 5 de enero de 1919 por la fusión del *Freier Arbeiter Ausschuss* (Comité de obreros independientes), dirigido por el cerrajero Anton Drexler, con el *Politischer Arbeiter Zirkel* (Círculo obrero político), fundado por el periodista deportivo Karl Harrer. Entre los miembros influyentes del DAP se encontraban el ingeniero Gottfried Feder, fanático adversario del capitalismo comercial que creía dominado por los judíos, economista aficionado y nostálgico del derecho germánico; el escritor Dietrich Eckart, director de una revista antimarxista y animador de una "Alianza de los ciudadanos alemanes", pangermánico y antisemita, y el capitán Ernst Röhm, monárquico recalcitrante que había tenido una destacada actuación en los "Cuerpos francos".

La primera reunión del DAP a la que asistió Hitler se celebró el 12 de setiembre de 1919 en una cervecería de la Sterneckergasse muniquesa, con participación de unas veinticinco personas. Al terminar, Feder entregó a Hitler un folleto titulado *Mi despertar político,* en el que exponía sus ideas y las del partido. Pocos días después, Hitler recibió la tarjeta de militante y la convocatoria para acudir a una nueva reunión.

La mayoría de los dirigentes del DAP procedían de la Sociedad de Thule, organización elitista, de nacionalismo exaltado, antisemita, que ocultaba sus objetivos reaccionarios bajo especulaciones pseudointelectuales y el cultivo de la mitología nórdica. Entre los adeptos de esta secta se encontraban, además de los citados como miembros del DAP, el teniente de aviación Rudolf Hess, el arquitecto Alfred Rosenberg, el abogado Hans Frank y el cura católico Bernhard Stempfle, que después colaboraría en la redacción de *Mein Kampf.* Todos los testimonios de la época señalan el importante papel de la Sociedad de Thule en la génesis ideológica del nacionalsocialismo.

Al ser nombrado jefe de propaganda del partido, en enero de 1920, Hitler inició su carrera política con la redacción, según el esquema de Drexler, del programa del partido en veinticinco puntos, que leyó en una reunión celebrada en la Hofbräu de Munich,

ante unas dos mil personas, el 24 de febrero de 1920. Los distintos puntos estaban concebidos en forma escueta, como si fueran lemas propagandísticos, simplificada al máximo la apelación al pueblo alemán a través de un revisionismo radical contra la República de Weimar. El programa puede resumirse en los siguientes apartados:

Nacionalismo y pangermanismo. Construcción de una Gran Alemania que, con base en el derecho de autodeterminación, uniera a todos los territorios habitados por pueblos de habla germana. Abolición de los Tratados de Versalles y Saint-Germain que habían privado a Alemania de todas sus colonias y otros territorios. Aplicación del principio del *Lebensraun* (espacio vital) para la adquisición de nuevos territorios. Realización del *Anschluss* (anexión de Austria).

Antisemitismo y racismo. Sólo las personas de sangre alemana podrían ser miembros de pleno derecho del Estado y la nación. Los judíos serían considerados como extranjeros, y expulsados del Reich todo los que hubieran llegado después del estallido de la guerra.

Socialismo. Supresión de las rentas que no procedan del trabajo intelectual o manual, abolición del interés del capital y lucha contra la especulación (según las teorías de Feder). Municipalización de los grandes almacenes, que serían arrendados a los pequeños comerciantes. Reforma del suelo, que podría ser expropiado sin compensación.

Política gubernamental y rearme. Reforzamiento del gobierno y del Parlamento centrales a costa de los poderes de los estados federados. Creación de nuevas fuerzas armadas, servicio militar obligatorio e impulso del rearme.

Se ha hablado con demasiada frecuencia de la vulgaridad de las ideas expuestas en el programa, cuando lo verdaderamente importante es reconocer su terrible eficacia en manos de un demagogo y oportunista. Como después tendremos ocasión de analizar, los veinticinco puntos resumían toda una serie de corrientes ideológicas de gran predicamento en Alemania que Hitler supo vulgarizar; pero conviene subrayar el carácter hábilmente interclasista del llamamiento, ya que todas las clases sociales encontraban motivos de satisfacción: la denuncia del *Diktat* de Versalles, el racismo y el expansionismo pangermánico se dirigían esencialmente a la opinión nacionalista y revanchista, a los industriales imperialistas; algunas medidas supuestamente socialistas, como la municipalización de los grandes almacenes, constituían un halago para la pequeña burguesía; el anticapitalismo se combinaba con el nacionalismo para atraer a los obreros que se oponían al bolchevismo; los militares, en fin, veían una soñada oportunidad en el rearme y la construcción de una Gran Alemania.

Al mismo tiempo, el programa tenía todos los ingredientes necesarios para ser utilizado como escapatoria por los que se negaban a aceptar la realidad de un país exasperado por la guerra y el amago de revolución y posteriormente sometido a los estragos de la inflación y la pobreza. Hitler señalaba demagógicamente a las cabezas de turco: los judíos, en primer lugar; los demócratas fundadores de la República y firmantes de la paz; los marxistas, los "criminales de noviembre"...

Cuando Hitler abandonó definitivamente el ejército (abril 1920), para transformarse en un agitador político de masas, los círculos nacionalistas de Baviera se sintieron atraídos por un experimento político que, en su opinión, podía ser explotado contra las organizaciones de izquierda. No puede sostenerse seriamente que se llamaran a engaño o que cometieran un error de funestas consecuencias, como han pretendido algunos historiadores alemanes; no fueron ni siquiera aprendices de brujo, porque el programa de los veinticinco puntos era muy explícito: su revisionismo radical presagiaba la guerra. En cualquier caso, está fuera de duda que, tanto en Munich como luego en Berlín, Hitler no defraudó precisamente a sus múltiples patrocinadores.

En un ambiente favorable al nacionalismo exacerbado, diversos grupos de extrema derecha trataron de coordinar sus fuerzas contra el régimen de Weimar y celebraron un congreso común en Salzburgo, en agosto de 1920. Además del DAP de Drexler-Hitler, estuvieron representados el partido socialista alemán (DSP), dirigido por Alfred Brunner, que contaba con la colaboración del grupo de Julius Streicher en Nuremberg y su revista *El Socialista Alemán*, de un antisemitismo pornográfico; la Asociación obrera, del doctor Dickel, de Ausburgo; y el partido nacionalsocialista de obreros alemanes, que funcionaba en Austria y Bohemia, dirigido por el doctor Walther Riehl y el ferroviario Rudolf Jung. Los cuatro partidos decidieron crear un comité de "partidos nacionalsocialistas de la Gran Alemania", después de que Hitler abrumara a los reunidos con su capacidad de oratoria e histrionismo. El 30 de setiembre, el DAP se transformó en partido obrero alemán nacionalsocialista (NSDAP) o NAZI (abreviatura de *Nationalsozialistische)*.

Oratoria, simbología y caudillaje

A partir de este momento, Hitler desplegó una actividad frenética y se convirtió en el auténtico motor del partido. Su primer éxito de masas lo obtuvo en una reunión pública celebrada en el Circo Krone, a la que asistieron más de seis mil personas y en la que pronunció un violento discurso de protesta contra las reparaciones impuestas por los aliados a Alemania (3-2-1921). Las patrullas armadas dirigidas por Emil Maurice, que en un principio estuvieron encubiertas en un departamento de "gimnasia y deportes", se transformaron en *Sturmabteilung* o SA (Secciones de Asalto) y se nutrieron de ex miembros de los "Cuerpos francos", con la misión fundamental de emplear la violencia contra el adversario, en el otoño de 1921. El primer jefe de esta organización paramilitar fue Johann Ulrich Klintzsch, antiguo ayudante de Ehrhardt, que había estado preso algún tiempo por complicidad en el asesinato de Erzberger; pero su auténtico cerebro fue el capitán Ernst Röhm.

La oratoria inflamada de Hitler y la organización disciplinada constituían las principales ventajas del NSDAP frente a los otros grupos de extrema derecha. Se han ofrecido muchas explicaciones sobre la seducción que el futuro canciller ejerció sobre sus oyentes en los primeros años, pero las conclusiones son muy arriesgadas cuando se trata de enjuiciar un fenómeno que está en íntima relación con la patología del protagonista y la psicología de las masas. Con una puesta en escena wagneriana, Hitler peroró, por lo general, ante auditorios multitudinarios, disminuidos por el cansancio, ante los que sus palabras y gestos creaban un clima de especial dramatismo; en los momentos de máxima excitación, el discurso era una liberación histérica tanto para él como para unas ma-

Típica actitud oratoria del Führer nazi. Su facilidad de palabra ejerció una gran influencia sobre las masas.



Hitler hablando en un mitin el invierno de 1921.

sas que se sentían halagadas en sus instintos y comprendidas en sus frustraciones.

Con el mismo propósito de atracción de las masas, Hitler prestó gran atención a los símbolos del partido, a fin de distinguirlo de otras organizaciones nacionalistas. La *Hakenkreuz,* esvástica o cruz gamada, como símbolo del círculo o rueda solar, se encuentra en culturas no germánicas, pero a finales del siglo XIX fue utilizada por los movimientos racistas y antisemitas como expresión de la pureza "aria", de donde pasó a los nacionalsocialistas austriacos. Dentro de un círculo blanco, rodeada de un campo rojo, fue exhibida por primera vez por los adeptos del DAP en la primavera de 1920. Hitler explicó la elección en *Mein Kampf:* "En el color rojo simbolizamos la concepción social del movimiento; en el blanco, la nacionalista; en la cruz gamada, la misión de luchar por la victoria del hombre ario y al mismo tiempo por la victoria de la idea del trabajo creador, que siempre ha sido y será antisemita." El nuevo símbolo, que respetaba los colores de la bandera imperial alemana, subrayó el combate contra la República y tuvo un poderoso efecto de propaganda en todos los círculos nacionalistas y revanchistas. Hitler se atribuyó el invento, pero parece ser que la paternidad corresponde al dentista Friedrich Krohn, miembro de la Sociedad de Thule. Las camisas pardas de la SA, que se generalizaron a partir de 1924, estaban inspiradas en el uniforme del "Cuerpo franco" de Roosbach; la profusión de estandartes y banderas se explican por el influjo del fascismo; el saludo brazo en alto, en fin, tenía su origen en las agrupaciones nacionalistas austriacas.

En julio de 1921 se produjo una crisis en el partido que fue resuelta por la ascensión de Hitler a la jefatura suprema y la eliminación de los que habían tratado de oponerse a su dictadura... Mientras éste se encontraba en Berlín, tratando de establecer nuevos contactos y obtener fondos de los círculos nacionalistas —pronunció una conferencia en el Nationalklub—, los otros miembros del comité director del partido, con Drexler a la cabeza, redactaron una acusación que hicieron circular como folleto entre los militantes. Se podía leer lo siguiente: "La codicia del poder y la ambición personal han impulsado a Adolf Hitler a regresar a su puesto después de una ausencia de seis semanas cuyo objetivo aún no se descubre. El considera oportuno provocar la discordia y el cisma en nuestras filas valiéndose de las personalidades oscuras que le respaldan, para favorecer así los intereses de los judíos y sus socios. Cada vez se hace más patente su intención de utilizar el partido nacionalsocialista simplemente como un trampolín para sus proyectos inmorales y para adueñarse del poder, obligando al partido, en el momento psicológico adecuado, a tomar otro camino. Esto ha quedado demostrado con el ultimátum que ha enviado a los jefes del partido, en el que exige, entre otras cosas, que sea el único dictador del partido y que el comité, incluido el cerrajero Anton Drexler, fundador y jefe del partido, debe desaparecer... ¿Y cómo ha llevado a cabo esta campaña? Como un judío..."

La burda acusación de judaísmo demuestra por sí sola la ceguera y torpeza de sus colegas, que presagiaban su derrota humillante. Hitler, además de querellarse contra los autores del folleto, se impuso sin grandes dificultades en una reunión celebrada el 29 de julio, a la que no asistió Drexler. Los reunidos acordaron la designación de un "Comité de acción" presidido por Hitler, el cual se convirtió de hecho en "Führer del NSDAP" (caudillo o guía del partido) que recababa la adhesión incondicional e incluso el fervor cuasi religioso de los militantes. Fue el triunfo del demagogo pragmático sobre los "locos lunáticos" o "teorizantes anticuados cuyo éxito práctico está en proporción inversa a sus conocimientos", como él mismo proclamaría más tarde.

Además de sofocar la revuelta interna, Hitler consiguió introducir en el partido, aunque de manera rudimentaria, el *Führerprinzip* (principio del Führer). El principio del caudillaje, unido a la estructura militar del mando y al progreso de las Secciones de Asalto (SA) tuvieron una gran importancia en la expansión del partido y en su superioridad práctica sobre las otras agrupaciones nacionalistas. En el plano teórico, el encumbramiento de Hitler constituyó el triunfo del oportunista, del que no repara en medios para conseguir sus objetivos.

Banderas con la cruz gamada, esgrimidas por las SA —con Goebbels a la cabeza— durante las campañas propagandísticas electorales en el "Berlín rojo".



4. LA EXPANSION DEL NSDAP

A pesar de la incansable actividad desplegada por Hitler, de la fascinación que ejercía su oratoria sobre auditorios muy bien dispuestos y de la utilización hábilmente provocadora de sus tropas, la rápida expansión del NSDAP sería inexplicable si no hubiera contado con sustanciales apoyos externos. Como escribió Konrad Heiden, Hitler no fue un mero azar, sino un estado de cosas y, ante todo, un estado de cosas alemán; pero sin olvidar esta consideración general, absolutamente necesaria para no rehuir responsabilidades colectivas evidentes, conviene exponer algunos de los factores que contribuyeron a dar un primer impulso al nazismo. El NSDAP, que contaba con seis mil adheridos a principios de 1922, llegó a tener más de cincuenta mil en el momento de su prohibición (noviembre de 1923).

Desde el punto de vista exterior, el NSDAP apareció como la expresión alemana, mucho más terrible que cualquiera otra, de la pleamar fascista que se abatió sobre Europa. La marcha sobre Roma y la toma del poder por Mussolini ejercieron influencia sobre todos los grupos nacionalistas germanos que se proponían la destrucción del régimen republicano y parlamentario.

El nazismo recibió ayuda económica de la Sociedad de Thule, la *Alldeutscher Verband* (Liga pangermánica), el Nationalklub y otras organizaciones nacionalistas y reaccionarias, así como de los círculos monárquicos vinculados al general Ludendorff. Se sabe que Eckart tuvo una importante participación en el establecimiento de contactos con los medios financieros e industriales. Muy conocido es el apoyo económico prestado por el gran magnate del acero Fritz Thyssen, la Asociación bávara de industriales, la Daimler e incluso alguna empresa extranjera como la Royal Dutch Shell. Todos estos "mecenas" hicieron una deliberada elección política, en la esperanza de utilizar al NSDAP y sus fuerzas de choque para debilitar y amedrentar a las organizaciones obreras. Hitler, personalmente, recibió ayuda de monárquicos y reaccionarios muniqueses, como la Editorial Lehmann y los señores Bechstein y Bruckmann.

El apoyo del Reichswehr resultó decisivo. Bajo la instigación de Röhm y otros oficiales, numerosos elementos de los "Cuerpos francos", cuando éstos fueron disueltos por el gobierno berlinés, pasaron a integrarse en las Secciones de Asalto (SA). En diciembre de 1920, cuando el partido nazi adquirió el periódico *Münchner Beobachter (El Observador Muniqués)*, se sabe que el Reichswehr bávaro aportó una importante cantidad de los sesenta mil marcos que costó la operación. El periódico, que hasta entonces había sido portavoz de la Sociedad de Thule, pasó a llamarse *Völkischer Beobachter (El Observador Popular)* y se convirtió en el órgano del NSDAP, con Eckart como primer director y propagandista del "principio del Führer".

La tesis según la cual Hitler fue subvencionado por el gobierno francés, en el período confuso y turbulento que precedió y siguió a la ocupación del Ruhr, es plausible, pero no ha podido ser verificada. El periodista e historiador norteamericano William L. Shirer asegura en su libro que un graduado de la Universidad de Harvard, Ernst (Putzi) Hanfstaengl, cuya madre era americana, prestó al partido nazi mil dólares en marzo de 1923 contra una hipoteca sobre el *Völskischer Beobachter*. También se sabe que Hitler visitó Suiza en 1923 y recibió importantes donativos.

"El enemigo se encuentra a la derecha"

Todos los historiadores aceptan que Hitler y su partido medraron en un país en constante efervescencia política, bajo un régimen débil sometido a tensiones insuperables y a la crítica corrosiva de todas las fuerzas nacionalistas y reaccionarias que no aceptaban la "República de los judíos". Durante los tres primeros años de la actividad política de Hitler en Munich, se produjeron numerosos acontecimientos que demuestran la indefensión en que se encontraba la República. El Ejército (Reichswehr) fue reorganizado, bajo la jefatura del general Von Seeckt, a fin de adaptarlo a las exigencias numéricas y armamentistas del Tratado de Versalles; pero en vez de transformarse en un pilar del nuevo régimen, siguió siendo como un "estado dentro del Estado" y, con el pretexto de mantener la neutralidad política, toleró los desmanes reiterados de los enemigos de la República.

Los primeros ataques se produjeron en el mismo Parlamento por parte de los diputados del partido nacional alemán y estuvieron dirigidos por un antiguo ministro del Káiser —Helferich—, el cual se supone que inspiró incluso la declaración de Hindenburg ante la comisión investigadora sobre el desenlace de la guerra y que dio pábulo a la leyenda: "Como un general inglés ha dicho muy acertadamente, el Ejército alemán fue apuñalado por la espalda" (18-11-1919).

La primera conjura contra el régimen se materializó en el *putsch* dirigido por Kapp, funcionario prusiano que en 1917 había creado una organización nacionalista. La sublevación estalló el 13 de marzo de 1920 y las tropas sublevadas fueron dirigidas por el general Luttwitz, con el acuerdo previo de Ludendorff. Cuando el socialdemócrata Noske pidió al jefe del Ejército, Von Seeckt, que aplastara la revuelta,



General Hans von Seeckt, comandante en jefe del Reichswehr (1920-1926), que trató de perpetuar al ejército como un Estado dentro del Estado. Mantuvo una actitud ambigua ante las autoridades civiles.

recibió la siguiente respuesta: "El Reichswehr no dispara contra el Reichswehr." Ante esta actitud de los militares, el gobierno tuvo que refugiarse en Stuttgart.

La revuelta fue dominada rápidamente porque todas las organizaciones obreras declararon una huelga general que paralizó a Berlín en muy pocas horas; como los partidos burgueses quedaron a la expectativa, dudando sobre la oportunidad de apoyar a Kapp, éste se encontró completamente aislado y tuvo que renunciar a la aventura. El partido socialdemócrata, que había participado en la huelga, desaprovechó la oportunidad de asestar un duro golpe a la derecha y permaneció inmovilizado en el gobierno, como rehén del Reichswehr. En Baviera, sin embargo, el fracasado *putsch* provocó la caída del gobierno socialdemócrata de Hoffmann y la instalación de un gabinete reaccionario presidido por Von Kahr.

Las elecciones para el primer Reichstag, que se celebraron el 6 de junio de 1920, constituyeron un síntoma alarmante de la impopularidad del régimen. La coalición de Weimar, integrada por los tres partidos republicanos, sufrió un grave retroceso en beneficio de los partidos situados a su derecha y a su izquierda. La socialdemocracia mayoritaria perdió la mitad de sus electores (seis millones), que se pasaron a los socialistas independientes o a los comunistas; la derecha nacionalista, por su parte, progresó a costa de los demócratas y el centro. La socialdemocracia abandonó el gobierno, lo que obligó al centrista Fehrenbach a constituir una coalición burguesa con el apoyo de los demócratas y los populistas.

La radicalización política tuvo su inmediato reflejo en la calle. Disueltos los "Cuerpos francos", después de su participación en el *putsch* de Kapp, se formaron algunas organizaciones secretas que se dedicaron al terrorismo político, bajo la discreta protección de los oficiales del Reichswehr, además de estar en estrecha relación con los grupos de presión industriales y latifundistas, de los que recibieron abundantes subvenciones. La más tristemente célebre fue la organización Consul, dirigida por el capitán Erhardt, que perpetró los asesinatos del centrista Erzberger (agosto de 1921) y el demócrata Walther Rathenau (junio de 1922), ministro de Asuntos Exteriores que acababa de firmar el acuerdo de Rapallo con la URSS.

Este sangriento nacionalismo conmocionó a la opinión pública, pero los partidos republicanos tuvieron que librar una gran batalla en el Reichstag para conseguir que se aprobara una legislación excepcional. En el curso del debate, el canciller Wirth pronunció el famoso apóstrofe: "He aquí al enemigo que destila el veneno en las llagas del pueblo. He aquí a ese enemigo. No hay duda posible: el enemigo se encuentra a la derecha." Pero como una prueba contundente de que la derecha no estaba dispuesta a retroceder ante los hechos más execrables, tal vez persuadida del desarme ideológico y moral de las fuerzas republicanas, el gobierno regional de Baviera se negó a aplicar las leyes de excepción que punían la violencia política y creaban un tribunal para la protección de la República.

Un año terrible: inflación y "resistencia pasiva"

La crisis culminó en 1923. Se ha dicho que fue un año inhumano, terrible, decisivo... Surgieron dos nuevos factores que pusieron al borde de la desintegración económica y política al país mejor industrializado de la Europa continental; esos dos factores fueron la ocupación del Ruhr y el colapso del marco (Bullock). El edificio de la República de Weimar, apuradamente construido en tres años de esfuerzo, parecía estar a punto de derrumbarse (K. Bracher). Ningún país europeo ha conocido una catástrofe financiera de semejante amplitud (G. Badía).

El proceso inflacionario, que desde principios de 1922 había adquirido un ritmo alarmante, llegó a alcanzar proporciones catastróficas en 1923. En poco más de un año, el marco perdió todo su valor, como lo prueba el hecho de que a finales de noviembre de 1923 fueran necesarios ocho millones de marcos para comprar un dólar. La devaluación llegó a límites delirantes: con el salario de un día sólo se podían obtener al día siguiente la mitad de los productos que hubieran podido adquirirse la víspera... Se emitieron sellos de mil millones de marcos para franquear una carta.

¿Cómo se produjo esta inflación? Durante la crisis, los acreedores de Alemania sostuvieron que había sido provocada deliberadamente para anular la capacidad de pago del país. Esta tesis es insostenible, expresada de forma tan absoluta. La inflación tuvo su origen en la guerra, pues el esfuerzo bélico fue financiado con la emisión de billetes cuando los impuestos y los empréstitos dejaron de ser suficientes. En el período posbélico, las reparaciones impuestas a Alemania acabaron por crear un desequilibrio presupuestario crónico. Por último, la "resistencia pasiva"

organizada para hacer frente a la ocupación del Ruhr tuvo que financiarse mediante la inflación. Como ocurre siempre en casos semejantes, la devaluación de la moneda creó una predisposición psicológica que aceleró indudablemente el proceso inflacionario.

Las consecuencias fueron terribles para la inmensa mayoría de los alemanes. La pequeña burguesía fue sometida a una proletarización forzosa e irremediable, lo mismo que las personas con rentas fijas. Las condiciones de vida empeoraron drásticamente y la miseria se instaló en los medios obreros de las grandes ciudades. La inflación, sin embargo, tuvo efectos benéficos para la gran industria. Las empresas importantes pudieron, en muy pocos días, liberarse de las deudas que habían contraído después de la guerra; los préstamos conseguidos para modernizar las instalaciones fueron reembolsados en valor ficticio; algunos magnates, como Hugo Stinnes, centuplicaron su fortuna; la baja real de los salarios, en fin, permitió reducir los precios de los productos industriales en los mercados internacionales, practicar el *dumping* y desarrollar la producción. Desde el punto de vista de la clase obrera, la inflación de 1923 fue el desquite de la gran burguesía por las concesiones que se había visto obligada a hacer en noviembre de 1918 para detener el impulso revolucionario.

El problema de las reparaciones, que se venía arrastrando desde el final del conflicto, acabó por impulsar a Francia a una política desastrosa, que avivó el resentimiento germano y creó una situación propicia a la exasperación nacionalista. El gobierno del canciller Cuno, representante de los intereses del gran capital, solicitó una moratoria de cuatro años en el pago de las reparaciones, aduciendo las dificultades financieras; pero el gobierno francés dirigido por Poincaré, a pesar de la oposición británica, adoptó una postura inflexible y exigió el estricto cumplimiento de los plazos fijados para las entregas. El 11 de enero de 1923 las tropas francesas y belgas penetraron en el Ruhr, con el pretexto de proteger a una comisión de ingenieros y técnicos, y completaron en pocos días la ocupación de la cuenca. El Gobierno alemán, con el apoyo casi unánime del Reichstag, protestó por la violación del Tratado de Versalles y ordenó la resistencia pasiva ante el ocupante, orden que encontró el apoyo incondicional de la casi totalidad de la población y los partidos.

Durante la ocupación, las autoridades militares francesas se entregaron a la represión de los huelguistas e incluso fusilaron a un saboteador alemán, Leo Schlageter, al que los nazis levantarían después un monumento. El intento de crear un separatismo artificial en toda la región, que llegó a proclamar las repúblicas autónomas de Renania y el Palatinado, demuestra la obstinación de Poincaré, que siempre había soñado con un estado satélite en el Rhin, pero también la miopía de una empresa que sólo sirvió para fomentar el nacionalismo alemán y aumentar la depauperación y la desesperación de las masas y, por ende, su proclividad hacia movimientos presuntamente "salvadores". La mística hitleriana se extendió con la amargura de la nueva derrota y la miseria engendrada por la crisis económica.

La "resistencia pasiva", sin embargo, se hizo insostenible, no sólo por los sacrificios que imponía, sino porque la gran burguesía alemana se sintió alarmada por el *Novemberstimmung* (el clima revolucionario de noviembre de 1918). A mediados de agosto, Gustav Stresemann formó un gobierno de gran coalición, incluidos los socialdemócratas, dejó de oponerse a la ocupación e inauguró una política de aproximación a las potencias occidentales y de ejecución del Tratado de Versalles. Aunque había militado durante la guerra en las filas anexionistas, Strese-

Soldados adictos a Kapp, con la cruz gamada en el casco, reparten libelos por las calles de Berlín.

mann, como tantos otros industriales del *Völkspartei* (partido popular), abandonó poco a poco sus convicciones monárquicas y aceptó el nuevo régimen, aunque no puede decirse que contara con el respaldo de la mayoría de sus correligionarios. Su programa inmediato se resumía en dos puntos: paz exterior y estabilización monetaria; sólo después dirigiría una política tendente a una revisión pacífica de las cláusulas de Versalles...

El *putsch* nazi en la Baviera reaccionaria

Antes de emprender el camino de la recuperación, Alemania tuvo que afrontar la crisis de Baviera, bastión de los movimientos contrarrevolucionarios y cuna del nacionalsocialismo, donde los grupos extremistas de la derecha sembraban el terror en la impunidad, pues el gobierno bávaro se había negado a aplicar la legislación excepcional aprobada por el Reichstag para defender a la República. Una sentencia del Tribunal Supremo (15-3-1923), al ratificar la prohibición del NSDAP en varios estados federados, ofreció un escalofriante resumen del terrorismo de los nazis.

Durante la ocupación del Rhin, Hitler no dirigió sus diatribas contra el ocupante, sino contra los "bandidos de noviembre" (el gobierno de Berlín), lo que dio pábulo a los rumores de que estaba recibiendo subvenciones de los franceses; pero también es probable que deseara destruir el consenso patriótico que se estaba fraguando en torno a la República. Escribió en el *Völkischer Beobachter:* "Al mismo tiempo que se dirigen protestas escritas y verbales contra Francia, el verdadero y temible enemigo de Alemania acecha dentro de las murallas de la nación... ¡Abajo los criminales de noviembre con todas sus necedades acerca de un frente unido!" A pesar de estos propósitos, sin duda impopulares, los nazis multiplicaron sus desfiles, provocaciones y desmanes, con la complacencia del gobierno bávaro, hasta crear un clima de guerra civil que alarmó a las autoridades berlinesas. Los días 1 y 2 de setiembre, en una gran reunión celebrada en Nuremberg para conmemorar el aniversario de la victoria sobre Francia en Sedán (1870), varios grupos fascistas se unieron al partido nazi para crear la *Deutscher Kampfbund* (Unión alemana de combate), dirigida por Hitler y Ludendorff, cuyo objetivo declarado era el derrocamiento de la República, la marcha sobre Berlín.

El gobierno central temió que la extrema derecha y los separatistas unieran sus fuerzas para conseguir la secesión de Baviera. En una reunión del gabinete, cuando el presidente Ebert quiso saber cuál sería la actitud del ejército, el general Von Seeckt respondió: "El Reichswehr, señor presidente, está detrás de mí." Era una forma de decir que la República se encontraba indefensa. Si el ejército se prestó gustoso a aplastar a los gobiernos de coalición socialista-comunista que se habían constituido legalmente en Sajonia y Turingia (octubre de 1923), no era seguro que actuara con la misma energía frente a los provocadores y conspiradores de la derecha; se tenía la certeza de que el ejército bávaro, dirigido por Ritter von Epp, el jefe de la represión contra la "República de los Consejos", se oponía a la línea de relativa neutralidad fijada por Von Seeckt.

Ante la psicosis de golpismo, hábilmente alimentada por Hitler y sus secuaces, el gobierno bávaro proclamó el estado de sitio el 26 de setiembre y designó a Von Kahr delegado estatal con poderes dictatoriales, que utilizó inmediatamente para prohibir las organizaciones socialistas y comunistas. El mismo día, el presidente Ebert puso en vigor el artículo 48 de la Constitución y confirió plenos poderes al ministro de Defensa, Gessler; de hecho, al general Von Seeckt, jefe del Reichswehr. La República, que había nacido socialista, quedó a merced de un cuerpo de oficiales conservador, mantenido en la legalidad por el oportunismo de su jefe.

Los grupos fascistas prosiguieron sus preparativos después de la "Jornada alemana" celebrada en Bayreuth, que terminó con la teatral visita de Hitler a Cosima Wagner, viuda del compositor. El 30 de setiembre se produjo la sublevación del comandante Buchrucker al mando de algunos comandos del "Reichswehr negro", unidades ilegales creadas para eludir las limitaciones del Tratado de Versalles. La intentona fue aplastada rápidamente por orden del general

Soldados franceses, ante el Rhin, durante la ocupación de la rica zona industrial del Rhur



Proklamation

an das deutsche Volk!

Die Regierung der Novemberverbrecher in Berlin ist heute für abgesetzt erklärt worden

Eine provisorische deutsche National-Regierung ist gebildet worden.

Diese besteht aus

General Ludendorff, Adolf Hitler
General von Lossow, Oberst von Seisser

Aufruf!

Trug und Wortbruch ehrgeiziger Gesellen haben aus einer Kundgebung für Deutschlands nationales Wiedererwachen eine Szene widerwärtiger Vergewaltigung gemacht. Die mir, dem General Lossow und dem Obersten v. Seisser mit vorgehaltener Pistole abgepreßten Erklärungen sind null und nichtig. Ein Gelingen des sinn- und ziellosen Umsturzversuches hätte Deutschland samt Bayern in den Abgrund gestoßen. An der Treue und dem Pflichtbewußtsein der Reichswehr und der Landespolizei ist der Verrat gescheitert. Auf diese Getreuen gestützt ruht die vollziehende Gewalt fest in meiner Hand. Die Schuldigen werden rücksichtslos der verdienten Strafe zugeführt.

Die nationalsozialistische deutsche Arbeiterpartei, die Bünde Oberland und Reichskriegsflagge sind aufgelöst.

Unbeirrt aber durch Unverstand und Tücke werde ich mein deutsches Ziel verfolgen: Unserem Vaterlande die innere Freiheit zu erringen.

München, den 9. November 1923.

Der Generalstaatskommissar
Dr. von Kahr

Carteles publicados en Munich en el momento del *putsch* organizado por los nazis (noviembre, 1923). La "proclama" de la izquierda, en la que se comunica la destitución del "gobierno de los criminales de noviembre", está firmada por Ludendorff, Hitler, Von Lossow y Von Seisser. El "bando" de la derecha, firmado por Von Kahr, da cuenta de la proscripción y disolución del partido nazi y las otras organizaciones extremistas implicadas en el golpe de Estado.

Von Seeckt, y el "Reichswehr negro" fue disuelto.

La situación era confusa en Munich, donde existían divergencias notorias entre Hitler y sus tropas, de una parte, y los nacionalistas y separatistas bávaros de la Unión de grupos patrióticos (VVV), presidida por Kahr, de otra. Mientras los primeros trataban de implantar la dictadura en toda Alemania, los segundos limitaban sus ambiciones a separar a Baviera del Reich y restaurar la monarquía. Ante la vacilación de sus potenciales aliados, el partido nacionalsocialista, que contaba con diez mil SA, suficientes para protagonizar un *putsch*, presionó insistentemente en favor de la marcha sobre Berlín.

La crisis entre Berlín y Munich estalló cuando el triunvirato que detentaba el poder en Baviera —Kahr, comisario del Estado; Von Lossow, jefe del ejército, y el coronel Von Seisser, jefe de la policía— se negó a prohibir la publicación del *Völkischer Beobachter*, que llevaba a cabo una campaña delirante contra todas las autoridades berlinesas, y a detener a los jefes nazis. El 20 de octubre, el general Von Lossow fue destituido desde Berlín y reemplazado por el general Kress von Kressenstein. La respuesta de Kahr significó la declaración de la "independencia" de Baviera: manifestó que Von Lossow asumía el mando del Reichswehr bávaro y, desafiando no sólo a Von Seeckt sino también a la Constitución, obligó a los oficiales y soldados a prestar juramento de fidelidad al gobierno bávaro. Se trataba no sólo de una rebelión política, sino de una sedición militar.

A pesar de las noticias que llegaban desde Berlín, asegurando que el ejército estaba dispuesto a aplastar cualquier insurrección, los nazis siguieron adelante con sus planes golpistas, quizá porque Hitler, después de varias semanas de intensa propaganda, no podía volverse atrás sin una grave pérdida de prestigio que podría afectar a la obediencia de sus tropas. Por otra parte, la actitud ambigua del triunvirato hizo creer a los nazis que podrían imponerse mediante el hecho consumado. Los reaccionarios bávaros, que habían intentado utilizar a Hitler en su lucha contra el marxismo, se vieron superados por la audacia y la violencia de éste.

El 8 de noviembre, al anunciarse la celebración de una reunión de masas en la que Kahr expondría los planes del gobierno bávaro, los nazis, que no habían sido invitados, creyeron que iba a proclamarse la independencia de Baviera y la restauración monárquica. Hitler puso en práctica un plan improvisado. A las nueve de la noche, las bandas nazis invadieron la cervecería Burgerbräukeller, en la que Kahr había leído un discurso antimarxista ante un numeroso auditorio. Hitler se presentó en la sala donde se estaba celebrando el acto, hizo un disparo al aire subido en una silla, para imponer silencio, y gritó: "La revolución nacional ha comenzado." En un intento de dominar la confusión, prosiguió: "Nadie puede abandonar el local. A menos que todos permanezcan tranquilos, apostaré una ametralladora en la galería. Los gobiernos de Baviera y el Reich han sido destituidos y se ha formado un gobierno nacional provisional. Los acuartelamientos del Reichswehr y la policía están ocupados. El ejército y la policía están marchando sobre la ciudad con la bandera de la esvástica."

Inmediatamente, Hitler se reunió en privado con los triunviros, a los que comunicó sus planes para la "revolución nacional", según los cuales Kahr sería nombrado regente de Baviera; el general Von Lossow, ministro del Ejército, y Von Seisser, ministro del Interior. Hitler se reservaba la cancillería del nuevo Reich... Después apareció Ludendorff, llamado a ser comandante en jefe del ejército en la nueva organización estatal soñada por el jefe nazi. Tras un breve torcejeo dialéctico, el triunvirato capituló y se prestó a aparecer en la sala de la cervecería.

Hitler cometió entonces el error de permitir que Kahr, Von Lossow y Von Seisser abandonaran la cervecería libremente, lo que aprovecharon para refugiarse en el cuartel de un regimiento que permanecía fiel al gobierno. A las tres de la madrugada difundieron una proclama en la que acusaban a Hitler de haberles arrancado sus anteriores declaraciones por la fuerza, al mismo tiempo que decretaban la disolución del partido nacionalsocialista y las ligas de combate. En realidad, nunca podrá saberse si el triunvirato estaba en contra del golpe contra el gobierno de Berlín o simplemente desaprobaba los planes de Hitler de alzarse con la jefatura del gobierno.

Ante una situación que amenazaba con destruir todos sus objetivos, los nazis recurrieron a una acción desesperada. El día 9 por la mañana realizaron su célebre marcha hacia el centro de Munich con el propósito de apoderarse de los puntos neurálgicos de la ciudad y establecer contacto con el capitán Röhm, sitiado en el antiguo edificio del Ministerio de la Guerra. La comitiva estaba formada por dos o tres mil nazis, a cuyo frente iban Hitler, Ludendorff, Göring, Scheubner-Richter, Rosenberg, Ulrich Graf, Kriebel y Weber, presididos por una bandera con la esvástica. Al final de la Feldherrnhalle, los manifestantes se encontraron con una unidad de la policía dispuesta a impedirles que llegaran hasta la plaza del Odeón. Al producirse un breve tiroteo —no se sabe quién inició los disparos—, los nazis, a pesar de que eran muy superiores en numero, emprendieron la huida en desbandada. Hitler fue de los primeros en tirarse al suelo y salir huyendo, sin importarle que dieciséis de sus camaradas resultaran muertos por los disparos. El único que se comportó dignamente fue Ludendorff, que se mantuvo erguido y avanzó desafiante hasta llegar a la plaza. Hitler se refugió en la casa de Ernst Hanfstaengl, en Uffing, donde fue detenido dos días más tarde.

El 26 de febrero de 1924 comenzó en Munich el juicio por alta traición contra Hitler, Ludendorff, Pöhner, Röhm, Frick y otros cinco sediciosos, ante un tribunal que, paradójicamente, había sido designado por las mismas autoridades que en la cervecería se habían declarado dispuestas a colaborar con los nazis la noche que se inició el *putsch*. Ante un tribunal que estaba desde el principio inclinado a la benevolencia, cuando no a la impunidad, el futuro canciller no dudó en construirse una resonante pantalla publicitaria; en vez de declararse inocente, aceptó toda la responsabilidad y defendió cualquier "empresa nacional" contra "los esclavos del dictado de Versalles", en medio de los aplausos de la concurrencia y la aprobación tácita de los magistrados. Solamente el general Von Lossow, al ser acusado de haber roto la unidad del movimiento, se revolvió contra la insolencia del ex cabo. Hasta el mismo fiscal comenzó su informe con el elogio de los objetivos del jefe nazi... Fue condenado a la pena mínima para un caso de alta traición: cinco años de prisión en un castillo, con promesa expresa de recibir un rápido indulto. Así le pagaban los caciques bávaros que en último extremo se había separado de su aventura. Ludendorff, Röhm y Frick fueron absueltos.

Si bien los errores de Hitler fueron notables, no cabe duda de que el *putsch* fracasó por la actitud del Reichswehr al mando del general Von Seeckt, el cual, no obstante, siguió manteniendo su ambigüedad ante la República. Al juzgar su comportamiento, el historiador alemán K. D. Bracher ha podido escribir: "Su intención no había sido otra que esperar al dictador en quien quizá hubiera depositado su poder. En la correspondencia de noviembre de 1923 se pone claramente de manifiesto la actitud que presidió la conducta de Seeckt: la oscilación entre los propósitos de dictadura y la reserva propia del puro soldado que esperaba al dictador victorioso. Era una postura característica también de la futura actitud del Reichswehr frente a la República y sus adversarios." La llegada del dictador al poder no sería un azar, sino la culminación de una trayectoria.

De izquierda a derecha: Ludendorff, Hitler y Weber, con motivo del proceso incoado a estos personajes por el fracasado *putsch* de Munich.



5. EL NACIONALSOCIALISMO Y LA HISTORIA ALEMANA

El problema de los orígenes o antecedentes ideológicos e históricos del nacionalsocialismo suscita una viva controversia que está muy lejos de haberse agotado treinta años después de la "catástrofe alemana". El horror ante los crímenes del III Reich, con el corolario inevitable de las responsabilidades individuales y colectivas, otorga una importancia capital a la cuestión de la continuidad esencial de la historia de Alemania. Diversas tesis se han enfrentado en el intento de explicar cómo el régimen hitleriano, tan brutal y primitivo, arraigó en un país económicamente avanzado e intelectualmente exuberante.

El nacionalsocialismo ha sido considerado como la culminación de la historia alemana de los dos últimos siglos, el desenlace fatídico a que condujeron unas concepciones filosóficas, políticas y sociales que hincan sus raíces en la Edad Media, pero que tuvieron sus más ilustres epígonos en la segunda mitad de la pasada centuria. Esta tesis de la "Alemania eterna", desde Lutero hasta Hitler, bastante extendida entre la historiografía francesa, fue popularizada por William L. Shirer, para el cual "el nazismo y el III Reich, efectivamente, no eran sino una continuación lógica de la historia alemana". La aceptación sin matices de esta tesis desembocaría fácilmente en un racismo antialemán como el que es perceptible, por ejemplo, en toda la obra de Churchill.

Toda una corriente historiográfica alemana conservadora, cuyo representante más conspicuo es Gerhard Ritter, presenta al nazismo simplemente como la forma germánica de un fenómeno europeo: el advenimiento de los regímenes dictatoriales como consecuencia de la degeneración de la democracia de masas y las tensiones propias de una sociedad industrial agudizadas por la crisis económica. Según esta tesis, que tiene mucho de escapatoria, el régimen de Hitler, máxima desventura de los alemanes, fue un "accidente", algo que pudo sobrevenir en cualquier otro país.

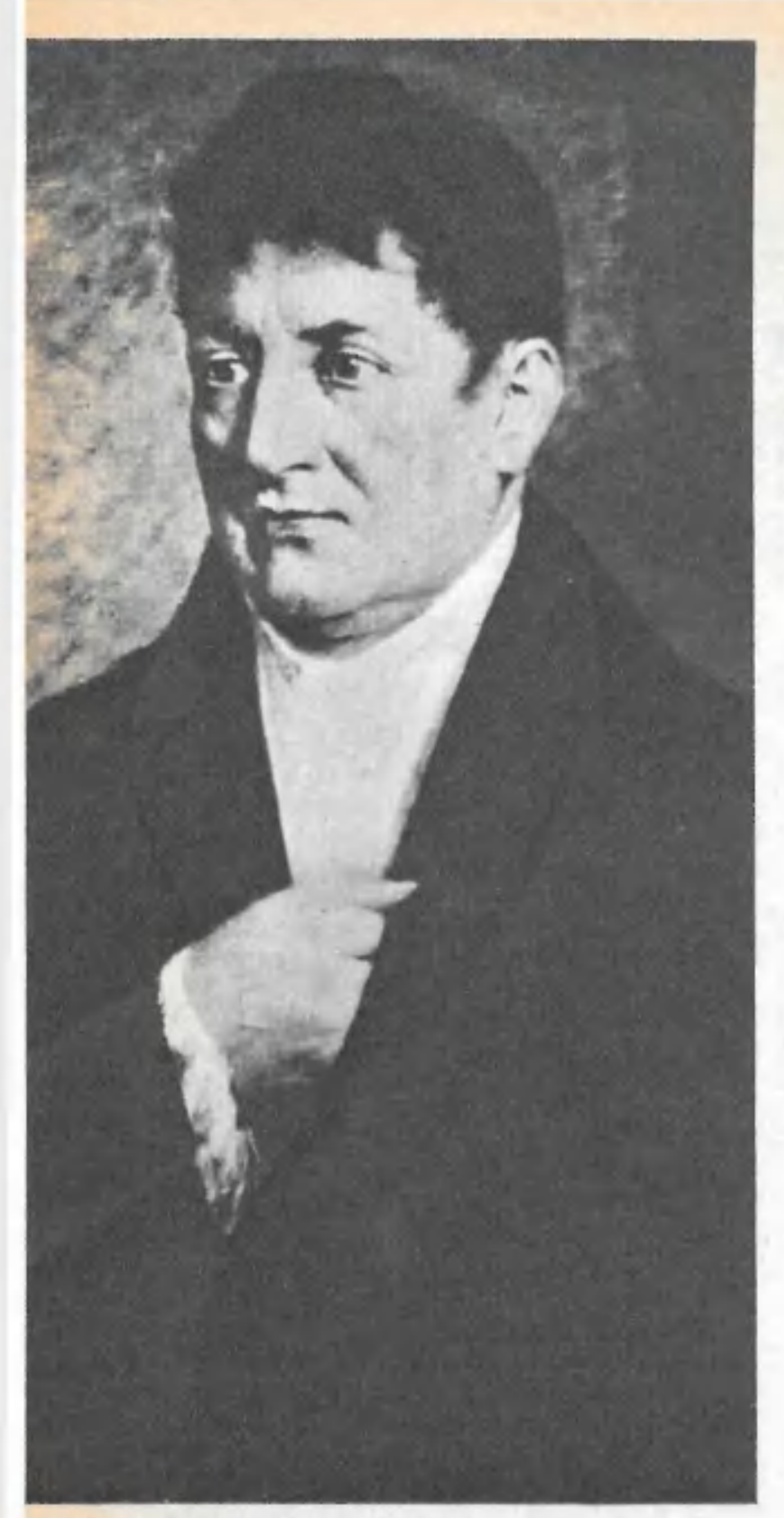
Otros historiadores, como el francés Jacques Droz, han realizado un considerable esfuerzo de síntesis entre ambas posiciones extremas: si el nazismo no puede ser considerado como una simple peripecia, sería también falso ver en él la manifestación más brutal de una tarea inherente a la esencia misma del pueblo alemán; el nacionalismo extremo, el racismo y el antisemitismo no son exclusivo patrimonio germánico, pero es innegable que alcanzaron en Alemania sus efectos más devastadores, preparando el terreno adecuado que iba a propiciar la ascensión de Hitler al poder.

Los historiadores marxistas en general sostienen que el régimen nazi es propio de "un capitalismo totalitario monopolista", en un período de especial agravamiento de la crisis general del capitalismo. Ya Daniel Guérin, en su libro *Fascisme et grand capital*, publicado por primera vez en 1936, escribió: "Entre el fascismo y el gran capital el lazo es tan estrecho que el día en que el gran capital le retira su apoyo, comienza para el fascismo el principio del fin (...). El 30 de enero de 1933, cuando el canciller Schleicher abandona la partida, todo el capitalismo alemán sostiene el III Reich en la pila bautismal." Un fotomontaje de 1932 presentaba a Hitler con la mano en alto (en la que un empresario sin rostro iba depositando millones de marcos) mientras gritaba: "Muchos millones están detrás de mí." Otros autores, como Arthur Rosenberg (no confundir con el jefe nazi), han llegado a la conclusión de que, como consecuencia del rechazo casi patológico de la revolución y la república burguesa, el régimen de Weimar se encontró en "una vía casi sin salida". Para Lukacs, en fin, las premisas fundamentales del nazismo fueron las ideologías irracionales y antirracionales de los siglos XIX y XX. En realidad, los que tratan de presentar a Hitler como un mero instrumento del capitalismo suicida, un contrarrevolucionario *sensu stricto*, olvidan que tuvo detrás a varios millones de alemanes y minimizan el radicalismo fanático de su doctrina.

El historiador y politicólogo germanooccidental Karl Dietrich Bracher, que ha escrito dos libros exhaustivos sobre el régimen hitleriano, funda su investigación en "el carácter multicasual del proceso histórico-político", descartando todas las fórmulas interpretativas en beneficio de un enfoque integrante. Aborda el fenómeno de la dictadura en su doble perspectiva —europea y alemana— y analiza las cuatro principales corrientes de pensamiento que fraguaron en el frente ideológico cuyo objetivo fundamental fue el hundimiento del liberalismo, la democracia y el socialismo internacional, para interrogarse a continuación por qué esas tendencias paneuropeas —nacionalismo, culto al Estado, socialismo estatal y racismo— alcanzaron en Alemania una influencia exorbitante y un poder destructor sin precedentes.

Las premisas ideológicas

Antes de examinar las principales aportaciones de esas cuatro corrientes ideológicas que confluyeron en el nacionalsocialismo, conviene advertir que la his-



Johann Gottieb Fichte, filósofo liberal, cuyos *Discursos a la nación alemana* están considerados como una de las primeras expresiones del nacionalismo germánico.

toria alemana desde 1848 —fecha del fracaso de la revolución burguesa— explica en gran medida la virulencia que adquirieron aquéllas durante el período weimariano. Ya hemos estudiado en los capítulos anteriores el carácter autoritario, expansionista y militarista del imperio guillermino, las necesidades de la industria en una fase de gran expansión e impulso demográfico y las deficiencias estructurales del Estado alemán como consecuencia de la capitulación de la burguesía ante el autoritarismo de Bismarck. También hemos apuntado cómo el imperialismo colonial frustrado desembocó en el sueño del "nuevo orden" en Europa... En cualquier caso, las premisas ideológicas del nacionalsocialismo no explican necesariamente la caída de la República, por más que ofrecen argumentos decisivos para comprender el desarme psicológico de las clases medias y el suicidio de las clases dirigentes tradicionales. El nazismo, en último extremo, simplificó y transmitió a las masas, con métodos de una tremenda eficacia, una ideología a cuyo predominio habían contribuido la escuela, la universidad, el ejército, la magistratura, los cuerpos constituidos, etc. La burguesía alemana, con las excepciones de rigor, se separó del pensamiento político que dominaba en Occidente.

Nacionalismo y pangermanismo. Se ha querido ver en los *Reden an die deutsche Nation* (Discursos a la nación alemana, 1807-1808), del liberal Fichte, el primer manifiesto del nacionalismo germano, en forma de reacción contra la interpretación napoleónica de la Revolución francesa; pero el gran impulso provino de los historiadores de la segunda mitad del siglo XIX, empeñados en la glorificación de Prusia y posteriormente del Reich de Bismarck, entre los que destacan Ernst Moritz Arndt y Heinrich von Treitschke, propagandistas de un patriotismo sin fisuras. El que logró mayor influencia popular, sin embargo, fue un escritor mediocre, Friedrich Ludwig Jahn, que defendió un nacionalismo de corte racista que supo inculcar en los movimientos gimnásticos y los grupos estudiantiles. La identificación de la "nación" con el "pueblo", portador de una misma cultura, de acuerdo con los postulados románticos y en contra de la tradición occidental de la Nación-Estado, desembocó en la "alemanidad" y el pangermanismo. Fue Jahn el primero en popularizar la idea de que el pueblo era la fuente de toda energía creadora, llamada a prevalecer sobre los derechos del individuo.

El historiador Heinrich von Sybel invitó a los alemanes a vincularse estrechamente a sus raíces históricas, para lo cual sustentó la tesis de que los germanos de Tácito constituían la juventud de la nación alemana. El profesor Felix Dahn, abundando en el mismo tema, vulgarizó en la famosa novela *Ein Kampf um Rom* (Un combate por Roma) la supuesta epopeya de los godos llenos de pureza y energía contra los romanos depravados. Este culto a la "juventud" germánica alcanzó extremos grotescos con la resurrección de los símbolos y las leyendas (esvástica, culto del sol, etc.) y una interpretación "nórdica" del cristianismo, de tal manera que la Navidad se convirtió en el regreso de Baldur, y Cristo, en el dios del sol... Al servicio de este germanismo estuvieron escritores tan populares como H. Burte y Ernst Wachler. La revista *Die Sonne,* fundada en 1923, difundió el mismo mensaje y llegó incluso a sostener, a pesar de la evidencia, que Hitler era rubio y tenía los ojos azules.

El pangermanismo conoció un auge impresionante durante el reinado de Guillermo II y fue adoptado por todos los círculos dirigentes e industriales a través de la Liga pangermanista, alejándose del idealismo romántico para transformarse en el arma de combate que justificaría el recurso a la guerra en 1914. Treitschke había podido resumir muchos años antes: "El horizonte de la política alemana se hace más libre y más amplio cada año; el día en que el país comprenda que los intereses vitales del Estado alemán se extienden ya por los países eslavos, escandinavos y latinos, estaremos comprometidos en la más grande revolución de este siglo."

Irracionalismo y comunidad alemana. Los progresos de un nacionalismo agresivo serían incomprensibles sin tener en cuenta el dominio que el irracionalismo ejerció sobre la inteligencia alemana, en parte debido al relativismo de William Dilthey y su "filosofía de la vida", justificadora de una política que se

proponía combatir en la práctica los grandes principios del liberalismo.

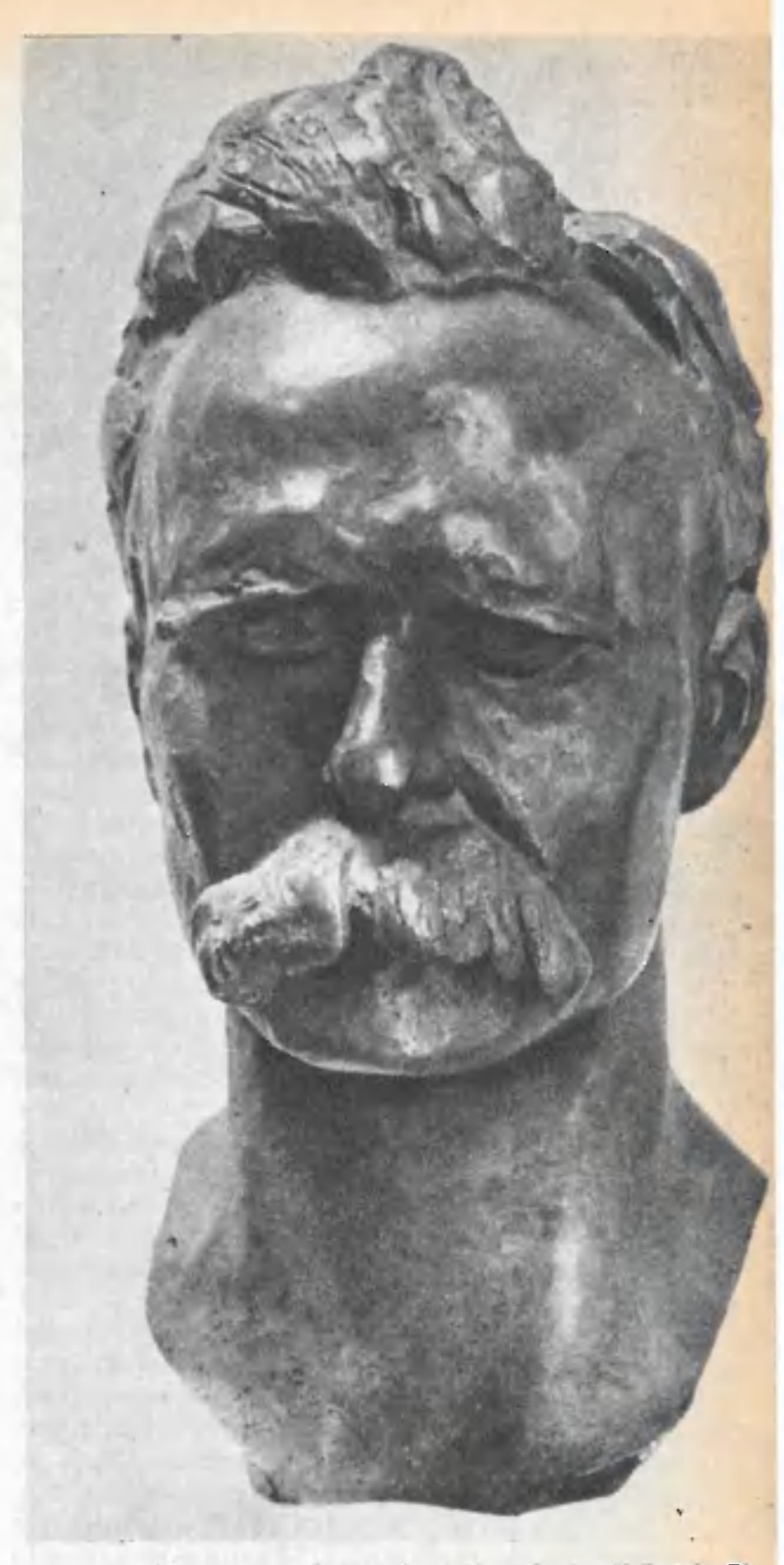
La exaltación del *Volk* (pueblo, comunidad de sangre) fue iniciada, de una manera sistemática, por Wilhelm H. Riehl, antiliberal furibundo, que propició el "estudio del pueblo" *(Volkskunde)* en su famoso libro *Land und Leute* (Tierra y pueblo), contraponiendo la *Kultur*, enraizada en la naturaleza, a la *Zivilisation* materialista, y declarándose partidario de una sociedad jerarquizada y corporativa, medievalizante. Toda una utopía campesina se desarrolló en algunas novelas populares de Bertold Auerbach o Hermann Löns, cuya célebre *Wehrwolf* (1910) exaltaba la fuerza bruta y justificaba anticipadamente la acción de los "Cuerpos francos" en los primeros años de la República. Hitler reconoció la influencia que tuvo sobre él *Der Büttnerbauer* (1895), de Wilhelm von Polenz, en el que está el origen del mito nazi de *Blut und Boden* (Sangre y tierra).

El más brillante exponente del irracionalismo fue Paul de Lagarde (Paul Boetticher), profesor de Gotinga, obsesionado por la pretensión de eliminar del cristianismo cualquier elemento hebraico. En sus *Deutschen Schriften* (Escritos alemanes, 1878-1881), además de ver en la historia alemana una revelación continua, propugnó la comunidad de fe *(Volk)* como base de la unidad alemana, con la consiguiente exclusión de todos los extraños al credo germánico, es decir, los judíos. Lagarde defendió la instauración de una Iglesia nacional, propugnó la creación de una Gran Alemania, como corolario del espacio vital, y el retroceso de las fronteras rusas. Fue rehabilitado después de la Gran Guerra y celebrado por los nazis como "el profeta del renacimiento alemán".

Mayor impacto popular obtuvo un discípulo de Lagarde, Julius Langbehn, cuyo libro *Rembrandt als Erzieher. Von einem Deutschen veröffentlich* (Rembrandt como educador. Publicado por un alemán, 1890) se transformó en un éxito editorial sin precedentes. Lo más importante de este libro era su insistencia en la "raza", como fundamento de la nación, y la concepción de un estado elitista en el que se integraban todos los "germanos", incluyendo a holandeses e ingleses. La crítica antioccidental se difundió a través del "nuevo romanticismo" y la respetable revista *Die Tat* (La Acción), dirigida por Ernst Diederichs, el cual condenaba el "materialismo industrial" en nombre del vitalismo y el *Geist* (espíritu), concebido como fuerza mística del universo que define la personalidad del *Volk*. Diederichs fue el primer intérprete de Nietzsche, en el sentido que luego sería utilizado por los exegetas nazis.

Racismo y antisemitismo. El racismo alemán se inició bajo la influencia de Joseph Arthur, conde de Gobineau, cuyo *Essai sur l'inegalité des races humaines* (1853-1855) tuvo una gran acogida entre los wagnerianos. Gobineau estableció una estricta jerarquía entre las razas, en cuya cúspide colocó a la germánica, y condenó el mestizaje, al que consideraba culpable de la decadencia de la humanidad. Ludwig Schemann fundó en 1894 la Sociedad Gobineau, que inmediatamente recibió el apoyo del Círculo Richard Wagner.

El teórico más importante fue Houston Stewart Chamberlain, inglés fascinado por lo germánico, yerno de Wagner, que compiló sus ideas en *Die Grandlagen des 19. Jahrhunderts* (Los fundamentos del siglo XIX, 1899). Toda la historia occidental se interpretaba como una lucha de dos razas —germánica y judía—. Consideraba a los germanos como el vehículo de todo lo bueno de la civilización griega y romana, transmitido a través de "arios" como el Dante y Lutero. Pretendió demostrar que Cristo y David eran de origen ario, no judío, y concluyó que el cristianismo se había pervertido y transformado en un "caos étnico" por las aportaciones del apóstol Pablo, un hebreo. La revolución debería consistir en la eliminación del judío y el establecimiento de una "cultura" aristocrática por oposición a la "civilización" democrática y materialista de inspiración judía. Chamberlain fue íntimo de Guillermo II y admirador de Hitler en sus primeros años de agitación.



Friedrich Nietzsche, adversario declarado del II Reich. El significado y la influencia política de su pensamiento filosófico sobre el nazismo son todavía objeto de una viva polémica intelectual.

En un principio, el antisemitismo no tuvo carácter racista, pues se reprochaba a los judíos el que constituyeran un Estado dentro del Estado, un elemento espiritual extraño e inasimilable; pero todas las teo-

rías racistas, unidas al darwinismo, prepararon el camino para un antisemitismo biológico. La literatura antisemita se inició a mediados del siglo XIX con autores como Gustav Freytag y Hermann Goedsche, más conocido como sir John Retcliffe, cuya obra *Biarritz* anticipó el mito de la conspiración mundial de los israelitas. Eugen Dühring, profesor de la Universidad de Berlín, célebre por la refutación que Engels hizo de sus tesis, escribió *Die Judenfrage* (La cuestión judía, 1880), en la que pretendió dar una explicación partiendo de consideraciones raciales: la depravación es un rasgo inherente a la raza judía y sólo la religión nórdica puede salvar a Alemania...

El antisemitismo se organizó políticamente desde que el periodista Wilhelm Marr fundó la primera Liga antisemita y lanzó una virulenta campaña para demostrar que el II Reich, bajo el mandato de Bismarck, se había convertido en una "Nueva Palestina", puesto que los hebreos dominaban los sectores más importantes. La llegada a Alemania de los judíos procedentes del Este, que huían de los *progroms*, constituyó un importante elemento para la extensión del antisemitismo, arma de combate utilizada incluso por el canciller de hierro en su lucha contra los socialistas. La principal obra de Wilhelm Marr, titulada *La victoria del judaísmo sobre el germanismo*, que penetró ampliamente en los medios burgueses, se popularizó en los años que siguieron a la crisis económica de 1873, al mismo tiempo que la literatura suministró los datos para construir la leyenda del judío avaro, prestamista, concupiscente, sin patria, el *Gegenvolk* (el antipueblo) por oposición a las virtudes propias del *Volk*.

La principal expresión del antisemitismo político fue el partido cristianosocial fundado por Adolf Stoecker, predicador de la corte. Después de él, y hasta la guerra de 1914, siempre existió en el Reichstag un grupo antisemita. La difusión de esta ideología fue considerable, penetró en los medios estudiantiles, a través de Friederich Naumann, y acabó por convertirse en uno de los dogmas del credo de los pangermanistas, hasta el punto que Heinrich Class, presidente de la Liga pangermanista a la que pertenecía Hugenberg, propugnó que los judíos sufrieran una doble imposición en espera de su expulsión definitiva del Reich. Karl Paasch defendió que la única "solución" para el problema era la muerte de todos los hebreos; pero como esto no podría conseguirse en Alemania, propugnó su deportación a Nueva Guinea...

Wagner y Nietzsche. Estas dos personalidades tuvieron una decisiva influencia en el triunfo final del irracionalismo en el pensamiento alemán, aunque el entusiasmo de sus improvisados discípulos desbordara con frecuencia sus propias previsiones.

Las ideas racistas y antisemitas de Gobineau y Chamberlain encontraron una gran acogida por parte de Richard Wagner, de personalidad muy contradictoria. Aunque liberal en un principio, el célebre músico evolucionó hacia un nacionalismo exacerbado y un odio patológico hacia los judíos. Su artículo "Das Judentum in der Musik" (El judaísmo en la música, 1869) contiene una extraña concepción del arte regenerado a través de una especie de higiene biológica, pues consideraba "la raza judía como el enemigo nato de la humanidad y de cuanto noble se oculta en ella. Que nosotros los alemanes habremos de sucumbir por su culpa... es algo muy cierto..."

Nietzsche ha sido un pensador mal conocido y peor utilizado. Fue un adversario declarado del nacionalismo pangermánico y del II Reich y advirtió contra los peligros de cualquier filosofía racista; sin embargo, su teoría del "superhombre", su pesimismo religioso, su predilección por el espectáculo de la potencia y los grandes cataclismos; su crítica radical de los valores burgueses, en fin, ejercieron una gran atracción para el pensamiento irracional y se utilizaron como justificación del poder sin escrúpulos de las élites. En sus últimas obras llegó incluso a escribir que el "superhombre" debía ser preparado por una selección biológica... El nihilismo de Nietzsche se vio reforzado por otros pensadores, como Sorel y Wilfredo Pareto, que ejercieron una notable fascinación sobre todos los movimientos de extrema derecha del período posbélico.

La concepción del Estado. Los avatares de la unidad alemana no favorecieron ciertamente una evolución similar a la del occidente europeo. Después del fracaso de 1848, hasta los mismos liberales defendieron el acrecentamiento de las prerrogativas del Estado como poder ordenador y suprasocial. Apoyándose en Hegel, para el que el Estado es "la realidad de la idea moral", el medio a través del cual el individuo alcanza su fin, el pensamiento conservador, a partir de Adam Müller, llegó a la divinización del Estado y la justificación de la guerra como un acto de salvación. El predominio de la unidad exterior sobre las libertades internas, predicado insistentemente desde Bismarck, acabó por fundamentar una *Realpolitik* sin ningún freno, puesto que el Estado se consideraba como la fuente de toda moralidad.

Richard Wagner evolucionó desde posiciones liberales hacia un nacionalismo y antisemitismo exaltados.



6. KONSERVATIVE REVOLUTION Y NAZISMO

LAS corrientes ideológicas que hemos visto reafirmarse durante el II Reich se radicalizaron como consecuencia de la guerra, la derrota y la revolución, para adquirir nuevos ímpetus durante la República de Weimar. El antioccidentalismo arraigado en el pensamiento alemán se exacerbó contra un régimen "importado" —ideología wilsoniana y democracia parlamentaria—, al mismo tiempo que los sectores burgueses antirrepublicanos encontraron en el temor irracional al comunismo una justificación para todos los excesos. La inflación y el paro que acompañaron a los primeros cuatro años de la República, al proletarizar a grandes sectores de la clase media, provocaron una ambigua corriente anticapitalista que fue asumida por todas las agrupaciones de la extrema derecha.

Dos grandes movimientos políticos surgieron del mismo tronco de las premisas ideológicas estudiadas con anterioridad. De una parte, la llamada *Konservative Revolution*, que recogió la tradición irracional y antidemocrática del pensamiento alemán, a la que añadió una visión mística del futuro del país, con una extraordinaria proclividad a construir mitos redentores; de otra la *Volkische Revolution* (populista, racista), que hizo del racismo biológico su único dogma, flanqueado por un cinismo brutal en la consecución de sus objetivos políticos, y que se preocupó por superar los cenáculos minoritarios para llevar a cabo un reclutamiento popular. Ambos movimientos interpretaron las sucesivas crisis de la República con las claves de las tendencias pangermanistas y expansionistas anteriores a la guerra y atacaron a la República como hija de una derrota de la que era inocente.

Los revolucionario-conservadores, progenitores inmediatos del nacionalsocialismo, con su pasión por las élites, sentían un profundo desprecio por los movimientos de masas como el que Hitler se propuso crear; pero no hay ninguna duda de que incubaron e incluso alimentaron los mitos radicales que socavaron los cimientos del régimen republicano. A la postre, Hitler fue mucho menos manejable de lo que habían pensado los estrategas de salón, y cuando éstos quisieron reaccionar contra la barbarie que se avecinaba fue demasiado tarde. Muchos de los representantes de esta paradójica "revolución conservadora" acabaron por pasarse a la resistencia contra el III Reich, pero esta actitud personal no puede modificar el juicio sobre las ideas que profesaron y sus funestas consecuencias...

Probablemente existió un auténtico deseo de renovación frente a la crisis, aunque lo verdaderamente importante es que la protesta y la regeneración se expresaron a través de un pesimismo radical y una potenciación de los valores menos constructivos y más decadentes de la cultura. En cualquier caso, el conservadurismo político y social no puede eludir la grave responsabilidad de haber contribuido a la propagación de las ideas que el nacionalsocialismo recogió sin escrúpulos para inspirar su técnica de organización, agitación de masas y conquista del poder. El nazismo realizó una síntesis demagógica del pensamiento conservador y acuñó muchas de sus ideas en eficaces fórmulas propagandísticas. Este cuadro se completa con el desarme moral y la falta de preparación de las clases dirigentes, que se dejaron arrastrar hacia el abismo, y la casi indecente facilidad con que los partidos democráticos abdicaron de sus responsabilidades en defensa de la República. K. D. Bracher ha hecho un agudo resumen del credo de esta "revolución conservadora": la comunidad alemana, endurecida por la "lluvia de balas y acero" de la guerra y que con las "ideas de 1914" supo ya rebasar las corruptas "ideas de 1789", acabaría por derrocar a la República, indigna heredera del "II Reich", mediante el definitivo "III Reich" del futuro: el "Reich Milenario", con el que soñara toda la historia alemana.

Los nostálgicos del autoritarismo guillermiano se agruparon políticamente en el partido nacional alemán *(Deutschnationale Volkspartei* —DNVP), que fue respaldado por los pangermanistas y la Iglesia evangélica y se radicalizó desde el primer momento en la lucha contra la revolución socialista y en favor de la restauración monárquica. A partir de 1928, bajo la dirección de Hugenberg, se orientó hacia una estrecha colaboración con los nazis y fue un elemento decisivo en la crisis final de la República.

La otra gran fuerza de la revolución conservadora fue el *Stahlhelm* (Casco de acero), organización paramilitar y fuerza de choque de la derecha ultranacionalista, que se unió al extremismo nacionalsocialista para crear el clima de terror dirigido esencialmente contra los comunistas y los hebreos.

Utópicos, románticos, reaccionarios

Entre los escritores utópicos, románticos y reaccionarios del período weimariano destacó Oswald Spengler (1880-1936), seguidor del positivismo darwiniano, que en su *Der Untergang des Abendlandes (La decadencia de Occidente)*, confusa fantasía histórica, expuso la tesis de que las "culturas" degeneran en "civilizaciones". Para evitar la decadencia de Europa

y protegerla de un hipotético "peligro amarillo", propugnó un nuevo "cesarismo bárbaro", una vulgar incitación al "principio del Führer", ya anticipado en su *Preussentum und Sozialismus (Prusianismo y socialismo,* 1920). Admirador de las virtudes prusianas, pangermanista convencido, cifró todas sus esperanzas en la Alemania del norte, prusiana y luterana, puesto que el catolicismo había introducido un elemento extraño en la Alemania meridional. La supervivencia en Europa de la cultura moderna, que también llamaba fáustica, dependería en último extremo de la potencia expansiva de Prusia y sus ideales. Interpretó a Nietzsche para exaltar "la sana alegría guerrera", "la guerra como forma eterna de vida superior", el combate implacable contra "los espíritus delicados y los ideales enfermizos"; consideró que el verdadero socialismo había sido inventado por los reyes de Prusia, no por Karl Marx, y exaltó las virtudes del jefe carismático frente a la democracia, a la que estigmatizó como "el peligro del siglo XX". Aunque todas estas afirmaciones perentorias, despojadas de su ropaje pseudointelectual, fueron manipuladas hábilmente por el nacionalsocialismo, hay que advertir que el "socialismo nacional" de Spengler, por oposición al de Hitler, rechazó toda definición biológica de la raza, es decir, toda "zoología", como él mismo dijo. En 1933, después de la toma del poder por los nazis, en *Jahre der Entscheidung (Años decisivos,* en su versión española), confesó al principio del prólogo: "Nadie podía anhelar más que yo la subversión nacional de este año. Odié, desde su primer día, la sucia revolución de 1918, como traición infligida por la parte inferior de nuestro pueblo a la parte vigorosa e intacta que se alzó en 1914 porque quería y podía tener un futuro."

El "misticismo" nacionalista tuvo su más ilustre representante en Arthur Moeller van den Bruck. Su obra más célebre es *Das Dritte Reich (El Tercer Reich),* que inspiró presumiblemente a los nazis. Fervoroso apóstol del mismo autoritarismo antioccidental que Spengler, condenó la revolución de noviembre y la paz de Versalles, al mismo tiempo que puso en circulación muchos de los mitos que posteriormente fueron utilizados por el nacionalsocialismo: la conspiración judía, el espacio vital, la reacción nacionalista como germen y esperanza del desquite; frente a la "voluntad" americana o el "alma" rusa, Alemania debía oponer una *Weltanschauung* (cosmovisión) antiliberal que le permitiría unificar a Europa bajo su mando...

Entre los teóricos de la "raza" destaca el biólogo F. K. Günther, que escribió una *Teoría racial del pueblo alemán* de gran éxito popular. Ludwig Klages y Alfred Schuler combatieron la supremacía de la razón y la sustituyeron por una "mística de la sangre". El geógrafo Karl Haushofer, profesor de Hess en Munich y conocido de Hitler, pasa por ser el creador de la "geopolítica", al servicio del expansionismo germano. El jurista Carl Schmitt, teórico del Estado corporativo, obsesionado por la unidad estatal frente a una descentralización que juzgaba perniciosa, combatió en *Die Diktatur (La dictadura)* el principio de la soberanía popular y especuló sobre el poder carismático del dirigente de un "Estado total". A través de la revista *Die Tat (La Acción),* numerosos intelectuales, aunque opuestos al nacionalsocialismo, propugnaron un Estado "socialista", autoritario.

También fue muy característico de la crisis el movimiento nacional-bolchevique, empeñado en conciliar el nacionalismo con la revolución obrera, que



Oswald Spengler, ideólogo reaccionario, autor de *La decadencia de Occidente,* **típico representante de la llamada "revolución conservadora".**

atrajo a individuos tanto de la extrema derecha como de la extrema izquierda, e incluso a militares partidarios de la alianza con el Este. Su principal representante fue Ernst Niekisch, socialista y discípulo de Moeller van den Bruck, que interpretó la lucha de clases como una fricción entre "naciones proletarias" y "naciones ricas", éstas beneficiarias del orden capitalista de Versalles.

Literatura: exaltación y pesimismo

En el campo de la literatura hay que citar a Hans Grimm, cuya "novela alemana" *Volk ohne Raum (Pueblo sin espacio,* 1926), que alcanzó gran popularidad, prestó a los nazis uno de sus mitos. La literatura militarista, con pretensiones heroicas, se expresó en las obras de Ernst Junger, que exaltó su experiencia en la guerra en *In Stahlgewittern (Tormentas de acero);* posteriormente, en *Die Totale Mobilmachung (La movilización general,* 1931) y *Der Arbeiter (El obrero,* 1932), muy influido por Spengler y Moeller van den Bruck, hizo del "soldado del trabajo" y del guerrero los paradigmas de un nuevo tipo humano y de una nueva jerarquía biológico-racial, en un régimen autoritario.

Hasta los literatos más ilustres —Wassermann, los hermanos Mann, Franz Werfel— expresaron en sus obras un pesimismo desmoralizador, con la burguesía destruida por los monopolios y el poder de los Bancos, cuando no asediada por la racionalización implacable del maquinismo que aplasta sin piedad al individuo. El mismo Thomas Mann, en sus *Consideraciones de un apolítico* (1918), de las que renegaría más

tarde, se manifestó seducido por las teorías nacionalistas, contraponiendo la "civilización" burguesa a la "Kultur".

El grupo intelectual en torno al poeta Stefan George, integrado por "jóvenes bárbaros", profesó un conservadurismo subversivo y elitista. En su obra *Das Neus Reich (El nuevo Reich)*, Stefan George cantó la lucha antidemocrática, la "guerra santa" que exterminaría a los impuros e incluso el principio del Führer. La rebeldía contra los valores de Occidente no protegió al poeta contra la violencia de los "plebeyos", y la amargura del exilio y la muerte en Suiza (1933). Uno de sus seguidores, Klaus von Stauffenberg, fue el oficial que colocó la bomba en el cuartel general de Hitler, el 20 de julio de 1944.

Mein Kampf, "biblia del racismo"

Durante su prisión en el castillo de Lansberg, Hitler leyó mucho, sin ningún plan sistemático, y concibió su obra *Mein Kampf (Mi lucha)*, que dictó sucesivamente a su chófer Emile Maurice y a Rudolf Hess. El principal corrector de estilo fue el ex sacerdote católico Bernhard Stempfle. Tanto el futuro canciller como los cuarenta correligionarios que estuvieron presos con él recibieron un trato de favor por parte de las autoridades penitenciarias.

Mein Kampf es una mezcla indigesta de autobiografía e historia del movimiento nazi, con un estilo reiterativo e improvisado, como corresponde a su concepción oral y sus pretensiones propagandísticas. Su objetivo fue doble: presentar un retrato atractivo del jefe-protagonista y exponer pretensiosamente una *Weltanschauung* (concepción del mundo, filosofía o cosmovisión) del nacionalsocialismo. Las ideas vertidas en el mamotreto de cuatrocientas páginas no son originales, pues apenas si constituyen una vulgarización, con fines políticos radicales, del pensamiento conservador y *volkisch* (populista, racista) que ya hemos resumido, aunque el autor rehuyó cualquier cita. Como escritor, Hitler no fue otra cosa que el "gran simplificador", según le llamó Houston Stewart Chamberlain en una carta ditirámbica que le

El libro *Mein Kampf*, considerado como la "Biblia del racismo", fue escrito por Hitler durante el tiempo que permaneció en la prisión de Landsberg.





Hitler, Maurice, Kriebel, Hess y Weber, en la cómoda celda del castillo de Landsberg, en 1924

dirigió a la prisión. Con un darwinismo grosero, el autodidacta e intelectual frustrado realizó una cruel transposición, que después se transformaría en caricatura sangrienta, de las ideas que se habían vulgarizado en la Alemania guillermina y de los primeros años republicanos.

El meollo del libro es el racismo biológico, el odio a los judíos; por algo se le ha llamado "biblia del racismo". A la interpretación marxista de la historia como lucha de clases, que consideró una invención judía, opuso la desigualdad racial pretendidamente impuesta por la naturaleza, en virtud de la cual las razas superiores suplantan a las inferiores; por consiguiente, la raza aria superior, a condición de que se conservara pura, estaba llamada a dominar al mundo. Este antisemitismo brutal, que presagiaba la "solución final", el exterminio de las razas juzgadas inferiores, se nutrió de la lectura de los *Protocolos de los sabios de Sión*, la nauseabunda superchería sobre la presunta conspiración judía mundial, importada de la Rusia de los *pogroms*, a la que Hitler dedicó bastante atención: "El punto central —escribió— no está en la procedencia de estas revelaciones (las de los *Protocolos*); lo importante es que recubren la esencia y la actividad del pueblo judío, con una certidumbre casi horrenda, y las expone en sus conexiones internas, así como en sus fines últimos."

Consecuente con lo anterior, atribuyó al Estado un objetivo prioritario: garantizar la unidad racial que reposa sobre la unidad de sangre y promover su grandeza conquistando para el pueblo germánico los territorios necesarios para su vida y dominación. En la conclusión escrita en noviembre de 1926, vaticinó: "Un Estado que en una época de contaminación de razas vele por la conservación de los mejores elementos de la suya, debe convertirse algún día en dueño de la Tierra." El *Lebensraum* (espacio vital) fue uno de los temas reiterados en el libro: "La política exterior debe asegurar la existencia de una raza, constituida en Estado, mediante el establecimiento de un equilibrio sano, viable y natural entre la importancia numérica del pueblo y la extensión y la calidad del territorio que ocupa."

Hitler expuso con absoluta claridad todos los propósitos que después trataría de llevar a la práctica: legislación racial, selección y exterminio de los judíos; los planes de conquista, el "nuevo orden" en Europa, desde la absorción de Austria a la destrucción de Francia, con la complicidad italiana y la esperada neutralidad británica; la marcha hacia el Este, con la liquidación de Polonia y la ocupación de gran parte de Rusia. También se encuentran en el libro los errores que le conducirían inexorablemente a la derrota: las creencias de que Rusia era un "Estado arcaico", próximo a una crisis final, y de que Inglaterra admitiría una hegemonía alemana sobre el continente; el desprecio ignorante, en fin, de la potencia de Estados Unidos.

Aunque no existe ninguna prueba concluyente, muchos autores suponen que Hitler estuvo influido por Max Weber al redactar su concepción de la soberanía carismática que aglutina a una comunidad sobre bases irracionales; el carisma se ejerce en el seno de un partido que impone la dictadura de una raza agresiva encarnada en un *Führer*. Desde luego, la obra póstuma de Max Weber, *Economía y sociedad*, en la que se expone la teoría de la soberanía y el líder carismáticos, fue publicada en 1922. Sería un caso más de un autor de prestigio, en principio demócrata, que se dejó arrastrar por el irracionalismo reinante y facilitó una influencia cuyos resultados le hubieran horrorizado.



"Toda propaganda debe ser 'popular' y acomodar su nivel intelectual a la receptividad del mas torpe entre aquellos a quienes se dirige", expuso Hitler en *Mein Kampf*. En la foto: carteles propagandísticos nazis.

El gran demagogo

Según la fórmula de Alan Bullock, repetida por los investigadores posteriores, Hitler fue el más grande demagogo de la historia... Por eso no es un azar que las únicas páginas originales de *Mein Kampf* estén dedicadas a la propaganda, a la conquista de las masas. "Toda propaganda —se lee— debe ser popular y acomodar su nivel intelectual a la receptividad del más torpe entre aquellos a quienes se dirige." Entre los recursos elogiados se encuentran: los constantes llamamientos a la voluntad y la fuerza, a los sentimientos del auditorio, pero no a la inteligencia de los individuos aislados; la repetición incesante de fórmulas maniqueas y estereotipadas; cuanto mayor sea el número de personas a las que es preciso seducir, más bajo debe situarse el nivel del mensaje...

La aplicación de estas reglas para la "violación" del pueblo —la "hembra-masa"— exigió los talentos del agitador y orador de masas que Hitler fue en grado sumo. Según el testimonio de Otto Strasser, respondía a las vibraciones más secretas del corazón de sus auditores con "la sensibilidad de un sismógrafo o quizá de un receptor de radio". Los contemporáneos aseguran que se dejaba arrastrar por las pasiones del público, sobre el que luego ejercía una atracción magnética, con una voz de potencia brutal. Hermann Rauschning, a quien se debe uno de los mejores testimonios de la época, dijo que encarnaba el tormento contemporáneo y que permanecería durante mucho tiempo como el símbolo de una "época de locura". En contraste con la apariencia mediocre y desaliñada del personaje, tan apto para la caricatura, se ha dicho que actuaba como "poseído" por las mismas pasiones que inoculaba en sus oyentes, con sus ojos de médium que lo mismo fascinaban que aterraban...

Los testimonios sobre la fascinación ejercida por el Führer deben manejarse con precaución si no se quiere abandonar el camino de la historia para caer en el de la fantasía. Hay que rechazar cualquier intervención de elementos mágicos o demoniacos en la explicación del fenómeno nacionalsocialista, no sólo por la necesidad de mantener el rigor histórico, sino para evitar la fácil coartada de tantos y tantos corresponsables como han pretendido acreditar su "inocencia". Hitler no fue un mago o un demonio, sino simplemente un político, mucho más hábil e inteligente que todos sus adláteres y todos los políticos reaccionarios que también pretendieron destruir a la República; fue el gran artificiero de la síntesis demagógica que, como un tumor de proporciones gigantescas, se fue apoderando del pueblo alemán, minando todas sus defensas, hasta conducirlo por el camino irreversible de la catástrofe...

El mito del siglo

Alfred Rosenberg, "alemán del Báltico", diplomado en arquitectura por la Universidad de Moscú, en la época zarista, de un anticomunismo patológico, resumió pretensiosamente la *Weltanschauung* nazi en *Der Mythus des 20. Jahrhunderts (El mito del siglo XX,* 1931), obra en la que, plagiando descaradamente a H. S. Chamberlain, trató de explicar la historia universal por la lucha entre la raza aria y la raza judía, con la inevitable insistencia en la "judaización" del cristianismo por el apóstol Pablo.

El espíritu materialista de la religión mosaica, según Rosenberg, penetró en Occidente por muy di-

versos caminos y fue utilizado por las internacionales —católica, masónica, marxista— para pervertir a los pueblos nórdicos. Frente a esta insidiosa penetración, la Reforma luterana fue una revuelta germánica contra la tiranía judeo-romana. Su conclusión es que los pueblos nórdicos pueden salvarse todavía si preservan sus virtudes, aseguran la selección de las élites y eliminan a la "antirraza" judía. Sólo Alemania está en condiciones de llevar a cabo la empresa y liberar a Europa de la tiranía de la razón, producto de las razas inferiores...; para alcanzar estos objetivos, resulta absolutamente necesario que entre la nación y su jefe (Führer) se establezca una comunicación "carismática", en virtud de la cual éste expresa y lleva a la práctica los anhelos de aquélla. La tarea exige la creación en la comunidad de un "hombre nuevo", racialmente incontaminado, que se vincule a una nueva religión en la que la Navidad simbolizaría el heroísmo germánico, y la Pascua Florida, la resurrección del Reich...

La pretensión de este apresurado recorrido por el panorama ideológico de la República de Weimar ha sido mostrar que las "ideas" tan poco originales, pero tan destructivas, de Hitler y algunos de sus seguidores surgieron y se cebaron en un organismo extraordinariamente bien dispuesto, en el que ya proliferaban, con frecuencia revestidos con el prestigio intelectual y social de sus autores, los vacilos del antisemitismo, el pangermanismo, el darwinismo social, el expansionismo, etc. Los rencores de la derrota contribuyeron decisivamente al contagio, aunque sea preciso reconocer su prodigiosa utilización por Hitler; pero a condición de que se subraye que lo definitivo no fue el hombre, sino el clima en que se movió con habilidad de funámbulo.

Alfred Rosenberg, alemán del Báltico, intelectual del partido, autor de *El mito del siglo XX,* libro en el que resumió la cosmovisión racista y pangermánica del nacionalsocialismo.



7. PROSPERITÄT Y CONCENTRACION CAPITALISTA

EL quinquenio 1924-1928 constituye la "época dorada" de la República de Weimar. En el interior, el régimen parlamentario pareció consolidarse bajo la dirección de una coalición burguesa que se sentía satisfecha con la recuperación económica, la buena marcha de los negocios e incluso la prosperidad; frente al mundo exterior, la diplomacia de Gustav Stresemann acabará por hacer de Alemania una gran potencia dispuesta a reconciliarse con Francia, con el patrocinio entusiasta de los anglosajones. Y sin embargo, las ambigüedades subsisten, a la espera de que una nueva crisis socave los cimientos frágiles de la República...

La recuperación económica alemana, después de la gran crisis de la inflación, está muy estrechamente ligada a los factores internacionales y al desarrollo de un capitalismo mundial que pretende superar el caos de la posguerra y levantar barreras poderosas contra el contagio del bolchevismo. Tanto los norteamericanos como los británicos deseaban restablecer el nivel de los intercambios comerciales que la guerra y la posguerra habían perturbado; para el gobierno de Londres, una Alemania políticamente estable constituía un factor muy importante para equilibrar el poder de Francia en el continente. Aunque el centro del poder económico se desplazaba sensiblemente hacia Estados Unidos, los británicos seguían pensando en términos de hegemonía comercial. La consecuencia de todo esto es que Francia quedó diplomáticamente aislada en su empeño de conseguir la aplicación integral del Tratado de Versalles.

La situación económica, que se había estabilizado con la creación del *Rentenmark* en noviembre de 1923, mejoró espectacularmente a partir de la adopción del Plan Dawes sobre el vidrioso problema de las reparaciones. La ocupación del Ruhr había demostrado que el cumplimiento de las obligaciones económicas derivadas del Tratado de Versalles estaba siendo utilizado por Francia como un medio de presión; con el Plan Dawes —nombre del político e industrial norteamericano que presidió la comisión de expertos—, los anglosajones se propusieron hacer de las reparaciones un gigantesco negocio, al mismo tiempo que liquidaban un litigio diplomáticamente irritante. El plan, que entró en vigor el 1 de setiembre de 1924, no estableció una suma global, sino pagos anuales después de una pausa de un año; la carga financiera alemana no llegaba al 3 por ciento del producto nacional bruto, lo que explica que funcionara a satisfacción general. Las principales consecuencias del plan fueron la recuperación de los negocios en Alemania y los beneficios obtenidos por las entidades financieras norteamericanas, que aportaron los créditos requeridos por la reestructuración industrial.

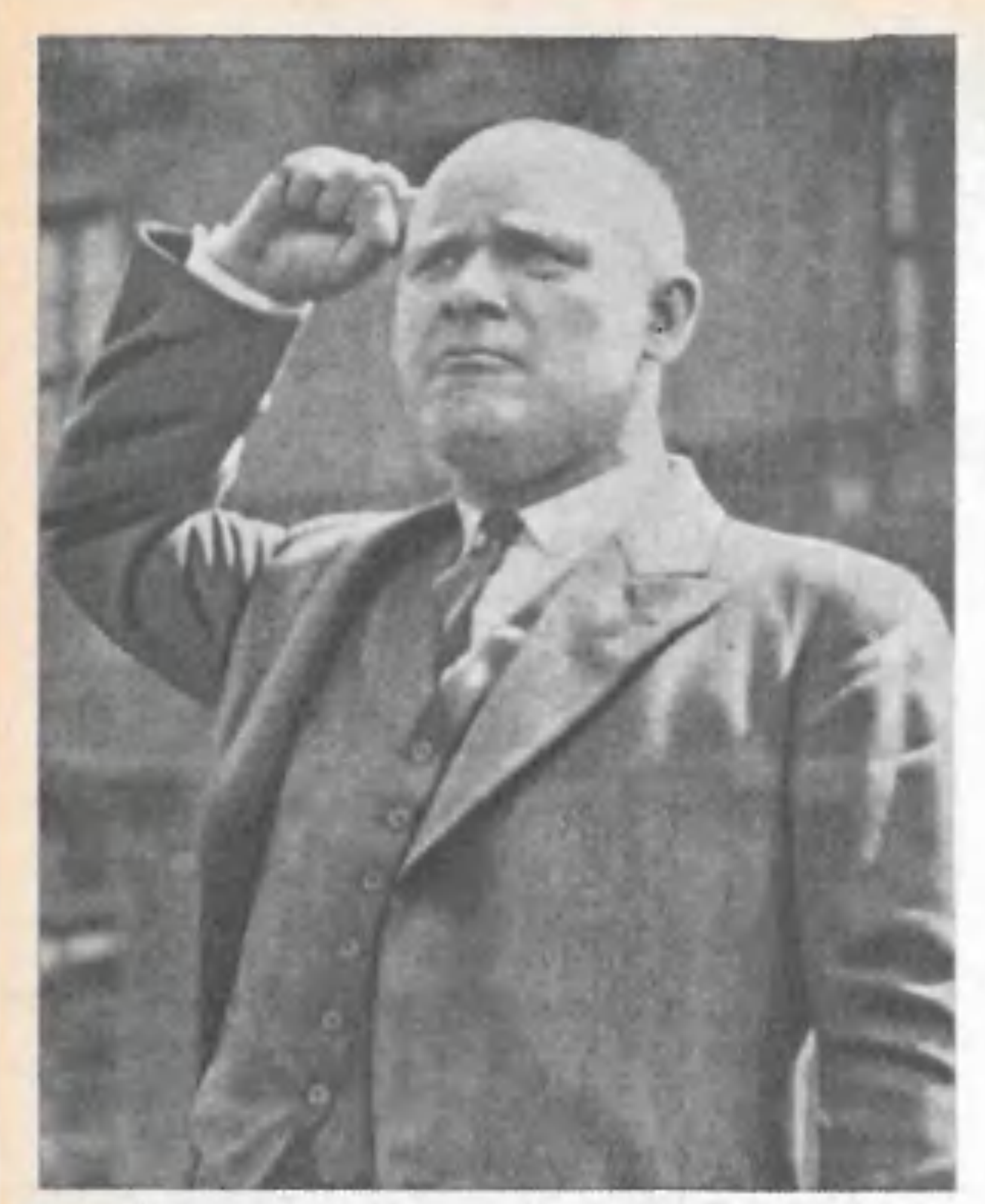
Alemania se benefició inmediatamente de una ayuda exterior de ochocientos millones de marcos-oro y de préstamos generosos procedentes, sobre todo, de Estados Unidos. A partir de 1925, puede decirse que la economía germana había superado la crisis de capitales que se encuentra en el orden de la inflación, con una repercusión espectacular en el dinamismo de la producción.

Las tres principales características del progreso económico fueron la modernización, la racionalización y la concentración empresarial. Los grandes consorcios, que se habían beneficiado del proceso inflacionario anterior, llegaron a destruir las fábricas que se consideraban poco rentables y aumentaron su productividad hasta en un 40 por ciento. Los años 1927 y 1928 constituyen el bienio de la *Prosperität* alemana.

Los dos puntos débiles dentro del marco general del progreso económico fueron la agricultura y la balanza comercial, lo que repercutió en gran medida en los éxitos originales de los nazis en las zonas agrarias del norte y nordeste. Los elevados salarios en la industria y las ventajas sociales que el régimen republicano otorgó a los obreros, encuadrados en poderosos sindicatos, han sido estudiados como causas de la falta de combatividad de los trabajadores durante este período; el número de parados fue inferior al millón en 1927, pero su aumento vertiginoso a partir de 1929 será uno de los factores determinantes del auge del nacionalsocialismo y, por tanto, de la subida de Hitler al poder en 1933.

La gran concentración industrial, a través de los célebres *Konzern* o cárteles, tuvo importantes repercusiones políticas cuando llegó la depresión. A final de 1932, aproximadamente la mitad de las sociedades por acciones, con un capital que representaba el 80 por ciento, estaban dominadas por los *Konzern*, entre los que destacaban I. G. Farben, *Vereinigte Stahlwerke* (acero), Stinnes y Krupp.

Durante los años de la *Prosperität*, la corriente de capitales que entró en Alemania fue sensiblemente superior a la que salió como consecuencia de las reparaciones. La mitad de estos capitales fueron norteamericanos, con el corolario de una importante participación empresarial: desarrollo de la Ford alemana, intereses de la General Motors en Opel y de la General Electric en Siemens, etc. Este entramado supercapitalista agudizó los problemas de la crisis en 1929.



Ernst Thälmann, principal dirigente del partido comunista alemán (KPD), dirigió la insurrección de Hamburgo (1923) y fue candidato frustrado a la presidencia de la República (1925 y 1932).

Un mariscal monárquico, presidente de la República

En las elecciones generales del 4 de mayo de 1924 todavía se registraron avances de la extrema derecha y la extrema izquierda, debido en parte a la agitación nacionalista contra la aceptación del Plan Dawes; pero una vez lograda la estabilización económica, el extremismo y en general los adversarios de la República sufrieron un gran descalabro en los comicios del 7 de diciembre del mismo año. El nuevo gobierno del canciller Luther, formado en enero de 1925, fue de "gran coalición", con participación del Centro, los demócratas, los populistas y los nacionales-alemanes. La decisión de la socialdemocracia de mantenerse en la oposición, a pesar de que era el partido más importante, ha sido censurada unánimemente por los historiadores, ya que con ello contribuyó a perpetuar la ambigüedad política y parlamentaria de la que tanto se beneficiaron los adversarios del "sistema"; los diputados socialdemócratas respaldaron la política exterior de Stresemann, pero se opusieron a una política social y económica que consideraban dictada por los círculos industriales y comerciales. La consecuencia fue que los medios más reaccionarios acentuaron su influencia sobre el aparato del Estado. Los comunistas, que mantuvieron una oposición sin compromiso, denunciaron cada vez con más violencia la política de "colaboración de clase" que, a su juicio, preconizaban los socialdemócratas. La querella entre los dos grandes partidos obreros tuvo efectos catastróficos cuando se planteó la crisis final de la República.

Algunos de estos factores se manifestaron cuando, tras la muerte del socialdemócrata Ebert, se procedió a la elección del segundo presidente de la República. En la primera vuelta, prácticamente todos los partidos presentaron su propio candidato: Jarres (partido nacional-alemán), Marx (Centro), Otto Braun (socialista), Hellpach (demócrata), Held (partido católico bávaro, parlamentariamente vinculado al Centro), Thälmann (comunista) y Ludendorff (extrema derecha). Los tres candidatos que obtuvieron más votos fueron Jarres (10,7 millones), Braun (7,8 millones) y Marx (poco menos de cuatro millones). En estas circunstancias, y puesto que ningún candidato había obtenido la mayoría absoluta requerida, los partidos republicanos (Centro, socialista y demócrata) acordaron respaldar a Marx en la segunda vuelta. La derecha y la extrema derecha convencieron entonces al mariscal Paul von Hindenburg, de setenta y ocho años, ex jefe del ejército imperial, para que fuera su candidato. Los resultados de la segunda vuelta fueron: Hindenburg (14,6 millones), Marx (13,7 millones) y Thälmann (1,9 millones). El escrutinio se celebró el 26 de abril de 1925.

Estos resultados han sido objeto de innumerables comentarios, puesto que la mitad de los votos de Thälmann hubieran significado la derrota de Hindenburg; pero los comunistas se defienden acusando a los socialdemócratas de haber rechazado un acuerdo en favor de Braun. Se sabe que la Komintern recomendó la retirada de Thälmann en la segunda vuelta, pero el partido comunista alemán, desgarrado por la polémica interna entre "izquierdistas" y "oportunistas", cometió un error de muy graves consecuencias.

Aunque se ha dicho que el anciano mariscal, monárquico recalcitrante, cumplió fielmente con sus deberes constitucionales durante los cinco primeros años de su mandato, no cabe duda de que su elección fue un duro golpe para la República. La reaparición de Hindenburg en la escena política fue considerada como un síntoma del renacer del militarismo prusiano por parte de influyentes políticos de Londres y París, pero no frenó la corriente de préstamos norteamericanos que aseguraron la plena recuperación económica. El monarquismo del nuevo presidente se manifestó de manera inequívoca cuando tomó partido en favor de la indemnización a los príncipes que habían sido derrocados en 1918. "Denegar la indemnización —dijo el mariscal— sería violar los principios jurídicos del Estado y poner en tela de juicio las bases de la moral y el derecho." No cabe duda de que la derecha reaccionaria se sentía satisfecha con la ejecutoria de Hindenburg; en 1927, los representantes de la gran industria y los terratenientes hicieron una colecta para regalarle la gran finca de Neudeck, en Prusia, que fue inscrita en el registro a nombre de su hijo, el coronel Oskar von Hindenburg, sin duda para eludir en su caso el pago de los impuestos sucesorios.

No obstante, la República tenía más autoridad que nunca. Las críticas socialdemócratas por la administración del ejército y el rearme clandestino provocaron una tormenta en el Reichstag y el general Von Seeckt, que por dos veces se había negado a utilizar a las tropas contra los enemigos del régimen, fue obligado a dimitir después de haber autorizado la participación del hijo del *Kronprinz* (aspirante al trono) en unas maniobras militares. El ejército, sin embargo, siguió constituyendo un estado dentro del Estado, visceralmente hostil a la República, el parlamentarismo y los partidos políticos, y el cuerpo de oficiales, uno de los refugios de todos los nostálgicos del antiguo régimen.

El revisionismo "razonable" de Gustav Stresemann

Gustav Stresemann, principal dirigente del partido popular alemán (DVP), pangermanista y anexionista durante la guerra, monárquico convencido y adversario de la República, a partir de 1922 se situó "dentro del terreno de la Constitución". Efímero canciller durante la crisis de 1923, fue designado ministro de Asuntos Exteriores el 30 de noviembre del mismo año, cargo que ocupó hasta su muerte (3 de octubre de 1929). Estrechamente ligado a la gran burguesía industrial y al mundo de los negocios, tratando de conciliar el liberalismo con el nacionalismo, llevó a cabo una política exterior consecuente que suscitó la incomprensión de su propio partido. Fue el estadista ambiguo de un régimen acosado por las ambigüedades y el dirigente de un partido que, reacio a proclamar su adhesión a la República, acabó siendo presa fácil del extremismo derechista.

Desde el abandono de la resistencia pasiva en el Ruhr, propiciada por Stresemann, una fracción importante de su partido hizo causa común con los nacionales-alemanes.

El objetivo esencial de la diplomacia de Stresemann fue el mismo que el de todos sus predecesores: liberarse de las cadenas de Versalles; pero su revisionismo tuvo en cuenta las posibilidades reales de Alemania y, por lo tanto, descartó la solución de los problemas por la fuerza y preconizó insistentemente la vía de la negociación. Para alcanzar sus propósitos, aprovechó al máximo la persistente rivalidad franco-británica y mantuvo las buenas relaciones con la URSS a pesar de su anticomunismo. Durante los cinco años que permaneció en la Wilhelmstrasse, su método de negociación estuvo presidido por la "ejecución parcial" —"razonable", decía él— del Tratado de Versalles, en la esperanza de obtener, como contrapartida, una "revisión parcial".

Esta orientación diplomática se vio favorecida por la actitud más conciliatoria de Herriot y Aristides Briand, jefe del gobierno y ministro de Asuntos Exteriores, respectivamente, de Francia. El primer resultado concreto fue el Pacto de Locarno (16 de octubre de 1925), en virtud del cual Alemania renunció a Alsacia-Lorena y reconoció sus fronteras con Francia y Bélgica; Gran Bretaña e Italia, a su vez, garantizaron las nuevas fronteras contra toda agresión. Alemania mantuvo su negativa a reconocer sus fronteras orientales (con Polonia y Checoslovaquia), pero se comprometió a no tratar de modificarlas por la fuerza. El Pacto de Locarno, que había sido condenado por los comunistas, fue seguido ocho meses después por el tratado de Berlín entre Alemania y la URSS. Stresemann obtuvo que Francia retirara sus tropas del Ruhr y el ingreso de su país en la Sociedad de Naciones con un puesto permanente en el Consejo (setiembre de 1926). Stresemann y Briand fueron coronados con el Premio Nobel de la Paz el 10 de diciembre de 1926. El mismo año, Gran Bretaña y Francia evacuaron las zonas ocupadas en el Rhin.

A partir de este momento, la diplomacia de Stresemann quedó prácticamente estancada y la oposición dentro de su propio partido se recrudeció. La gran industria alemana, que se acomodaba mal a las fronteras de Versalles, empezó a pensar que la política de paz y negociación no daba los frutos apetecidos; en otras palabras: sucumbió a la tentación de otras soluciones que deberían conducirla al apoyo de Hitler y el rearme. Stresemann creyó entonces que unas nuevas elecciones le restituirían el apoyo perdido entre sus mismos correligionarios.

Las elecciones de la esperanza frustrada (1928)

Cuando la coalición gubernamental estalló a causa de la ley escolar, el canciller Marx pidió al presidente la disolución del Reichstag. Las elecciones se celebraron el 20 de mayo de 1928 y constituyeron un triunfo para la izquierda y en general para los partidos favorables a la República. Los grandes vencidos

Gustav Stresemann, dirigente del partido populista, canciller y ministro de Asuntos Exteriores (1923-1929), artífice de la política de revisión pacífica del Tratado de Versalles, fotografiado durante una intervención ante la Sociedad de Naciones.



fueron los nacionales-alemanes (partido nacional-alemán o derecha pangermanista), que perdieron dos millones de votos y 30 escaños; también retrocedieron los nazis, con sólo el 2,6 por ciento de los sufragios y 12 diputados; los socialdemócratas recuperaron prácticamente sus sufragios de 1919 y ganaron 21 escaños; los comunistas obtuvieron un buen resultado, con 9 escaños más de los que tenían; los populistas de Stresemann, en fin, lograron un gran éxito (45 diputados). Todos los observadores creyeron que la República se había consolidado definitivamente durante los años de la prosperidad y que existía en el país una mayoría democrática.

Después de largas y difíciles negociaciones, el mismo canciller de 1920, el socialista Hermann Müller, formó un gabinete de "gran coalición" (socialdemócratas, Centro, demócratas y populistas). A juzgar por sus declaraciones, los políticos republicanos estaban convencidos de que el sistema estaba a cubierto de todos los peligros. Al presentarse en el Reichstag, el canciller Müller declaró "Los fundamentos de la República alemana son seguros e inquebrantables." Y el también socialdemócrata Otto Braun, primer ministro de Prusia, al levantar la prohibición que impedía a Hitler hacer uso de la palabra, sentenció: "Es un histérico incapaz de una acción continuada." Sin embargo, el gabinete Müller fue el último gobierno parlamentario de la República; dieciocho meses más tarde estallaría la crisis final...

Con el respaldo de su triunfo electoral, Stresemann pudo proseguir su política. Aprovechando la firma del pacto Briand-Kellog (27 de agosto de 1928), que declaraba a la guerra "fuera de la ley", Stresemann se entrevistó con Poincaré en un nuevo intento de conseguir el entendimiento franco-alemán que debería conducir a la revisión del Tratado de Versalles. Al mismo tiempo, el canciller Müller solicitó la revisión del Plan Dawes, con el beneplácito de Washington.

Una nueva comisión de expertos económicos, presidida por el norteamericano Owen Young (presidente de la General Electric), se reunió en París, con la participación del alemán Schacht, presidente del Reichsbank. El nuevo Plan Young, que preveía los pagos en cincuenta y dos anualidades, fue firmado el 7 de junio de 1929. Francia se comprometió a retirar todas sus tropas del Rhin (la evacuación quedó completada el 30 de junio de 1930). Aunque las disposiciones financieras significaron un gran éxito para Stresemann, el plan fue combatido encarnizadamente por la derecha pangermanista y los nazis, en una campaña que, como veremos después, fue la gran oportunidad de Hitler. La muerte de Stresemann (3 de octubre de 1929) dejó libre el camino a la escalada del revanchismo, precisamente porque la extrema derecha, a pesar de haberlo denigrado sin descanso, se encontraba con una Alemania económicamente fuerte y diplomáticamente respetada. Exactamente tres semanas más tarde se produjo el "viernes negro" en la Bolsa de Nueva York (24 de octubre).



Hermann Müller, dirigente socialdemócrata, que fue el último canciller respaldado por una mayoría parlamentaria y cuya caída en 1930 abrió el camino para la dictadura.

8. LA SUBVERSION EN EL MARCO DE LA LEGALIDAD

CUANDO Hitler fue puesto en libertad condicional (20 de diciembre de 1924) sus perspectivas políticas eran bastante sombrías. El partido nazi, legalmente prohibido, al igual que sus periódicos, era poco más que una secta desgarrada por las querellas internas. El relativo éxito electoral de mayo de 1924, cuando el NSDAP se alió con otros grupos nacionalistas y racistas y obtuvo 34 escaños en el Reichstag (dos millones de votos), fue seguido por un duro revés en las elecciones de diciembre del mismo año, en las que perdió la mitad de los sufragios y quedó reducido a 14 diputados. Alfred Rosenberg, a quien Hitler había confiado la jefatura del partido durante su prisión, resultó ser tan mal dirigente político como intelectual mediocre y vacilante. Durante su prisión, nada hizo por mejorar la situación del partido, persuadido de que, cuanto más evidente fuera su postración, más probabilidades tendría de emerger de nuevo como líder discutido e imprescindible. El congreso celebrado en Weimar (agosto de 1924) por todos los grupos nacionalistas, racistas y populistas sólo sirvió para agudizar el conflicto entre las diversas facciones rivales.

Al mismo tiempo, la estabilización económica y política de la República constituía un obstáculo para el progreso de los grupos minoritarios que habían fraguado su efímera fortuna en el marco de la inflación y la agitación contra el "sistema". Los doscientos mil votos obtenidos por Ludendorff en las elecciones presidenciales de 1925 demostraron los límites del extremismo; el mismo Hitler, con el oportunismo que caracterizó toda su carrera, recomendó a sus partidarios que votaran en favor de Hindenburg. El periodista norteamericano William L. Shirer, al relatar sus recuerdos de 1925, asegura que apenas si se oía hablar de Hitler y sus secuaces, excepto como tema de chistes relacionados con el fracasado *putsch*.

Durante sus meditaciones en el castillo de Landsberg, Hitler llegó a la conclusión de que era preciso cambiar de táctica; el golpe de Estado y la marcha, sobre Berlín fueron sustituidos por la subversión en el marco de la legalidad. Según un testimonio de la época, el futuro canciller había confiado a sus íntimos en la prisión: "Cuando vuelva a actuar tendré que emplear otra política. En vez de lograr el poder por la fuerza de las armas, meteremos las narices en el Reichstag para fastidiar a los centristas y marxistas. Aunque tarde más en convencerles que en matarles a tiros, al final, su propia Constitución nos garantizará el éxito. Todo proceso legal es lento..., pero más tarde o más temprano tendremos la mayoría... y con ella Alemania."

Esta nueva táctica, cuyo objetivo final era la destrucción de la misma legalidad que pretendía respetar, estaba también aconsejada por las circunstancias, ya que Hitler seguía siendo un ciudadano austriaco que en cualquier momento podía ser expulsado de Alemania. Aunque los apoyos antes del *putsch* no podía esperarlos en el momento en que se fortalecía la República, la ambigüedad de muchas autoridades, y en primer lugar las de Baviera, le otorgó un margen considerable de maniobra.

Para evitar la expulsión que al parecer fue propuesta por la policía, lo primero que hizo Hitler fue visitar al jefe del gobierno bávaro, el católico Held, al que prometió no sólo que observaría buena conducta, sino qúe su partido respetaría escrupulosamente la legalidad y se opondría a cualquier elemento que tratara de conculcarla. Ante estas promesas, las autoridades bávaras levantaron la prohibición que pesaba sobre el NSDAP y el *Volkischer Beobachter,* el cual reapareció el 26 de febrero de 1925 con un editorial escrito por Hitler y titulado "Un nuevo camino", en el que se explicaba la táctica de lucha legal. Al día siguiente, en una reunión celebrada en la *Bürgerbräukeller,* a la que asistieron cuatro mil de sus adeptos, Hitler procedió a la "segunda fundación del partido" y obtuvo sin dificultad la obediencia incondicional, la reafirmación del principio del Führer. Su virulencia verbal, sin embargo, siguió siendo notoria, lo que indujo a las autoridades bávaras, a pesar de su reconocida complacencia ante el nazismo, a prohibirle hablar en público (9-3-1925), prohibición que se extendió a otros Länder (estados federados).

La conversión de Paul Joseph Goebbels

Privado del arma de su oratoria inflamada, Hitler desplegó una actividad incansable en la organización del nuevo partido y su sometimiento a la disciplina férrea de su voluntad omnímoda. El primer problema surgió con el ala más radical del NSDAP, dirigida por Gregor Strasser, bávaro de nacimiento y farmacéutico de profesión, diputado en el Reichstag, a quien Hitler había confiado la jefatura en el norte de Alemania, reconociendo simplemente una situación de hecho. Gregor Strasser creía en el "socialismo" del partido y en la aplicación estricta del programa, a fin de establecer un orden corporativo que comportaba la nacionalización de la industria pesada y los latifundios; en política exterior, propugnaba una alianza con la URSS frente a las potencias de Versalles.

El secretario de Strasser era Paul Joseph Goebbels, nacido en Renania en el seno de una familia pequeño-burguesa y católica, cojo del pie derecho, educado por los jesuitas y doctor en filosofía por la Universidad de Heidelberg, considerado por muchos como el único dirigente nazi con auténtica formación universitaria; de presuntas simpatías comunistas en su primera época, creyó por un momento que podría utilizar el "socialismo" de su jefe Strasser como punta de lanza contra "los bonzos de Munich", es decir, Hitler y demás dirigentes del partido, a los que consideraba "pequeño-burgueses" tibios en su radicalismo, "burócratas seniles" maniatados por el legalismo. En el caso de que Alemania firmara un pacto con las potencias occidentales, dirigido contra Moscú, Goebbels llegó a proponer un frente común de nazis y comunistas para luchar contra "las sabandijas socialdemócratas".

La rebelión contra Hitler se concretó en una reunión celebrada en Hannover (noviembre de 1925) por los dirigentes del norte de Alemania, presididos por G. Strasser. Los reunidos, con excepción de Feder (representante de Hitler) y el doctor Ley, se pronunciaron en favor de la campaña que llevaban a cabo los partidos socialista y comunista para conseguir la expropiación de los bienes de los príncipes sin indemnización. Se dice que Goebbels llegó incluso a proponer que "el pequeño burgués Adolf Hitler" fuera expulsado del partido por estar a favor de los príncipes.

Hitler preparó su desquite con una gran asamblea celebrada en Bamberg (14 de febrero de 1926), en la que el grupo de Strasser, en parte por ser día laborable, se encontró en minoría. En un discurso de varias horas, el Führer reiteró la tesis de que la misión de Alemania era la destrucción del bolchevismo, en cuanto invención judía, y consideró a Italia y Gran Bretaña como aliados potenciales. Las tácticas conciliatorias acabaron por hacer mella en Strasser, que se avino a la reconciliación. Sin embargo, Goebbels, que seguía defendiendo la idea de una alianza con la URSS, escribió en su *Diario* que los puntos de vista de Hitler le habían parecido "horribles" y "repugnantes".

La conversión de Goebbels a las posiciones del jefe carismático se produjo durante una visita que realizó a Munich, en abril de 1926, invitado para dar una conferencia. Después de varias reuniones, en las que Hitler le trató con suma delicadeza, persuadido de su enfermiza vanidad, Goebbels se declaró completamente fascinado por el Führer, al que empezó a considerar como "un genio político", y del que, entre otras cosas, escribió en su *Diario:* "Treinta y siete años. Adolf Hitler, te amo porque eres grande y sencillo. Estas son características del genio (...). Es un genio, el instrumento automático creador de un destino divino. Me siento ante él profundamente conmocionado. El es así: como un niño, querido, bueno, lleno de encanto; como un gato, astuto, inteligente, sutil; como un león, imponente y gigantesco."



Paul Joseph Goebbels, uno de los pocos intelectuales nazis, abandonó a Strasser para servir incondicionalmente a Hitler. Dirigió la propaganda del partido.

Organización del partido y dominio del Führer

Hitler consiguió también la sumisión de las SA, después de que Ernst Röhm fracasara en su intento de agrupar a los ex combatientes y ex miembros de los "Cuerpos francos" en una nueva organización *(Frontbann)*, disuelta en abril de 1925. Con su nuevo jefe, el ex capitán Pfeffer von Salomon, las SA fueron uniformadas con camisas pardas y subordinadas a la dirección política del NSDAP, del que eran simplemente brazo ejecutor, pero no la organización autónoma y paramilitar que hubiera deseado Röhm; recibieron la misión de "dar testimonio del movimiento", de insertarse en el paisaje político alemán para crear una predisposición psicológica favorable a través de su exaltación de la disciplina. De esta época datan también las *Schutzstaffel* o SS (Secciones de Protección), integradas por una tropa selecta dedicada a proteger al Führer, que no alcanzaron verdadera importancia hasta que su mando fue confiado a Heinrich Himmler en 1929.

En cuanto a la organización territorial del partido, el país fue dividido en *Gau* (distritos), correspondientes a las treinta y cuatro circunscripciones territoriales, a cuyo frente figuraba un *Gauleiter*. Los distritos estaban integrados por *Kreise* (círculos), dirigidos por un *Kreisleiter*. La más pequeña unidad era el *Ortsgruppe* (grupo local).

Con el propósito de impulsar su crecimiento como partido de masas de la clase media, el NSDAP dio

vida a numerosas organizaciones de encuadramiento. Los jóvenes de catorce a dieciocho años se integraron en la *Hitlerjugend* (Juventud hitleriana), con una sección especial denominada *Bund Deutscher Mädel* (Liga de muchachas alemanas). Las mujeres se agruparon en el *NS-Frauenschaft* (Movimiento femenino nacionalsocialista). También se crearon una Liga cultural, que acogía a los escritores y artistas, y organizaciones especiales para los estudiantes, médicos, abogados, profesores, etc., al objeto de competir con las similares de los partidos de izquierda.

Los principales cargos fueron ocupados por hitlerianos intransigentes. En noviembre de 1926, Joseph Goebbels fue designado *Gauleiter* de Berlín, no sólo con el propósito de minar el prestigio y autoridad de los hermanos Strasser, sino también con la pretensión de conectar con algunos círculos proletarios y anticapitalistas. Goebbels fundó un nuevo periódico, *Der Angriff* (El Ataque), en el que puso en práctica una propaganda de nuevo estilo, agresiva, demagógica, que no se detenía ante la insidia o la difamación cuando se trataba de combatir a los dirigentes republicanos.

Los congresos del partido en Weimar (1926) y Nuremberg (1927), consagraron definitivamente el dominio de Hitler sobre el partido y las SA, y la cohesión del movimiento. El Führer pronunció discursos interminables, en un escenario wagneriano que después caracterizaría todas las manifestaciones externas del partido, y saludó brazo en alto a las tropas con los estandartes y los gritos de ritual. La creación de una *Reichsleitung* (Dirección general del Reich), integrada por varios "ministerios", fue una baza propagandística para dar la impresión de que el partido se constituía como "un estado dentro del Estado", dispuesto a hacerse cargo de la gobernación del país tan pronto como se hundiera la República, según lo explicado en *Mein Kampf*. Este complejo edificio, bajo la suprema jefatura de Hitler, se completó con el "tribunal del partido", el llamado "Comité de investigación y conciliación" (USCHLA), cuya misión era dirimir las disputas entre los dirigentes, pero que en realidad quedó supeditado al Führer y utilizado para las purgas sucesivas de los elementos díscolos o poco sensibles a la tiranía de un solo hombre. Entre los "jueces" del Uschla destacó el abogado Hans Frank, posteriormente elevado a la categoría de jurisconsulto del nacionalsocialismo.

Los tres primeros años después de la salida de la prisión fueron para Hitler y el partido un período de espera, de formación de cuadros, de "jornadas de lucha". Los efectivos aumentaron lentamente, pero con seguridad, como demuestran las siguientes cifras: veintisiete mil adherentes en 1925; cuarenta y nueve mil, en 1926; setenta mil, en 1927; ciento ocho mil, en 1928; y ciento setenta y ocho mil, en 1929. Con independencia de las circunstancias externas y la preparación psicológica e ideológica de las masas, de importancia decisiva, los éxitos posteriores del NSDAP deben mucho a la paciente labor de organización llevada a cabo durante estos años, coincidiendo con el aparente fortalecimiento del régimen republicano.

En realidad, el sistema de Weimar no había echado raíces en la sociedad alemana. El descalabro del partido nazi en las elecciones generales de mayo de 1928, a pesar de que presentó candidatos en todos los distritos, fue un espejismo que hizo pensar a muchos, como ya hemos visto, en la consolidación definitiva de la República. Hitler y sus correligionarios,



El abogado Hans Frank, considerado por Hitler como su jurisconsulto particular, se hizo tristemente célebre durante su cargo de Gobernador General en la ocupada Polonia.

insistiendo en la táctica de la legalidad, sólo esperaban una oportunidad; por eso resulta poco convincente la tesis de que sorprendieron la buena fe de los demás. Durante la campaña electoral de 1928, Goebbels escribió en *Der Angriff*: "Entramos en el Reichstag para aprovisionarnos de armas en el mismo arsenal de la democracia. Nos presentamos a diputados para paralizar a la democracia de Weimar con su propia ayuda. Si la democracia es tan estúpida que nos concede dietas y viajes pagados para nuestra labor carnicera, allá ella... Cualquier medio legal de revolucionar la situación presente nos es bien venido. Si en estas elecciones logramos introducir de sesenta a setenta agitadores de nuestro partido en los distintos parlamentos, el Estado mismo montará y financiará nuestro propio equipo de combate. También Mussolini entró en el Parlamento, pese a lo cual no tardó mucho en desfilar con sus camisas negras en Roma... No hay que creer que el parlamentarismo es nuestra Meca... ¡Venimos como enemigos! Venimos cual lobo que invade el rebaño. Ahora no estáis a solas."



Alfred Hugenberg, presidente del partido nacional-alemán, magnate de la Prensa, típico representante de la derecha reaccionaria y pangermanista, colaboró decisivamente para que Hitler tomase el poder.

La derecha clásica abre las puertas al "gran simplificador"

Con el partido reestructurado y disciplinado, infiltrado en muchas organizaciones de los campesinos autónomos, la pequeña burguesía y la clase media semiilustrada; en un clima ideológico especialmente propicio, reforzado por la doble protesta nacionalista y antiparlamentaria, la gran oportunidad se presentó con la agitación contra el Plan Young que pretendía resolver el problema de las reparaciones. La derecha tradicional abrió sus puertas al "gran simplificador" y le ofreció la plataforma que éste necesitaba para lanzarse al combate definitivo contra la República.

En octubre de 1928, el partido nacional-alemán eligió presidente a Alfred Hugenberg, representante de la tendencia extremista, ex director de Krupp, político monárquico y reaccionario, de escasa formación y apabullante miopía política, pero propietario de una importante cadena de periódicos, una agencia de prensa, una editorial y los principales estudios cinematográficos (UFA). Hostil a toda concesión en el asunto de las reparaciones, Hugenberg se pronunció contra el Plan Young en julio de 1929 y consiguió aglutinar un "Comité nacionalista" del que formaban parte Hitler, el Casco de Acero, la Liga pangermanista de Class, algunos representantes de la gran industria (Thyssen, Vögler) y los terratenientes dirigidos por Schiele. El doctor Schacht, que había participado en las negociaciones con los aliados y era presidente del Reichsbank, se unió a los nacionalistas y favoreció su propaganda. La derecha clásica, después de haber tratado a Hitler de demagogo y plebeyo, creyó que podría utilizarlo como agitador de masas.

El Comité nacionalista solicitó un referéndum contra el Plan Young y obtuvo cuatro millones de votos en favor de su petición, poco más del 10 por ciento necesario. El escrutinio se celebró el 22 de diciembre de 1929, y los nacionalistas consiguieron 5.825.000 sufragios de un total de 42,1 millones de inscritos. Este fracaso no debe hacer olvidar que casi seis millones de ciudadanos dieron su apoyo a una empresa demagógica y esencialmente antirrepublicana, con lo cual vino a demostrarse, una vez más, que los alemanes eran fácilmente movilizables por el nacionalismo irracional, por una maniobra de intoxicación cuyos únicos objetivos eran desacreditar la política exterior de la República y deshonrar a sus dirigentes. Con los enormes recursos financieros de la derecha monopolista se financió una campaña de virulencia sin precedentes.

Hitler fue el principal beneficiario. "El cabo desconocido" fue promocionado hasta convertirse en figura nacional, cuyos discursos eran reproducidos y ensalzados por la Prensa de Hugenberg, y no cabe duda de que demostró poseer una capacidad de difamación muy superior a la de sus "respetables" aliados. Las arcas del NSDAP se colmaron con aportaciones generosas, pues si bien es cierto que la gran industria estuvo dividida en el asunto del Plan Young, no cabe duda de que algunos de sus más conspicuos representantes, alarmados por el aumento de la combatividad obrera, empezaron a desconfiar de los métodos tradicionales de lucha y vieron en Hitler el más seguro cancerbero contra el bolchevismo... Al mismo tiempo, una gran parte del electorado del partido nacional-alemán, seducido por el nuevo lenguaje de los "plebeyos" y las demostraciones de fuerza de las SA, creyeron que el hitlerismo ofrecía mejores remedios que la derecha clásica.

La calumnia y el odio se apoderaron de nuevo de la opinión pública alemana. La ofensiva contra el Plan Young permitió a la demagogia nacionalsocialista alejar a las masas de la verdadera causa de su miseria, haciéndoles creer que los culpables, una vez más, eran las potencias de Versalles y los "criminales de noviembre"; los reflejos de la leyenda de la puñalada por la espalda resurgieron con inusitado vigor; Hitler se aplicó con extraordinario aprovechamiento a poner en marcha muchas de las ideas recibidas.

La campaña contra el Plan Young se desarrolló en medio de un ambiente socio-económico especialmente propicio. Los conflictos sociales se habían intensificado desde el famoso *lock-out* del Ruhr (octubre de 1928) y los dirigentes de los sindicatos reformistas se veían con frecuencia desbordados por la base con aspiraciones revolucionarias. El partido comunista, en el comienzo de una estrategia que le

Página siguiente: **El aumento del paro jugó un papel importante en la ascensión del nazismo al poder.**



conduciría a cometer los más graves errores, pronosticó incluso "el comienzo de una nueva ola revolucionaria". El hundimiento de la Bolsa de Nueva York en el famoso "viernes negro" (24-X-1929) tuvo repercusiones catastróficas en Alemania, pues su prosperidad se había debido en gran parte a las inversiones extranjeras, y exacerbó el descontento difuso y el anticapitalismo emocional de la clase media, agarrotada por el pánico a la proletarización.

Para tranquilizar a los grandes industriales que habían sufragado los enormes gastos de su campaña contra el Plan Young, Hitler edulcoró su programa y se presentó como defensor de la propiedad privada, a pesar de las críticas de algunos de sus colegas que censuraban la alianza con los elementos reaccionarios de Hugenberg, sin darse cuenta de que la falta de escrúpulos del jefe era la mejor garantía para el crecimiento del partido. El único "izquierdista" que mantuvo una actitud irreductible fue el periodista Otto Strasser, hermano de Gregor, director del órgano oficial nazi en el norte de Alemania. El desenlace del conflicto se produjo cuando Goebbels, siguiendo órdenes de Hitler, expulsó a Otto Strasser del NSDAP, en julio de 1930, el cual formó entonces el llamado *Schwarze Front* (Frente negro) para defender su concepción del "bolchevismo nacional", que fracasó electoralmente. Hitler encontró una nueva escapatoria al acentuar los aspectos racistas de su empresa; en vez de denunciar los monopolios capitalistas, centró la propaganda en la lucha exclusiva contra los monopolios judíos...

El aumento del paro jugó un papel importante en la ascensión del nazismo. El invierno 1928-1929 fue especialmente riguroso, y en la primavera de 1929, seis meses antes de la crisis, había más de dos millones de parados; a pesar de una leve recuperación en el verano y otoño de este año, las elecciones generales de setiembre de 1930 se celebraron en medio de una situación económica caótica con tres millones de trabajadores en paro, sin contar los que se veían obligados a una jornada reducida.

Durante los once meses que separan el *crack* de la Bolsa de Nueva York de las elecciones de setiembre de 1930, el NSDAP creció espectacularmente y consiguió importantes triunfos en las elecciones de la mayoría de los *Lander;* el progreso de Turingia fue de tal magnitud, que el nazi Frick fue designado ministro del Interior (enero de 1930). La mayoría de los triunfos electorales de los hitlerianos se lograron en detrimento del partido nacional-alemán, hasta el punto que un periódico pudo escribir: "Hitler recoge lo que Hugenberg sembró." Los nazis se habían convertido en la más importante amenaza contra la República.

El hundimiento de la Bolsa de Nueva York, en el famoso "viernes negro (24-10-1929), tuvo repercusiones económicas catastróficas para Alemania. En la foto: Wall Street el día del *crack*.



9. EL GOBIERNO PRESIDENCIAL Y LA EXPERIENCIA BRÜNING

EL 27 de marzo de 1930 fue "el día negro de la socialdemocracia y de la democracia alemana", según la sentencia de Leber, dirigente del SPD. La caída, ese día, del gabinete de "gran coalición" del socialdemócrata Hermann Müller, constituido en medio de un optimismo imprudente tras las elecciones de 1928, marcó el principio del fin del régimen parlamentario. A partir de ese momento, las principales batallas políticas, el tráfico de influencias, las intrigas y las decisiones importantes se situaron al margen del Reichstag; ante la impotencia o claudicación de las fuerzas políticas organizadas, los grupos de presión ocuparon el escenario en que se representó la tragedia de Alemania que preludiaba la tragedia de Europa.

El Gobierno Müller fue víctima de la crisis económica y, por ende, de la radicalización política. Tras la muerte de Gustav Stresemann, el partido populista, muy vinculado a la gran industria, dio un considerable giro a la derecha y algunos de sus representantes, como ya hemos visto, se unieron al frente Hitler-Hugenberg. La coalición gubernamental se hundió como consecuencia de una abierta conspiración en la que participaron, en mayor o menor grado, los medios industriales y financieros, los jefes del Ejército y la camarilla presidencial; pero no cabe duda que la maniobra fue propiciada por las discusiones interminables sobre qué categorías sociales deberían soportar el principal peso de las inexcusables medidas de austeridad. En el orden estrictamente político, la derecha clásica y el centro temían verse desbordados por los nazis, mientras que los socialdemócratas, presionados por los sindicatos, contemplaban con creciente inquietud los progresos del partido comunista.

La maquinación fue iniciada por los círculos militares, dirigidos por el general Kurt von Schleicher, oficial de Estado Mayor y ayudante del general Groener cuando éste sustituyó a Ludendorff al final de la guerra; promotor y organizador de los "Cuerpos francos", colaboró con Von Seeckt y pasó a ocuparse de la oficina política del Reichswehr una vez que Groener fue designado ministro del Ejército en 1928. Se sabe que Von Schleicher discutió la liquidación del gabinete Müller con los principales dirigentes políticos y que, sirviéndose de la amistad que le unía con el coronel Oskar von Hindenburg, hijo del presidente, tuvo una influencia decisiva sobre el planteamiento de la crisis.

La caída del gobierno se produjo en medio de una situación social calamitosa, cuyas principales manifestaciones fueron: graves dificultades de tesorería y déficit presupuestario de más de setecientos millones de marcos; tres millones de parados, drástica reducción del salario medio de un obrero industrial, que pasó de 42,20 marcos por semana a menos de treinta marcos; empeoramiento incluso del estado sanitario de la población, que retrocedió al nivel de 1923, "el año inhumano". En estas circunstancias, la socialdemocracia no pudo hacerse cómplice de la ofensiva patronal, respaldada por los partidos burgueses, para reducir el seguro de paro.

El sustituto de Müller fue el jefe de la fracción parlamentaria del Centro, el católico Heinrich Brüning, de cuarenta y cinco años, ex oficial del Ejército, con fama de hombre honesto y enérgico, cuya candidatura fue sugerida por el general Schleicher. El presidente Hindenburg, cada vez más seducido por la idea de un gobierno "fuerte", fue sensible a las indicaciones de la gran industria y los militares: los socialistas no debían seguir en el poder en tiempos de crisis. La formación del nuevo gobierno disipaba todas las ambigüedades; la lucha contra la depresión y la eventual recuperación económica se acometerían por los procedimientos clásicos, es decir, con el apoyo de la gran burguesía y los latifundistas en detrimento del nivel de vida de los trabajadores. Para sacar adelante una política que no podía encontrar un respaldo mayoritario en el Parlamento, el canciller dejó bien sentado desde el primer momento que estaba dispuesto a gobernar a golpe de decretos presidenciales, en aplicación del artículo 48 de la Constitución, y que, en último extremo, no vacilaría en provocar la disolución del Reichstag; su primer discurso contenía el siguiente párrafo: "Se trata de la última tentativa para gobernar con el Reichstag. Si se aprueba un voto de censura contra el gobierno, los diputados serán enviados a sus casas y gobernaremos en virtud del artículo 48." Así se inició el período llamado de *Präsidialregierung* (Gobierno presidencial) que tanto contribuyó a la agonía de la República.

La directa intervención del Ejército en la vida política, manifestada de manera inequívoca en la designación del nuevo canciller, iba a tener efectos desastrosos. Parece ser que tanto Groener como Schleicher, al abandonar la aparente neutralidad mantenida por Von Seeckt, pretendieron reestructurar la República en torno al Reichswehr, lo que a la postre condujo a la demolición del sistema. La obsesión por la eficacia y el gobierno "fuerte" tuvo gran influencia sobre el mariscal Hindenburg, facilitó o justificó la destrucción del Parlamento y, en último extremo, preparó psicológicamente a la opinión pública para aceptar el principio de la dictadura.

La aplicación del artículo 48, que la Constitución preveía tan sólo en caso de que la seguridad y el orden público estuvieran gravemente comprometidos o amenazados, fue una corruptela que demuestra hasta qué punto el sistema parlamentario estaba minado por el bacilo de la dictadura. Aunque el Gobierno de Brüning estuvo en un principio respaldado por el Centro, los populistas y la fracción no extremista de los germano-nacionales (descontenta con el aventurismo de Hugenberg), el conflicto parlamentario se produjo en el mes de julio de 1930, después de que el presidente promulgara por decreto las medidas draconianas de austeridad que le había sometido el canciller. A propuesta del partido socialdemócrata, los diputados abrogaron el decreto que reducía los sueldos de los funcionarios y aprobaron una moción de censura; Brüning replicó con el decreto de disolución del último Reichstag con mayoría republicano-demócrata. La obstinación y el error de cálculo del canciller fueron funestos para el destino de la República. En medio de los progresos espectaculares de los nazis, la crisis económica, el pánico de la clase media y la exasperación de las masas populares ante los decretos de urgencia, que les hacían soportar las más onerosas cargas presupuestarias, "la disolución del Reichstag, el 18 de julio, era un verdadero salto en el vacío" (G. Castellan).

Las elecciones generales del 14 de setiembre de 1930

Las elecciones generales se celebraron el 14 de setiembre de 1930, en uno de los peores momentos de la crisis económica, y constituyeron un señalado triunfo para los nazis. En efecto, el NSDAP pasó de poco más de ochocientos mil votos a seis millones cuatrocientos mil (18,3 por ciento) y obtuvo 107 escaños, por lo que se convirtió en el segundo partido del Reichstag, detrás del socialista. Los hitlerianos arrebataron dos millones de votos a los germano-nacionales, un millón a los populistas y medio millón a las otras formaciones burguesas, además de recoger dos millones de sufragios de los abstencionistas de 1928. Los populistas quedaron reducidos a 30 escaños, y el partido demócrata (que se llamaba ahora partido del Estado) tuvo que conformarse con 20 diputados. El Centro católico fue el único partido gubernamental que no sólo resistió la acometida de los nazis, sino que ganó cuatrocientos mil votos (6 escaños). En la izquierda, como una prueba más de la radicalización, los comunistas ganaron más de un millón de votos, de los que más de medio millón correspondía a electores tradicionalmente socialistas, y pasaron de 54 a 79 escaños.

Heinrich Brüning, dirigente del *Zentrum* católico, hombre de confianza del Reichswehr y primer canciller presidencial (1930-1932). Durante su mandato se produjeron los grandes avances electorales de los nazis.



Los resultados de estas elecciones reflejaban con bastante fidelidad la evolución electoral durante la República de Weimar. La primera característica es la inclinación progresiva hacia la derecha, en favor de los partidos situados a la derecha del Centro, que pasaron del 14,7 por ciento en 1919 al 43,8 por ciento en 1932. La izquierda (socialistas, comunistas y demócratas), por el contrario, obtuvo el 64,3 por ciento en 1919 y el 38,3 por ciento en 1932. En el bloque derechista, los nazis progresaron, sobre todo, en detrimento de los nacionales-alemanes y los populistas; en la izquierda, el partido demócrata desapareció prácticamente, y los progresos comunistas se hicieron en perjuicio de los socialistas. El Centro fue el único partido que se mantuvo estable hasta el final, como demostración inequívoca de la importancia del factor religioso y la disciplina de los católicos.

Los votantes del NSDAP procedían, en su inmensa mayoría, de la clase media, tanto urbana como rural, con predominio en las regiones de mayoría protestante. El éxito de los nazis fue más aparatoso en las zonas más allá del Elba y las regiones rurales del noroeste, pero revistió también importancia en algunos sectores industriales donde la oposición al marxismo adquirió mayor virulencia por ser tradicionales reductos del partido comunista. En términos generales, el nacionalsocialismo penetró con relativa facilidad en los medios pequeño-burgueses, pero fue incapaz de atraerse a las masas trabajadoras encuadradas en los partidos socialista y comunista. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que un porcentaje importante de los parados se dejó seducir por la demagogia nazi, como lo prueba el sorprendente paralelismo entre la curva del desempleo y los progresos del NSDAP a partir de 1929. Este "error" del proletariado no pudo ser contrarrestado por el programa de liberación nacional y social que el partido comunista propuso en 1930. La clave para comprender este fenómeno quizá se encuentre en la desorientación que se apoderó de las masas como consecuencia del fatal enfrentamiento entre los dos grandes partidos de la clase obrera.

La trágica querella entre socialistas y comunistas

Después de las elecciones, la tarea de encontrar una mayoría gubernamental se hizo prácticamente imposible. Los nazis y los comunistas, irreductiblemente



Lucha callejera en Berlín, entre algunos componentes del partido comunista y la policía.

hostiles al sistema, disponían de más del 30 por ciento de los escaños en el Reichstag, precisamente cuando la crisis económica creaba un abismo insalvable entre la socialdemocracia y los populistas. El Gobierno de Brüning sólo pudo seguir en el poder porque el partido socialdemócrata inició la llamada *Tolerierungspolitik,* política de tolerancia o del mal menor, considerando que el canciller del Centro católico era la única alternativa a la participación de los nazis en el poder.

Esta política ha merecido los más severos juicios históricos, habida cuenta de que desmovilizó a los republicanos y parte de la clase obrera y, a la postre, contribuyó decisivamente al desarme general que facilitó la toma del poder por los nazis. La socialdemocracia se justificó entonces arguyendo que era preferible Brüning a Hitler; pero este razonamiento, en verdad, encubría un anticomunismo de principio y el sentimiento difuso, expresado por algunos dirigentes, de que una dictadura de derechas era preferible al bolchevismo... La socialdemocracia se fue encerrando progresivamente en un callejón sin salida: frenar a la derecha e impedir, al mismo tiempo, la apertura a la izquierda, es decir, hacia los comunistas; su concepción estrictamente parlamentaria de la vida política dio una ventaja considerable al nazismo, en cuanto éste sólo consideraba la legalidad como un trampolín para su empresa de destrucción; carente de visión política, sin dirigentes de prestigio y auténtica dimensión nacional, respaldó al gobierno de Brüning porque carecía de convicción para imaginar algo distinto.

En el congreso que la socialdemocracia celebró en Leipzig en 1931, cuando ya la marea parda parecía incontenible, la mayoría de los oradores se pronunciaron en favor de la colaboración con Brüning, sin importarles el precio que hubiera que pagar por el entendimiento con los partidos burgueses. Más allá del autoritarismo anticonstitucional representado por el canciller católico, los socialistas sólo veían la dictadura reaccionaria o el espectro comunista. Esta ceguera, esta negativa suicida a dirigir una verdadera resistencia popular alcanzó acentos delirantes en el anciano Karl Kautsky: "Por suerte para el proletariado alemán, los sueños de los comunistas no serán realidad (...). La socialdemocracia ha llegado momentáneamente a una fase de estancamiento. Pero no se bate en retirada. Todavía sigue siendo la roca contra la cual chocarán sin éxito las mareas del fascismo y de sus encubridores los comunistas."

La falaz alternativa —Brüning o Hitler— condujo a los socialdemócratas a una errónea apreciación de la relación de fuerzas y finalmente al inmovilismo ante los repetidos asaltos de la derecha reaccionaria y nazi. Hay que tener en cuenta que la socialdemocracia contaba con casi un millón de adherentes en 1929 y controlaba la poderosa Confederación sindical con cinco millones de inscritos. Por su parte, el partido comunista tenía ciento treinta mil militantes en 1929 (más de trescientos mil en 1932) y una influencia creciente en las organizaciones obreras.

Esta funesta estrategia se explica en parte por el sectarismo del partido comunista alemán, el cual, siguiendo órdenes del Komintern, adoptó a partir de 1928 una línea ultraizquierdista que proscribía cualquier tipo de alianza con la socialdemocracia, a la que estigmatizaba públicamente como "el más seguro furriel del fascismo". Obsesionados por la táctica de clase contra clase, los comunistas consideraron que la socialdemocracia, a la que tildaban de "socialfascismo", era el enemigo principal, el partido que defendía los intereses de la burguesía en el seno de la clase obrera. Todos los tímidos intentos de la fracción izquierdista de la socialdemocracia se estrellaron ante el sectarismo de la dirección comunista. Esta estrategia de la Komintern persistió hasta que fue sustituida por la de los frentes populares (1935-1936).

Tanto los socialistas como los comunistas equivocaron trágicamente el diagnóstico de la situación alemana; los primeros, porque, quizá recordando el antisocialismo de Bismarck, creyeron que la experiencia reaccionaria no podría durar mucho tiempo; los segundos, porque no se dieron cuenta de que el endurecimiento de la lucha de clases no preludiaba una nueva oleada revolucionaria en Europa, sino que estaba creando las premisas necesarias para la implantación de la tiranía más implacable. Ante tales errores —desde luego, hoy aparecen con mucha mayor claridad que cuando se cometieron—, la clase obrera alemana y en general los sectores más progresistas de la población quedaron prácticamente des-

armados ante la poderosa ofensiva de sus adversarios.

La ominosa querella entre los dos grandes partidos de la clase obrera, que constituyó un elemento nada desdeñable en el proceso que sirvió para entregar el poder a los nazis, tuvo incluso manifestaciones sangrientas. Cuando los comunistas decidieron no obedecer la orden de prohibición de manifestarse el primero de mayo de 1929 en Berlín (decretada por el jefe de la policía, el socialista Zörgiebel), se produjeron violentos enfrentamientos con un saldo de veinticinco muertos en las calles berlinesas.

Cuando la oposición nacionalista se lanzó al asalto de la fortaleza socialdemócrata en Prusia, solicitando la disolución del *Landtag* (Dieta), los comunistas se unieron a los nazis, al Casco de Acero, a los germanonacionales de Hugenberg y a los populistas en la petición para que se celebrara un referéndum. "El plebiscito de Hugenberg, Hitler y Thälmann", como le llamó el órgano central de la socialdemocracia *(Vorwärts)*, celebrado el 9 de agosto de 1931, se saldó con un fracaso para los solicitantes, pero demostró hasta qué punto los partidos políticos, en este caso el comunista y el populista (éste vinculado al gobierno en el Reichstag), se habían entregado al sectarismo, incapaces de un análisis ponderado de la situación y de los peligros mortales que se estaban cerniendo sobre la frágil democracia de Weimar.

El "Frente de Harzburg" y la reelección de Hindenburg

Mientras tanto, el gobierno Brüning no pudo hacer frente con eficacia, a pesar de los decretos presidenciales, a una situación social, económica y financiera que se deterioraba por momentos. El número de parados, que a finales de 1930 era de cuatro millones, alcanzó los cinco millones en el verano siguiente, para llegar a la cifra astronómica y fatídica de los seis millones a principios de 1932. En el verano de 1931, la quiebra del Danatbank, uno de los bancos más importantes del país, no sólo asestó otro golpe a la pequeña y mediana burguesía, sino que acentuó la oposición contra el gobierno, sobre todo, después del fracaso en el intento de conseguir una unión aduanera con Austria, combatida por los aliados y condenada por el Tribunal Internacional de La Haya.

En estas circunstancias, el 11 de octubre de 1931, un día después de que el mariscal Hindenburg recibiera por primera vez al "cabo de Bohemia", quedó oficialmente constituido el "Frente de Harzburg", tras una gran reunión celebrada en esta pequeña ciudad, en la que estuvieron representados todos los adversarios de la República: nacionalsocialistas, germano-nacionales, parte de los populistas, el Casco de Acero y varios generales (Von Seeckt); los latifundistas, la liga pangermanista, los Junkers, algunos príncipes de la casa Hohenzollern, la gran industria, la banca y personalidades hasta entonces respetables como el doctor Hjalmar Schacht. Este conglomerado del extremismo reaccionario lanzó un manifiesto en el que pedía abiertamente la liquidación del sistema de Weimar, invocaba el restablecimiento de "la soberanía militar alemana" (es decir, el rearme ilimitado) e instaba al presidente de la República para que formara un "gobierno auténticamente nacional".

La constitución del "Frente de Harzburg", nueva versión de la alianza Hitler-Hugenberg de 1929, puso de relieve, en primer lugar, que los medios industriales y financieros estaban impacientes por desembarazarse del gobierno Brüning, el cual, para no romper con la socialdemocracia, había atenuado el rigor de su política contra los trabajadores. Hitler recibió una nueva inyección económica por parte de los grandes capitalistas, uno de los cuales, Fritz Thyssen, magnate del acero, se afilió al NSDAP, persuadido de que la gran industria sólo podría superar la crisis mediante un programa de rearme y, en caso necesario, el recurso a la guerra.



Hjalmar Schacht, presidente del Reichsbank, correligionario de Stresemann, estrechamente ligado a los medios industriales y aliado con los nazis en los meses que precedieron a la toma del poder.

El interrogatorio del nazi Walther Funk por el tribunal de Nuremberg que juzgó a los criminales de guerra ofreció algunas precisiones sobre los donativos que parte de la gran industria entregó a Hitler. Además de los ya citados por haber contribuido a la campaña de 1929 contra el Plan Young, entre los "benefactores" del nazismo hay que añadir a Emil Kirdof, principal magnate de la industria carbonífera del Ruhr; los industriales Springorum y Tengelman, Buskuhl y Knepper, y los banqueros Schröder, Stauss y Hilgard, sin olvidar a las empresas navieras de Hamburgo y algunos potentados de ciudades de segundo orden.

Ante la expiración del mandato del presidente, el canciller Brüning trató de evitar al país una nueva campaña electoral, por lo que sondeó a todos los partidos a fin de obtener su consentimiento para reformar la Constitución y permitir la permanencia del anciano mariscal al frente de la República; pero Hitler y Hugenberg se negaron a aceptar la componenda. Ante la actitud de la extrema derecha y los nazis, Hindenburg decidió concurrir a la batalla de las urnas y, paradójicamente, fue el candidato de todos los republicanos. La socialdemocracia tenía ahora motivos sobrados para practicar la política del

mal menor: el mariscal monárquico, héroe de una guerra en la que había sido derrotado, con sus facultades mentales bastante disminuidas por la edad, se presentaba como la única personalidad capaz de impedir el triunfo de Hitler y preservar lo poco que quedaba de República democrática. Hitler era legalmente apátrida, por haber renunciado a la nacionalidad austriaca, pero su nombramiento como consejero del gobierno del Land de Brunswick le convirtió automáticamente en ciudadano alemán y le permitió presentarse como candidato. Los germano-nacionales de Hugenberg designaron candidato a Düsterberg, uno de los jefes del Casco de Acero. Ernst Thälmann asumió la representación comunista.

Los resultados de la primera vuelta, que se celebró el 13 de marzo de 1932, fueron los siguientes:

Hindenburg	18,6	millones de votos	(49,6 por ciento)
Hitler	11,3	" " "	(30,1 " ")
Thälmann	4,9	" " "	(13,2 " ")
Düsterberg	2,5	" " "	(6,8 " ")

Como el mariscal no obtuvo la mayoría absoluta requerida (sólo le faltó el 0,4 por ciento de los sufragios), fue preciso celebrar una segunda vuelta, el 10 de abril, cuyos resultados fueron:

Hindenburg	19,3	millones de votos	(53 por ciento)
Hitler	13,4	" " "	(36,8 " ")
Thälmann	3,7	" " "	(10,2 " ")

El resultado del escrutinio confirmó la nazificación progresiva de la clase media y la pequeña burguesía, con el consiguiente hundimiento de la derecha clásica y los partidos burgueses que desde 1919 habían respaldado a la República. Los obreros socialistas, inmunes al virus hitleriano, habían votado por el viejo mariscal; pero era evidente que los campesinos del este y del norte y un porcentaje muy considerable de las clases medias urbanas y protestantes se habían pronunciado por el pintor austriaco. No obstante, el análisis de las diferencias de los resultados de las dos vueltas electorales conduce a conclusiones realmente sorprendentes. ¿De dónde procedían los dos millones de votos que Hitler ganó entre los dos escrutinios, teniendo en cuenta que Hugenberg, tras la retirada de Düsterberg, había dado la consigna de abstención? Aun suponiendo que millón y medio de los votantes de Düsterberg no obedecieran las recomendaciones de sus jefes, hay una diferencia de medio millón de sufragios a favor del Führer que la mayoría de los analistas suponen que procedían de los que habían abandonado a Thälmann en la segunda vuelta; un dato más que añadir a la tremenda confusión política que estaba produciendo la persistente infiltración del nazismo en la sociedad alemana. Porque, a pesar del triunfo final de Hindenburg, la virulenta campaña electoral, en la que Goebbels llegó a apostrofar al mariscal como "el candidato del partido de los desertores", constituyó un señalado éxito para el caudillo nazi, definitivamente consagrado como figura nacional.

"Revolución espiritual" y terror pardo

Insistiendo en su táctica pseudolegal, Hitler multiplicó las garantías y las promesas a todas las categorías sociales, al mismo tiempo que se presentó como adalid respetuoso de las instituciones, especialmente el Ejército. Ante la inquietud suscitada en el Reichswehr por las simpatías que algunos jóvenes oficiales sentían hacia el NSDAP, el Führer aprovechó el juicio contra tres tenientes, acusados de crear una célula nazi, para repudiar cualquier alteración constitucional por la fuerza, llegando a proclamar que la propaganda nacionalsocialista tendía simplemente a poner los cimientos de "una revolución espiritual".

El juicio se celebró en Leipzig, después del triunfo electoral de setiembre de 1930, y Hitler fue citado a declarar como testigo de la defensa y proclamó su voluntad de no tomar el poder sino después de que los nazis hubieran conseguido la mayoría parlamentaria. En un momento de su declaración, el presidente del tribunal le preguntó: "¿Pero no ha dicho usted que hará caer las cabezas?", a lo que respondió: "Cuando tomemos el poder, los responsables de la derrota y la vergüenza serán juzgados por el Tribunal Supremo, y entonces, es verdad, es probable que caigan algunas cabezas." Según el testimonio del general Jodl en el juicio de Nuremberg, las declaraciones de Hitler en el consejo de guerra de los tres tenientes en Leipzig le granjearon muchas simpatías entre numerosos generales que hasta entonces se habían mostrado reticentes cuando no hostiles al movimiento nazi.

El legalismo de Hitler no podía engañar, sin embargo, a las autoridades. Un tránsfuga del partido nazi, W. Schaefer, diputado de la Dieta de Hesse, entregó a la policía un documento llamado de Boxheim (había sido redactado en el *Boxheimer Hof*), en el que se especificaba todo un plan de subversión destinado a la toma del poder por el nacionalsocialismo. Aunque los secuaces de Hitler dijeron que se trataba de una provocación policiaca, el gobierno no tenía nin-

Hitler durante su declaración como testigo de la defensa en el famoso juicio de Leipzig (1930) contra tres tenientes del Reichswehr, acusados de organizar células nazis en los cuarteles. Hitler insistió en su táctica legalista para alcanzar el poder.



guna duda sobre la autenticidad del documento, como lo prueba el hecho de que tanto el canciller Brüning como el general Groener declararan por la radio que no tolerarían los intentos nazis de encender la guerra civil. No obstante, el autor del documento fue absuelto un año más tarde por "falta de pruebas", siendo asesinado por los nazis inmediatamente después de la toma del poder.

El activismo de las SA constituía un problema, en la medida que convertía en parodia las pretensiones legalistas del partido. A principios de 1931, los cien mil camisas pardas fueron confiados de nuevo a Ernst Röhm, que había regresado poco antes de Bolivia, reclamado por Hitler. A pesar del reforzamiento de la disciplina, los éxitos electorales y también el aumento del paro hicieron crecer espectacularmente a las SA, que contarían con trescientos mil hombres dos años más tarde, en vísperas de la toma del poder. A partir de 1930, el terror pardo se apoderó de las calles alemanas y multiplicó los asesinatos políticos, muchas veces contando con la connivencia de la policía y posteriormente la complacencia de la judicatura, sobre todo, cuando las víctimas eran los comunistas. La violencia callejera, el escuadrismo, las provocaciones contra las organizaciones obreras formaban parte de la táctica deliberada de demolición de las instituciones democráticas.

Conspiración contra el canciller

Cuando el gobierno se decidió a actuar era demasiado tarde. El 13 de abril, tres días después de la reelección de Hindenburg, un decreto presidencial, preparado por el general Groener (ministro del Ejército y del Interior) y el canciller Brüning, estableció la prohibición de las SA y las SS, el "ejército privado" de Hitler. Esta medida, aunque había sido solicitada por varios primeros ministros de los Länder y estaba plenamente justificada, provocó una tormenta en el seno del Reichswehr y demostró la pérdida de autoridad de las instituciones republicanas, a pesar de que los nazis no opusieron ninguna resistencia. La ofensiva contra el canciller y el ministro fue dirigida en la sombra por el intrigante general Schleicher, que ya estaba en contacto con los nazis, y encontró bastante eco en algunos generales del Reichswehr, que consideraban a los camisas pardas como un ejército de reserva que podría ser utilizado para aplastar una insurrección interior, como los "Cuerpos francos" en 1919; al mismo tiempo, el Casco de Acero y los círculos reaccionarios presionaron sobre el presidente Hindenburg y se quejaron de que no hubiera sido prohibida la organización del "Estandarte del imperio", integrada por ex combatientes socialistas. Tras una intervención poco afortunada en el Reichstag, el general Groener presentó la dimisión (12 de mayo), y el general Schleicher, al negarse a sustituirlo, dio a entender que no bastaba con un simple reajuste gubernamental. El gabinete de Brüning estaba en capilla.

La crisis se complicó además por los éxitos de los nazis en las elecciones que se habían celebrado en los estados más importantes (Prusia, Baviera, Wurtemberg, Anhalt y Hamburgo) el 14 de abril. El ministro de Economía, Warmbold, dimitió el 3 de mayo, en aparente oposición con su colega de Hacienda, pero en verdad bajo las presiones del sector moderado de la gran industria, a la que representaba en el gabinete. Unos días antes, en una reunión celebrada en Berlín, la federación de la industria alemana, bajo la presidencia de Krupp, se pronunció por una política de expansión, según preconizaba Schacht, que equivalía a una condena sin paliativos del rigor deflacionario practicado por Brüning. La conspiración contra el gobierno se completó con los Junkers de la camarilla presidencial, que se opusieron ferozmente a la política de colonización emprendida en Prusia, a la que tildaban de "bolchevismo agrario". El conde Oldenburg-Januschau, latifundista y amigo personal de Hindenburg, pudo escribir el 12 de mayo: "El gobierno Brüning está liquidado." Durante el desarrollo de la conspiración, los contactos Hitler-Schleicher fueron constantes, como demuestra el *Diario* de Goebbels, en el cual anotó incluso, el 24 de mayo, el nombre del nuevo canciller: Franz von Papen. Hindenburg recibió a Brüning el 29 de mayo de 1932 y, para renovarle su confianza, le expuso unas condiciones que sabía inaceptables: un gobierno más nacional (es decir, más a la derecha), el fin del "bolchevismo agrario" y la eliminación de los jefes sindicales. El canciller estaba desahuciado, sin poder recurrir a un Parlamento que tanto había contribuido a hundir en el descrédito; puesto que su poder había emanado exclusivamente de la voluntad del presidente, ni siquiera pudo esgrimir el buen curso de los asuntos internacionales para retrasar su caída. Al día siguiente presentó la dimisión. La mayoría de los historiadores hacen coincidir la liquidación del gabinete Brüning con el fin de lo poco que quedaba de régimen republicano.

Mariscal Paul von Hindenburg, considerado como héroe de la guerra, monárquico y reaccionario, fue elegido presidente de la República de Weimar en 1925.



10. VON PAPEN Y EL GOLPE DE ESTADO EN PRUSIA

LOS dos años y dos meses de gobierno del canciller Brüning prepararon el terreno para la completa liquidación del régimen parlamentario. El hombre encargado de llevarla a efecto fue Franz von Papen, aristócrata reaccionario, político mediocre y oportunista, renegado del Centro y, ante todo, candidato de Schleicher y protegido del presidente Hindenburg. Nombrado canciller "presidencial" el 31 de mayo de 1932, su objetivo prioritario y declarado era la destrucción de la República parlamentaria y la instauración de un régimen autoritario y corporativo, para lo cual esperaba contar con el respaldo del Reichswehr y la colaboración de los hitlerianos. Formó un gobierno sin ningún apoyo parlamentario, el llamado "gabinete de los barones" (siete de los diez ministros pertenecían a la nobleza), y se dispuso a hacer importantes concesiones a los nazis. La primera fue la disolución del Reichstag y la convocatoria de nuevas elecciones, justificadas por la negativa del Centro a colaborar con el hombre que, surgido de sus filas, había asestado una puñalada por la espalda al canciller Brüning; la segunda, el levantamiento de la prohibición de las SA y las SS; la tercera, en fin, el golpe de Estado contra el gobierno socialdemócrata de Prusia (20 de julio), el estado más importante del Reich.

Desde las elecciones para la Dieta del 24 de abril de 1932, en las que los nazis obtuvieron un señalado triunfo, pero sin alcanzar la mayoría absoluta, la situación en Prusia era inextricable. Ante la imposibilidad de formar un gobierno que dispusiera de mayoría, siguió en funciones la administración dirigida por los socialdemócratas Braun y Severing, respaldada desde 1919 por la llamada "coalición de Weimar". Von Papen y los círculos reaccionarios que le apoyaban, que veían el poder de la socialdemocracia como un obstáculo para sus planes, convencieron al presidente Hindenburg para que "legalizara" el golpe de Estado en Prusia mediante la aplicación del artículo 48. El pretexto invocado fue la incapacidad del gobierno para mantener el orden público, después de que una manifestación nazi de provocación en el suburbio hamburgués de Altona, dominado por los comunistas, se saldara con diecisiete muertos por ambos bandos. El 20 de julio, el canciller convocó a los dirigentes socialdemócratas y les comunicó que el presidente, en virtud del artírulo 48, le había nombrado comisario del Reich en Prusia, con facultades para destituir al gobierno. Como Severing replicó que sólo se inclinaría ante la fuerza, Von Papen declaró el estado de sitio y entregó todos los poderes al general Von Rundstedt, comandante de la región militar. La socialdemocracia no opuso resistencia, a pesar de que contaba con noventa mil policías (treinta mil de ellos en pie de guerra), e incluso aconsejó a sus partidarios que evitaran cualquier "provocación" en vísperas de las elecciones. Ante semejante mansedumbre, el canciller sólo necesitó de unos cuantos policías para arrojar de sus despachos a Severing y los demás ministros prusianos.

La socialdemocracia ha tratado de justificar a posteriori "su pasividad y su cobardía" en este primer episodio del advenimiento de la tiranía. En su relato de los acontecimientos, Severing llegó hasta a hablar de "la insuficiencia del sentimiento democrático", cuando es evidente que las concesiones ininterrumpidas, tanto a nivel estatal como nacional, paralizaron a las masas que todavía en 1920 habían salvado a la República con una huelga general. "La negativa de la socialdemocracia a situarse a la cabeza del movimiento popular prusiano contra el nazismo —escribe Enzo Collotti—, que avanzaba amparado por la cobertura que le ofrecía Von Papen, no era solamente un episodio de la lucha interna del movimiento obrero, que paralizaría toda resistencia y acción unitaria contra el fascismo. Era, al contrario, el resultado y la coronación de una política cuyas raíces estaban bien arraigadas en la historia misma de la República de Weimar y en la transformación del gran partido obrero en un organismo esencialmente electoralista." Carece de relevancia el especular sobre lo que hubiera podido ocurrir si la socialdemocracia se hubiera lanzado a la resistencia, pero los acontecimientos posteriores demostraron de modo siniestro que sus días estaban contados en la Alemania de brutalidad sin precedentes que se agazapaba detrás de los "modales elegantes" de Von Papen. No cabe duda, además, que los acontecimientos de Prusia convencieron a Hitler y sus aliados de que podrían vencer con relativa facilidad cualquier conato de resistencia, precisamente porque el movimiento obrero había sido dividido y después paralizado ante "la marea parda homicida" que avanzaba incontenible.

Dos elecciones generales en cuatro meses

Las elecciones generales del 31 de julio constituyeron un gran triunfo para el NSDAP, que obtuvo casi catorce millones de votos y pasó de 107 a 230 escaños, convirtiéndose en el partido más numeroso en el Reichstag. El escrutinio llevó a sus últimas conse-



Carteles de propaganda de los distintos partidos políticos durante la campaña electoral que precedió al escrutinio de 31 de julio de 1932, en el que los nazis alcanzaron un gran triunfo.

cuencias las tendencias manifestadas ya en 1930: desaparición casi total de los partidos burgueses moderados, con excepción del Centro, que mantuvo sus posiciones; pérdidas considerables de los germanonacionales, desbordados por los nazis; y moderado avance de los comunistas (89 escaños, el tercer partido por el número de diputados) a costa de los socialistas. El Reichstag era más ingobernable que nunca. La posibilidad de una coalición "republicana" había desaparecido por completo, puesto que nacionalsocialistas y comunistas, adversarios irreductibles del sistema, reunían más del 50 por ciento de los escaños. Hitler tampoco podía formar un gobierno mayoritario, aun contando con el respaldo de los germanonacionales, habida cuenta de la oposición del Centro y los restos de los demás partidos burgueses. La trágica polémica entre la socialdemocracia y los comunistas, además del anticomunismo visceral de las demás fuerzas políticas, imposibilitada cualquier "apertura a la izquierda" en el Parlamento, aunque quizá hubiera sido factible en la calle... No obstante, Von Papen trató en vano de conciliar las exigencias de los nazis y el Centro. Hindenburg recibió a Hitler el 13 de agosto, en una entrevista que el secretario de la presidencia calificó de "glacial", pues aquél se negó a entregarle la cancillería como éste reclamaba; el anciano mariscal no ocultó que prefería al "elegante" Von Papen al "cabo austriaco". El comunicado oficial publicado al final de la entrevista decía: "El presidente del Reich no ha podido asumir la responsabilidad, ante su conciencia y ante la patria, de confiar la totalidad del poder al movimiento nacionalsocialista que se propone utilizarlo unilateralmente." El presidente no se equivocaba en cuanto a las pretensiones de los nazis, pero los acontecimientos posteriores demostrarían la flaqueza de su conciencia, quizá porque, a los ochenta y seis años, sus períodos de auténtica lucidez, según diversos testimonios, se habían reducido drásticamente.

A pesar de estas andanzas de su caudillo por los aledaños del poder, los nazis no cesaron en su campaña de violencia, intimidación y subversión. El 11 de agosto, una escuadra nazi de nueve hombres asaltó en Potempa (Alta Silesia) la casa de un obrero comunista, al que asesinaron a puntapiés en presencia de su madre. El asesinato se produjo dos días después de que el gobierno, para hacer frente a una violencia que alcanzaba proporciones insoportables, publicara un decreto presidencial contra el terrorismo político. En estas circunstancias, cinco de los asesinos nazis de Potempa fueron condenados a muerte el 22 de agosto. Al conocer la sentencia, Hitler les envió el siguiente telegrama: "Mis camaradas. Ante ese monstruoso juicio sanguinario, me siento unido a vosotros por una fidelidad sin fronteras. Vuestra libertad es desde ahora una cuestión de honor para nosotros. Y el combate contra el gobierno que ha permitido semejante estado de cosas es nuestro deber." Esta proclama indecente e incendiaria, perfectamente coherente con la trayectoria del "vagabundo de Viena", no dejó insensibles a los que conspiraban para entregarle el poder. Von Papen consiguió que el presidente Hindenburg otorgara la gracia a los brutales y cobardes asesinos.

Von Papen era un canciller que, según sus mismos compañeros de conspiración, tenía en contra al 90 por ciento de los alemanes. Cuando el Reichstag se reunió el 30 de agosto, el canciller ya se había asegurado el decreto de disolución, convencido del fracaso clamoroso de su política. En la sesión parlamentaria, el nazi Göring, que había sido elegido presidente del Reichstag (con los votos del Centro), puso en ridículo al canciller después de que el NSDAP decidiera votar a favor de la moción de censura presentada por el grupo comunista; después de varios incidentes grotescos (Von Papen había olvidado el decreto de disolución), el gobierno sólo tuvo 42 votos a favor. La disolución fue pronunciada, sin haber tratado en verdad de formar un nuevo gobierno, con el pretexto de que existía el peligro de que el Parlamento exigiera la abrogación del decreto presidencial del 4 de setiembre relativo al plan económico rechazado por los sindicatos. Las elecciones fueron fijadas para el 6 de noviembre, y Von Papen siguió en funciones gubernamentales y, al mismo tiempo, entregado a las intrigas en que había demostrado habilidad. El entonces embajador francés en Berlín, A. François Poncet, resumió la situación con bastante lucidez en un informe enviado a París: "Es manifiesto que la aristocracia terrateniente, militar y burocrática, es decir, los medios que antaño gobernaron a Prusia y Alemania, esperan gobernar de nuevo, después de haber liquidado el liberalismo y el socialismo."

Un gobierno impopular a todos los niveles, derrotado ignominiosamente en el Parlamento, que sólo contaba prácticamente con el apoyo de los latifundistas y los aristócratas arruinados ávidos de poder y necesitados de dinero, pretendía ser "independiente de los partidos y auténticamente nacional", según la expresión utilizada por Von Papen para justificar lo injustificable. Está claro que el canciller había perdido la confianza hasta de los círculos industriales más reaccionarios. Mientras los propietarios agrarios propugnaban la autarquía económica y reclamaban en particular la contingentación de las importaciones agrícolas, a fin de asegurar el dominio sobre los mercados interiores, la industria pesada temía el estrangulamiento de sus exportaciones y se inquietaba ante los efectos desastrosos de una política de "pan caro" en un período en el que el paro afectaba a casi seis

millones de trabajadores. El único logro de Von Papen había sido preparado por su antecesor: los acuerdos de Lausana (8 de julio), a iniciativa norteamericana, habían liquidado prácticamente el engorroso problema de las reparaciones.

Lo único destacable de las elecciones del 6 de noviembre, celebradas en un momento en que la crisis económica parecía estar retrocediendo, fue que los nazis perdieron dos millones de votos y pasaron de 230 a 196 escaños, pero seguían formando el partido más numeroso en el Reichstag. Los germanonacionales recogieron la mayor parte de los votos perdidos por el NSDAP, lo que demuestra que la pequeña burguesía oscilaba sencillamente "entre la peste y el cólera" y no se podía confiar en ella para salvar a la República. A pesar del resultado del escrutinio, Von Papen, que seguía contando con la confianza del presidente, trató de negociar con los partidos y muy especialmente con Hitler, a fin de que éste aceptara lo que había rechazado en agosto: la vicecancillería en un gobierno de coalición "nacionalista". El dirigente nazi, escocido todavía por el fracaso del 13 de agosto y el retroceso electoral, se mostró reticente, evasivo, ante las incitaciones de Von Papen, aunque el reflujo de la marea parda empezaba a provocar rumores y oposición en el partido contra una táctica legalista que no acababa de dar fruto. Al no poder obtener el apoyo de los partidos para presentarse en el Reichstag, parece ser que Von Papen estaba dispuesto a una nueva disolución del Parlamento, lo que sin duda constituía, al mismo tiempo, un elemento de presión sobre los nazis, poco interesados en repetir la experiencia electoral. En esta situación, el general Schleicher volvió a tomar las riendas de la intriga, aparentemente convencido de que Von Papen se había transformado en un obstáculo para la empresa de "domesticar" a los nazis mediante su participación en un gabinete. En otras palabras: el general se opuso a una nueva disolución porque

Franz von Papen y el general Schleicher fotografiados en 1932, en el período culminante de las intrigas que acabaron con la toma del poder por los nazis.



había entrado en contacto con los hitlerianos y esperaba que el éxito le sonriera en una situación verdaderamente inextricable, con la amenaza incluso de una guerra civil.

La gran industria se pronuncia por el nazismo

Desautorizado por todos, excepto por Hindenburg, Von Papen presentó la dimisión el 17 de noviembre y aconsejó que Hitler fuera llamado a consulta. El Führer fue recibido por el presidente el día 19. La entrevista fue menos fría que la de agosto, y la oferta presidencial, la siguiente: Hitler sería nombrado canciller a condición de que formara un gabinete que obtuviera la mayoría en el Reichstag en base a un programa definido, lo que se sabía de antemano que era imposible. Este nuevo fracaso se vio compensado, sin embargo, el mismo día, por el llamamiento efectuado por la gran industria y los bancos en favor de que se entregara el poder a los nazis. El banquero Schacht tomó la iniciativa y consiguió reunir en un mismo frente al latifundista Kalckreuth, los industriales Krupp, Cuno, Reusch, Hariel, Silvergerg, Siemens, Thyssen y Bosch, así como los banqueros Schröder y Reinhart, que dirigieron una comunicación al presidente de la República en la que podía leerse:

"Reconocemos en el movimiento nacional, que hoy conmueve a nuestro pueblo, el comienzo prometedor de una era que creará, mediante la superación de las diferencias de clase, las bases indispensables para el renacimiento de la economía alemana. Sabemos que este renacimiento exige aún muchos sacrificios. Consideramos que estos sacrificios sólo se soportarán de buen grado si el principal grupo de este movimiento nacional participa en el gobierno con función dirigente.

"Si se le confiere la dirección responsable de un gabinete presidencial, dotado de las mejores energías técnicas y personales, al jefe del principal grupo nacional, quedarán eliminados los puntos débiles y los errores, necesariamente implícitos en todo movimiento de masas, y se conseguirá el enérgico consenso de millones de hombres que hoy están en desacuerdo."

Resulta aleccionador que mientras el anciano Hindenburg mantenía su negativa a comprometer su autoridad en favor de Hitler (un gabinete presidencial), argumentando con razón que éste transformaría el gobierno en dictadura de un solo partido, los más conspicuos representantes de la gran industria y los negocios se pronunciaran abiertamente en favor del "principal grupo del movimiento nacional" y tuvieran incluso la osadía de suponer que el ejercicio del poder atemperaría "los puntos débiles y los errores", cuando en realidad se estaban refiriendo al terror pardo con un eufemismo repugnante. Como es obvio, esta vehemente proclama en favor del nazismo propició una rápida recuperación de las finanzas del NSDAP, según confesó el mismo Goebbels, bastante exhaustas después de las dos campañas electorales y la imposibilidad de llegar al poder. En un momento en que la situación económica manifestaba signos de una tímida recuperación, la gran industria alemana, temerosa de una resurrección de la República democrática, se apresuró a acudir en socorro de Hitler, el único político que parecía asegurarles la "paz social", es decir, la liquidación brutal del movimiento



Herman Göring, uno de los primeros y principales dirigentes nazis, presidente del Reichstag (1932) y ministro sin cartera en el primer gobierno de Hitler (enero, 1933).

obrero, y la expansión económica rápida mediante una política de rearme belicista; los relativos éxitos electorales del partido comunista y la agitación popular contra las medidas antisociales del gabinete Von Papen no hicieron sino acentuar el protagonismo político del "capitalismo suicida".

Al no obtener ningun resultado en las consultas abiertas con los distintos partidos políticos, el presidente volvió a confiar el gobierno a su protegido Von Papen, el cual trazó inmediatamente planes para un golpe reaccionario destinado a modificar las estructuras de la República. Estos propósitos golpistas fracasaron por la oposición del Reichswehr, cuyo apoyo era absolutamente necesario, y Von Papen, abandonado por el general Schleicher, presentó irrevocablemente la dimisión el 2 de diciembre. El mismo día, el general Schleicher se convirtió en el último canciller de la República.

El general-canciller y la conspiración final

El general Schleicher, consciente de los obstáculos que habían derrotado a su predecesor, pretendió formar tras de sí y el ejército una amplia "coalición nacional" que incluyera desde los nazis a los socialdemócratas. Se presentó en la radio y defendió un programa que le valió la etiqueta de "general social": abrogación del decreto de 4 de setiembre que permitía la reducción de los salarios, restablecimiento de los contratos colectivos de trabajo, planes para terminar con el desempleo, proyecto de amnistía, etc. Trató de que Von Papen fuera nombrado embajador en París, pero el presidente Hindenburg se negó a prescindir de su amigo y consejero, lo que, a la postre, resultaría fatal para la suerte del régimen. Después de entrar en contacto con los sindicatos socialistas y cristianos, el nuevo canciller, ante las reiteradas negativas de Hitler de formar parte de un gabinete de coalición, creyó que podría dividir al NSDAP mediante la atracción de Gregor Strasser, al que ofreció un puesto en el gobierno.

Esta maniobra sembró el desconcierto en las filas hitlerianas, precisamente en el momento que las elecciones en Turingia (3 de diciembre) habían reafirmado su alarmante pérdida de popularidad. Las conversaciones y discusiones entre los jerarcas nazis fueron continuadas y nerviosas, y Hitler llegó a declarar, en un momento de excitación, que no sobreviviría a una disgregación del partido, tras acusar a Strasser de moverse a espaldas suyas y traicionarle... De hecho, el partido estaba dividido en dos tendencias: de un lado, Strasser, con el relativo apoyo de Fritz (jefe del grupo parlamentario), que favorecían la entrada en un gobierno de coalición, aunque sólo fuera para calmar la impaciencia de las masas y remediar la mala situación del movimiento tras el retroceso electoral del 6 de noviembre; de otro, Hitler, Goebbels y Göring, intransigentes, que rechazaban cualquier ofrecimiento que no implicara el nombramiento de canciller para el Führer. En el momento en que la polémica era más aguda, Strasser, indeciso, incapaz de llevar su actitud hasta las últimas consecuencias, desapareció de Berlín y se marchó de vacaciones a Italia..., por lo que Hitler no tuvo inconveniente en coger de nuevo las riendas del movimiento y montar un gran aparato publicitario en torno a la "traición" del disidente.

No obstante, según se desprende del *Diario* de Goebbels, el partido atravesaba entonces su más grave crisis económica, calificada de "desesperada", hasta el punto que fueron reducidos los sueldos de los *Gauleiter* y los SA pidieron donativos en la calle... En estas circunstancias, la huida de Strasser fue interpretada como una bendición por los círculos industriales, pues significaba el alejamiento del único dirigente que seguía tomando en serio el "socialismo" del partido. Hitler ofrecía ahora renovadas garantías para la estabilidad social, el control de los sindicatos, la sumisión de los trabajadores y, por supuesto, la liquidación cruenta del "peligro" comunista. En este contexto hay que situar la famosa entrevista que Hitler y Von Papen mantuvieron en casa del banquero Schröder, en Colonia, el 4 de enero de 1933, considerada por todos los historiadores como la manifestación más escandalosa y decisiva del respaldo de la gran industria y los bancos a la toma del poder de los nazis. Hitler y Von Papen llegaron a un acuerdo para la formación de un gobierno de coalición, presidido por el primero, y Schröder, además de asegurar el apoyo de la gran industria, prometió realizar las gestiones necesarias para pagar inmediatamente las deudas ingentes del NSDAP. Sólo faltaba obtener el visto bueno o al menos la tolerancia del presidente de la República.

Cuando Schleicher se enteró por los periódicos de la entrevista en Colonia, después del fracaso de sus intentos por estructurar un amplio frente nacional, la conspiración para derribarle estaba en marcha. A par-

tir del 15 de enero se multiplicaron los contactos entre los conjurados (Hitler, Papen, Hugenberg y el jefe del Casco de Acero). Entre las maniobras de los conspiradores destaca una reunión que el 22 de enero mantuvieron, en casa de Ribbentrop, Hitler, Papen, Göring, Fritz, Oskar von Hindeburg y el secretario de la presidencia, Meissner. Al parecer, el Führer causó una excelente impresión al hijo del mariscal, bastante inquieto, por otra parte, con el descubrimiento del escándalo del *Osthilfe* (las subvenciones a los latifundistas) y las revelaciones sobre la evasión de impuestos realizada a favor de la finca presidencial de Neudeck. Al ser aireado el escándalo, los terratenientes abandonaron a Schleicher y se unieron a la causa nazi. Las presiones de su hijo, del conde Oldenburg-Janutschau y de los dirigentes de la *Reichslandbund* (Liga agraria) acabaron por hacer mella en el octogenario presidente La conspiración estuvo concluida el 26 de enero, cuando Von Papen se entrevistó con el jefe del Casco de Acero (Seldte) y propuso definitivamente, con la aprobación de Hugenberg, un gobierno de coalición con Hitler como canciller.

El 28 de enero, el canciller Schleicher, reconociendo por fin su fracaso, se presentó ante Hindenburg y le pidió autorización para disolver el Reichstag y proclamar el estado de sitio; pero el presidente se negó a asumir la responsabilidad de una iniciativa arriesgada, que hubiera conducido a la dictadura militar, pensando quizá que se encontraba en la misma situación que a principios de diciembre había provocado la caída de su protegido Von Papen. En consecuencia, el canciller presentó la dimisión, y al día siguiente, Von Papen fue encargado de "clarificar la situación política". La única incógnita seguía siendo el ejército, pues habían empezado a circular por Berlín rumores de golpe de Estado. Los últimos escrúpulos del mariscal Hindenburg fueron superados cuando el general Von Blomberg, que sería el ministro de Defensa en el gabinete de Hitler, dio garantías de que el ejército respaldaría la nueva situación. Algunos historiadores, tratando de salvar al militarismo prusiano, partiendo de la oposición de algunos jefes y oficiales en el último período de la guerra, olvidan que Hitler llegó al poder con el permiso, cuando no el pleno acuerdo, del Reichswehr; la única condición que pusieron los militares, pero cuyo cumplimiento conocían de antemano, es que la instalación del jefe nazi en la cancillería se produjera "legalmente", es decir, mediante un nombramiento del presidente Hindenburg.

Hitler y Von Papen se reunieron el 29 de enero para ultimar los detalles del gabinete. Hitler tomó posesión como canciller al día siguiente, a las 11 horas, después de haber jurado acatamiento a la Constitución que había prometido públicamente destruir. La conspiración y el perjurio asestaban el golpe de muerte a la República de Weimar. En el nuevo gobierno sólo había tres nazis — Hitler, Fritz (ministro del Interior) y Göring (ministro sin cartera) —, pero estaban todos los compañeros de viaje, todos los adversarios tradicionales de la República: Hugenberg, Seldte, Von Papen (vicecanciller), los comisionados de la gran industria y los latifundistas, la nobleza... El pueblo alemán, que manifestó su júbilo con gritos y antorchas, había caído en poder de sus enemigos.

El cabo austriaco se inclina respetuosamente ante el mariscal-presidente.

CONCLUSION

LAS circunstancias en que se produjo la toma del poder por Hitler son perfectamente conocidas y hemos intentado resumirlas en las páginas que anteceden, a manera de síntesis de los hechos considerados más significativos o determinantes del proceso histórico. Pero cuando de los hechos se pasa al análisis subsisten algunos problemas importantes sobre los que disputan la historiografía y la ciencia política, sin olvidar los problemas que el fenómeno de la ascensión del nazismo plantea a la sociología, psicología de masas, etc.

Muchos historiadores y politicólogos, alemanes o no, proclaman insistentemente que el advenimiento del nazismo no era *inevitable*. "Ciertamente, la irrupción de la crisis económica brindó a las fuerzas destructoras del radicalismo antidemocrático, pasajeramente reprimidas, la gran oportunidad del triunfo. Sin embargo, la evolución política, cuyo desenlace final fue la derrota de la República por el nacionalsocialismo, no era inevitable." Esta es la opinión de Karl Dietrich Bracher, el más conspicuo representante de la joven investigación alemana moderada. Desde una perspectiva marxista, Gilbert Badia sentencia: "No existía, sin embargo, necesidad histórica que implicase para Alemania *esta* solución y no otra. Se ha podido hablar no de asesinato, sino de 'suicidio de la República de Weimar'. Ese suicidio no era fatal." El también francés Jacques Droz, despues de hacer un estudio de las ideologías que alimentaron al nacionalsocialismo, concluye: "Alemania podría haber evolucionado hacia otras formas después de 1933." El británico Alan Bullock, autor de la biografía más seria y documentada de Hitler, asegura: "Lejos de ser inevitable, el éxito de Hitler se debió en gran parte a la suerte, y más aún, a la torpeza de sus rivales y adversarios políticos." El italiano Enzo Colloti, en fin, escribe: "Desde el punto de vista histórico, los orígenes del nacionalsocialismo han de buscarse ante todo en la concreta situación histórico-política que le alimentó, no porque deba considerarse como una salida fatal de aquélla, sino porque en ese ambiente se sitúan los factores políticos, económicos y culturales que condicionaron la fisonomía del movimiento nacionalsocialista y sobre los cuales este último ejerció a su vez su influencia y su fuerza."

Esta insistencia podría parecer superflua por indemostrable —puesto que la única certidumbre es que Hitler llegó al poder—, si no fuera porque está dictada por una preocupación legítima: la necesidad de no identificar al hitlerismo con todo el pueblo alemán y, por lo tanto, la voluntad de denuncia de los culpables, de los que prepararon el camino y dirigieron la conjura contra la República, a fin de que la repulsa moral inequívoca no se aplique indiscriminadamente.

Las causas de la toma del poder por los nazis están explícitamente señaladas en los capítulos anteriores, pero resulta conveniente hacer una recapitulación sistematizada, partiendo de la premisa de que Hitler no llegó a la cancillería como resultado de un triunfo electoral o de una combinación parlamentaria, sino como la cabeza más visible de una intriga victoriosa urdida por todos los adversarios de la República e impuesta en último extremo a un presidente valetudinario. Pero hay que añadir que Hitler, para alcanzar tal preeminencia, había sabido imponerse a su partido, aglutinar un movimiento de alcance nacional y presentarse, en fin, como "salvador" ante poderosas fuerzas económicas, sociales y políticas. Las causas de la toma del poder son, al mismo tiempo, la explicación de por qué el nazismo mereció crédito a una parte considerable del pueblo alemán, de sus clases dirigentes e incluso de sus intelectuales, a pesar de la reconocida vacuidad del programa del NSDAP y la demagogia política puesta en marcha con una escenografía aparatosa e irracional.

Nuestra conclusión puede resumirse en los siguientes puntos:

— La responsabilidad no puede diluirse en fórmulas abstractas —el espíritu democrático desfalleciente—, ni tampoco en las defectuosas instituciones de la República; ni siquiera debe adjudicarse esencialmente a las personalidades que dirigieron la conspiración final, por muy decisiva que fuera su actuación. Este es quizá el mayor defecto de la interpretación de Bracher.

— La solución nazi no fue una consecuencia de las deficiencias estructurales de la democracia, tesis a la que se muestra bastante proclive la historiografía conservadora alemana. Desde 1929 no se intentó en serio una alternativa parlamentaria al régimen presidencial. En un régimen parlamentario, el hecho de que Hitler fuera el jefe del partido más numeroso no le concedía el derecho a la cancillería; durante la misma República, la socialdemocracia, que fue el partido de mayoría relativa hasta 1930, no asumió necesariamente las máximas responsabilidades políticas.

— La ascensión del nacionalsocialismo sería inexplicable sin la crisis económica que le permitió transformarse, a partir de 1929, en un partido de masas de las clases medias aterrorizadas ante el espectro de la proletarización. El paro masivo no fue más que el índice de la agravación de la crisis, y ya hemos visto el paralelismo entre las curvas de desempleo y los progresos electorales del NSDAP.

— El apoyo material de la gran industria y el latifundismo fue decisivo. Sería simplista, como han pretendido algunos divulgadores marxistas, considerar que la gran burguesía trabajó desde un principio en favor del nazismo. Pero coincidiendo con la crisis

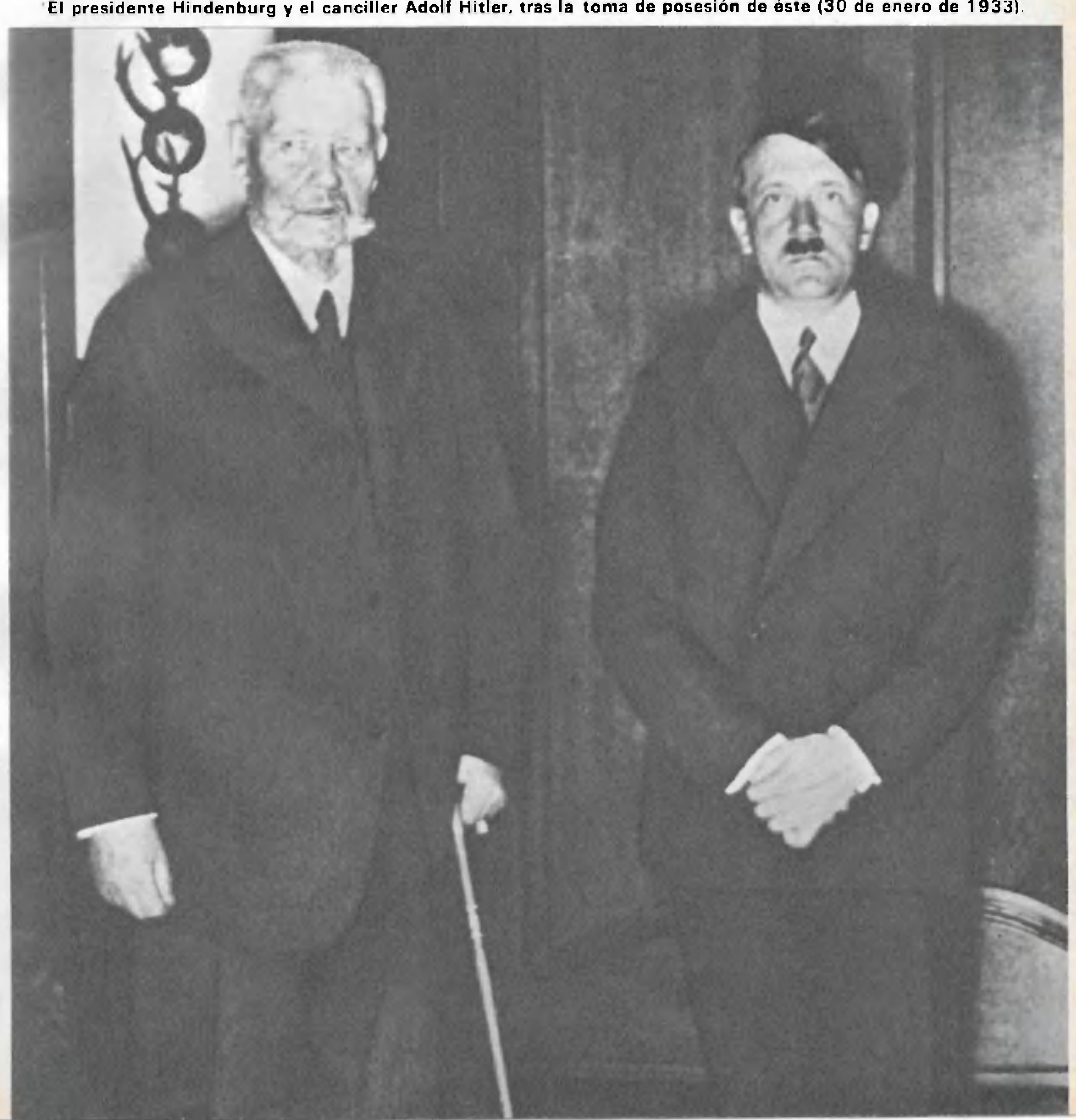
económica, es evidente que la gran industria vio en Hitler la mejor solución a sus problemas. La *Reichsverband der deutschen Industrie* (Liga de la industria alemana), según se desprende incluso de sus manifestaciones públicas, jugó la carta hitleriana porque, como refiere Thyssen, deseaba "una economía sana dentro de un Estado fuerte", es decir, un régimen autoritario al servicio de los intereses de clase que, al liquidar las apariencias democráticas, asestara un golpe de muerte al movimiento obrero.

— En el orden político, la máxima responsabilidad incumbe, sin duda, a la derecha clásica, pangermanista y autoritaria, que creyó haber encontrado en Hitler el aliado ideal para derrumbar a la República. Pero no hay que olvidar que la claudicación de la socialdemocracia, la ineficacia de los gobiernos burgueses y la querella entre socialistas y comunistas impidieron la creación de las bases necesarias para una alternativa democrática.

— La conjura reaccionaria de los últimos meses no hubiera triunfado, en último extremo, sin el apoyo de la industria, la banca, los latifundistas y casi el cuarenta por ciento de los ciudadanos alemanes que, defraudados por la República, se pronunciaron por el "cambio".

— La ascensión del nazismo, en fin, se produjo en medio del dominio absorbente de la ideología nacionalista, pangermanista, racista y autoritaria, la cual, impulsada desde el libro, la cátedra y el periódico, acabó por minar a la sociedad alemana después de haberse apoderado por completo de sus clases medias. Este ambiente espiritual e ideológico permitió al nazismo pasar de matute su averiada mercancía y ganar adeptos para sus planes agresivos. Frente a la resistencia de la clase obrera y los católicos, la burguesía y las clases medias protestantes de un pueblo al que se suponía una gran cultura quedaron desarmadas ideológicamente con una rapidez que todavía hoy sigue sorprendiendo a los historiadores. Por eso se ha podido decir que el nazismo fue como un cáncer que, al cebarse en un organismo extraordinariamente propenso, provocó vertiginosamente un fatal desenlace que facilitaría el triunfo de Hitler y la consecuente Segunda Guerra Mundial.

El presidente Hindenburg y el canciller Adolf Hitler, tras la toma de posesión de éste (30 de enero de 1933).





INDICE

BIBLIOGRAFIA

BADIA, Gilbert: *Histoire de l'Allemagne contemporaine,* Editions Sociales, París, 1964.

BRACHER, Karl Dietrich: *La dictadura alemana,* Alianza Editorial, Madrid, 1973.

BULLOCK, Alan: *Hitler,* Editorial Bruguera, S. A., Barcelona, 1969.

CARSTEN, Francis L.: *La ascensión del fascismo,* Editorial Seix Barral, Barcelona, 1971.

CASTELLAN, Georges: *L'Allemagne de Weimar,* Armand Colin, colección "U", París, 1972

DAVID, Claude: *Hitler et le nazisme,* PUF, colección "Que sais-je?", n.º 264, París, 1969.

DROZ, Jacques: *Les causes de la Première Guerre Mondiale,* Ed. du Seuil, París, 1973.

NOLTE, Ernst: *La crisis del sistema liberal y los movimientos fascistas,* Ed. Península, Barcelona, 1971.

RAMOS OLIVEIRA, Antonio: *Historia social y política de Alemania,* 2.ª edición, Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

RENOUVIN, Pierre: *Historia de las relaciones internacionales,* t. II, vol. II, Editorial Aguilar, Madrid, 1960.

ROHL, J. C. G.: *From Bismarck to Hitler,* Longman Group, Lt., Londres, 1970.

SHIRER, William L.: *Auge y caída del III Reich,* Luis de Caralt, editor, Barcelona, 1962.



EL AUTOR

Mateo Madridejos reside e[illegible] Barcelona desde hace veinte años. Es licenc[illegible] n Derecho, graduado en Periodismo, y h[illegible] ofesor ayudante de Derecho Político.

Periodista profesional, ejerce como redactor jefe de Internacional del vespertino barcelonés EL NOTICIERO UNIVERSAL, en el que publica diariamente un comentario de actualidad. Viajero por las dos Europas, América, Africa y el Próximo Oriente, ha sido testigo de los principales acontecimientos de la historia europea de los últimos diez años. Fue colaborador del semanario DESTINO, como comentarista de política internacional, desde 1967 hasta su dimisión en mayo de 1975. Entre sus publicaciones destaca el libro «Colonialismo y neocolonialismo».

LA OBRA

Se trata de una síntesis periodística de la historia de Alemania, desde el comienzo de la Gran Guerra hasta la llegada de Hitler al poder. El autor acepta la tesis de que el nazismo no constituye un accidente en la historia alemana, pero tampoco una fatalidad irremediable.

El hundimiento del imperio guillermino, la negativa a aceptar las consecuencias de la derrota y la represión sangrienta de la revuelta espartaquista fueron los frágiles cimientos sobre los que se edificó la República de Weimar. Ideológicamente, el nacionalsocialismo tuvo una preparación coherente que hinca sus raíces en el fracaso de la solución liberal en 1848 y abonó el terreno para la exaltación nacionalista, expansionista y militarista.

El libro está estructurado teniendo en cuenta el carácter multicasual del acontecer histórico y su conclusión es que el nacionalsocialismo no fue consecuencia de las deficiencias de la democracia. Hitler, en último análisis, fue el instrumento suicida de la derecha clásica, pangermanista y autoritaria.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTA • BUENOS AIRES • CARACAS • MEXICO

El conjunto de las obras que integran la colección TESTIMONIO ofrece una visión panorámica a manera de reportaje histórico de los hechos más destacados que no sólo han dado forma a la sociedad actual, sino que pueden perfilar su futuro. He aquí los títulos iniciales:

UN CANCER LLAMADO NAZISMO
Los turbulentos inicios del Tercer Reich

LA MIEL Y LA HIEL
En la antesala de la prostitución

INQUISIDORES Y HEREJES
Cuatro siglos de Santo Oficio en España

LA BELLE EPOQUE
Ocaso de un falso paraíso

ESCLAVOS Y NEGREROS
Historia de una vergüenza

LA GRAN AVENTURA
Epopeya del Lejano Oeste

GENTE DE TRABUCO
Historia del bandolerismo español

LA SANTA RUSIA
Esplendores y miserias de un imperio

DEL PARAISO AL INFIERNO
El azote de las drogas

EL DESPERTAR DE LAS MASAS
Cara y cruz de la Revolución francesa

¡VIVAN LAS CADENAS!
Los últimos años del absolutismo español

HEIL HITLER!
En las puertas del infierno nazi

RUSIA EN TINIEBLAS
El fin de los Romanov

EL IMPERIO DE LA GUILLOTINA
Destino trágico de María Antonieta

LA GUERRA DE LOS ESPIAS
El tenebroso mundo de los agentes secretos

LIBERALES Y CARLISTAS
Cien años de guerra civil

LA MARCHA SOBRE ROMA
Un hombre llamado Mussolini

TAXI-SEXO
Las mercenarias del amor

NUEVE MILLONES DE MUERTOS
Balance trágico de la Gran Guerra

LA REPUBLICA DE LOS SOÑADORES
España sin corona (1873-74)

LA LARGA MARCHA
El nacimiento de la nueva China

CONTRA RELOJ
La pesadilla de la superpoblación

YANQUIS CONTRA SUDISTAS
La guerra de Secesión americana

LAS JAURIAS PARDAS
Bajo el terror de la svástica

EDITORIAL BRUGUERA ofrece a los amantes de la Historia algunas de sus colecciones, en las que el lector puede encontrar los libros más interesantes y documentados.

EL HOMBRE Y LA IDEA

Cada título constituye un estudio exhaustivo de la influencia que las grandes figuras han ejercido sobre el destino de los pueblos.

MIS AÑOS EN LA CASA BLANCA (1.er Mandato)	D. D. Eisenhower
EL DEBER Y LA GLORIA	John F. Kennedy
MUSSOLINI	Sir Ivone Kirkpatrick
LENIN	Louis Fischer
MIS AÑOS EN LA CASA BLANCA (2.º Mandato)	D. D. Eisenhower
PETAIN	Pierre Bourget
STALIN	Robert Payne
HIROHITO	Leonard Mosley
TRUJILLO	Robert D. Crassweller
MARX	Robert Payne
LAS ARMAS DE LOS KRUPP	William Manchester
MAO TSE-TUNG	Robert Payne
CHIANG KAI-CHEK	Robert Payne
GANDHI	Robert Payne
TITO	Phillis Auty
NAPOLEON	Vincent Cronin
VIDA Y MUERTE DE ADOLF HITLER	Robert Payne

EL HOMBRE Y LA HISTORIA

Con gran profusión de ilustraciones y un texto riguroso, los personajes históricos son tratados de forma inédita.

ALEJANDRO MAGNO	Peter Bamm
ANIBAL	Sir Gavin de Beer
JULIO CESAR	Michael Grant

SECRETOS DEL PASADO

Los enigmas del ayer desvelados por la pluma incisiva de notables especialistas en cada materia.

EL ALBA DE LA MEDICINA	Jürgen Thorwald
HISTORIA DEL SATANISMO	Frederik Koning

HISTORIA ILUSTRADA

La realidad de la Historia reciente a la luz de las últimas investigaciones. Volúmenes enriquecidos con abundante y valioso material gráfico.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	Dr. Kurt Zentner
HISTORIA ILUSTRADA DEL TERCER REICH	Dr. Kurt Zentner
HISTORIA ILUSTRADA DE LA RESISTENCIA	Dr. Kurt Zentner
ESPIAS, AGENTES Y SOLDADOS	Janusz Piekalkiewicz
LAS GUERRAS DE LA POSGUERRA	Christian Zentner

ENCICLOPEDIA EL MUNDO Y EL HOMBRE

Personajes y acontecimientos decisivos, descritos en magníficos reportajes ilustrados.

EL HOMBRE	Javier Fábregas
EL CRISTIANISMO	Angel Carmona
EL ANTIGUO EGIPTO	M. Beltrán del Alisal
GIGANTES DE LA MUSICA	José Repollés
GIGANTES DE LA FILOSOFIA	Oriol Fina
GIGANTES DE LA PINTURA	Javier Fábregas
REYES Y EMPERADORES	Jorge Montagut
FIGURAS ESTELARES	Juan Aragón
LAS RELIGIONES	R. G. Bernard